



Viejos sueños

Susan Napier



Olivia había sufrido una fuerte crisis. Había estado alejada del mundo y deprimida… ¡Pero eso no le daba a su hermana gemela el derecho de hacerse pasar por ella! Ahora estaba atrapada en un callejón sin salida. Tendría que presentarse en la casa del orgulloso señor Pendragon y aceptar el trabajo que su hermana, sin consultarla, había solicitado haciéndose pasar por ella.

Lo que Olivia no imaginaba era que Jordan, el hijo del autoritario Alun Pendragon, iba a causarle esa impresión… Él era un ser extraño, un artista brillante, lleno de misterios que ella quería descubrir, sin saber que, por su propio bien, era mejor que no supiera todo lo que él le ocultaba…



Susan Napier

Viejos sueños

Bianca (Marlow, 3) - 800

ePub r1.0
LDS 19.04.16

Título original: *Winter of Dreams*
Susan Napier, 1996
Traducción: Arturo Pérez

Editor digital: LDS
ePub modelo LDS, basado en ePub base r1.2



Capítulo 1

ESTÁS horrible.

Olivia Marlow miró fijamente a su hermana gemela.

—Gracias, Roz, eso me hace sentir mucho mejor.

—No, en serio, estás horrible —repitió, ignorando el sarcasmo.

Olivia y Rosalind no eran gemelas idénticas, pero sí lo bastante parecidas como para haberse divertido mucho confundiendo a la gente cuando eran jóvenes. Sin embargo, a los veinte años, la carrera de Roz como artista de teatro y de televisión la había hecho florecer y le había dado el encanto de su profesión. Vestía con la clase y la elegancia de una artriz, mientras que Olivia era bastante despreocupada con su atuendo. Al fin y al cabo, todo el mundo espera que las actrices sean sofisticadas y las pintoras un poco excéntricas.

—Yo creí que el doctor te había dado de alta.

—Y así es —aceptó Olivia.

Había deseado tanto estar de vuelta en su estudio solitario que prácticamente obligó al doctor de la familia a darle el alta. No soportaba la amorosa preocupación de sus padres. Como escritor de teatro, Michael Marlow era un poco exagerado, y su madre, actriz, había abandonado una obra para poder atender a la hija convaleciente. En cuanto sus padres supieron que ella no estaba trabajando se preocuparon, y su madre sintió la necesidad de cuidarla. Al menos, ahí, en su buhardilla de Auckland, podía simular que estaba rehaciendo su vida artística.

—Entonces, ¿por qué tienes tan mal aspecto? La irritación de Olivia rebasó su apatía.

—Roz, si has venido a levantarme el ánimo, tu forma de hacerlo deja mucho que desear.

Rosalind solamente sonrió. Sus ojos verdes eran misteriosos. Su nuevo peinado, con el pelo muy corto, la hacía parecer un diablillo pelirrojo.

—Mira, por qué no te levantas mientras preparo el desayuno; te contaré algo que te hará sentir mucho mejor que cualquier cantidad de fingida simpatía.

Hacía tiempo que debía haberse levantado, pero el dormir era una buena cura para recuperarse. Olivia hizo a un lado las sábanas, bajó de su cama y sintió un escalofrío al pisar el suelo con los pies descalzos.

—Sólo café —dijo mientras su hermana comenzaba a husmear en la cocina, al otro extremo del amplio cuarto—. No tengo hambre.

—El doctor dijo que tienes que alimentarte, estás muy delgada —dijo Roz.

—Tú también —señaló Olivia, mientras se ponía unos calcetines y se recogía el rojo cabello en una descuidada cola de caballo. Luego se reunió con su hermana.

—Sí, pero yo estoy trabajando cinco horas al día —aclaró Roz, que trabajaba en una producción musical que hubiera hecho sudar a Olivia con sólo verla—. Lo que ves es puro músculo, pero tú eres huesos y pellejo. Toda esa grasita adorable ha desaparecido.

Era una broma familiar. La diferencia de unos pocos gramos al nacer, había dejado para siempre a Olivia como «la gordita». Nunca había tenido un gramo de más, pero siempre había tenido más curvas que su hermana.

Olivia suspiró y dio un mordisco a un pan tostado que apareció frente a su cara.

—¿No has pintado nada últimamente? —preguntó Roz.

Olivia se encogió de hombros. Sentía que el acoso familiar se estrechaba alrededor de ella. Tras acabar sus estudios en la escuela de Arte, había pasado un año en París y dos en España y en Nueva York… Al parecer, todos sus esfuerzos habían sido en vano.

En los últimos meses, en las raras ocasiones en las que había sentido el impulso de trabajar, se había encontrado con que le faltaban las energías para hacerlo. Su fuente de inspiración parecía haberse secado y, algunas veces, Olivia sentía miedo de no volver a tener motivación.

Los Marlow esperaban que sus seis hijos se mantuvieran por sí

mismos una vez que hubieran terminado sus estudios y Olivia se las había arreglado para sobrevivir, con algunas dificultades, de su arte.

Además, gracias a un fideicomiso que había heredado el año anterior, cuando cumplió los veinticinco años, no tendría que preocuparse. Pero era consciente de que el tener dinero fácil era otra razón que la desanimaba a trabajar. Esa era la razón por la que sus padres habían decidido que sus hermanos y ella no recibieran su parte de herencia hasta que cada uno hubiera logrado su independencia.

—Bueno, olvídate de todo —cortó Roz sus pensamientos—. Adivina quiénes son los tres pintores que están en la corta lista para la comisión Pendragon.

—¿Es algo que debe animarme? —preguntó Olivia, incrédula.

—Adivina —insistió su gemela, tercamente.

—Steven Foscoe —dijo Olivia. No lo conocía en persona, pero había visto, admirado, y hasta envidiado, algunos de sus trabajos. Sus esculturas encajaban muy bien, sin duda, con la imagen que proyectaba la Corporación Pendragon con su agresivo dominio en la industria de la agricultura en Nueva Zelanda. Como el dragón de su logotipo, la compañía había aplastado a muchas presas vulnerables. Sin embargo, en los últimos años, el director de la compañía, Alun Pendragon, había mostrado una repentina generosidad, patrocinando a muchos artistas que lo necesitaban. Unos meses atrás, habían convocado un concurso para producir una serie de trabajos que serían expuestos en el vestíbulo de las nuevas oficinas generales de la Corporación Pendragon, que se estaba construyendo en Wellington, y en el centro de arte patrocinado por Pendragon, que se construiría en Auckland. Para una artista como Olivia, desconocida en el país, era una oportunidad que no podía darse el lujo de ignorar… Por supuesto, eso había sido varios meses atrás, cuando ella aún se sentía con ánimos.

—¿Y? —prosiguió su hermana.

—¿John Ferris?

—¿Y?

Esas eran dos opciones obvias. Olivia tenía que pensar en la tercera.

—¿Rachel Omer?

—No —dijo Roz, cuya expresión de misterio aumentaba mientras Olivia hacía dos o tres intentos más. Era difícil mostrarse interesada cuando lo único que deseaba era descansar.

—Puedo sentarme ahí todo el día y estar adivinando, pero, ¿no sería más fácil que tú me lo dijeras? —dijo en tono irritado.

—¡Olivia Marlow!

—¿Quién?

—¡Por Dios!¡Estás más ida de lo que pensé! —gritó Roz con frustración ante la indiferente reacción—. Olivia Marlow. ¡Tú, tonta! ¡Eres tú! ¡Tú eres la tercera!

Olivia pasó del desconcierto a la furia con la velocidad de un latido.

—No estoy para bromas, Roz —dijo vacilante. Sus ojos lanzaron un destello de furia. Roz se sentía herida.

—Mira, aquí tengo la carta —dijo buscando entre los extraños objetos y artículos para maquillaje amontonados en su bolsa de piel negra.

Olivia meneó la cabeza.

—Basta, Roz. ¿Cómo puedo estar en esa lista si ni siquiera me presenté cuando me citaron?

Olivia había sido invitada a pasar un fin de semana en la casa de Alun Pendragon, a la orilla del Lago Taupo, en la Isla Norte, para presentar muestras de su trabajo actual. Pero entonces se hallaba en medio de su enfermedad depresiva y sabía que cualquier esfuerzo estaba condenado a fracasar.

—Mira —dijo finalmente Roz, tendiéndole un sobre—. ¡Vamos, lee!

Olivia parpadeó con fuerza.

—¡Pero… esto es imposible! —exclamó—. Debe de haber un error. ¡Deben haberme confundido con otra persona!

La carta decía claramente que cada uno de los artistas de la corta lista debía realizar un trabajo como una fase final del proceso de selección. El de ella era un retrato de Alun Pendragon, como habían acordado durante su estancia en Lago Taupo, y debía ejecutarse en la casa de él, en una fecha conveniente para ambos.

—Esto es ridículo —dijo con voz enronquecida—. Yo nunca estuve allí… No fui. Esto es un lamentable error… y, mira, esa ni siquiera es mi dirección… —protestó. Pero su última palabra se

quebró al reconocer la dirección de Roz en el sobre. Bajó la carta, mirándola acusadoramente.

—Yo no envié por correo esa carta que me diste en la que te negabas a asistir —confesó Roz llanamente, mirando con curiosidad la pálida cara de su hermana.

Olivia estaba totalmente desconcertada.

—Pero eso no explica cómo pueden escogerme entre varios cuando ni siquiera me molesté en presentarme para hablar de mis ideas.

—Sí lo hiciste.

—¿Qué hice?

—Te presentaste.

A Olivia comenzó a dolerle la cabeza otra vez. Había estado muy enferma, era cierto, pero no creía que hubiera sido capaz de caminar dormida hasta Lago Taupo.

—No sólo te reuniste con ellos, sino que los impresionaste poderosamente, especialmente al viejo.

—¿Al viejo? —repitió Olivia atontada.

—El viejo dragón en persona, Alun Pendragon.

—Roz —dijo Olivia—. Tú no pudiste… Tú no fuiste… Tú no te…

—¡Pude, fui y me atreví! —respondió Roz severamente, poniéndose a la defensiva, mientras que Olivia cerraba los ojos, horrorizada—. Bueno, alguien tenía que hacer algo, Liv. Pensé que tus ideas eran muy buenas y, obviamente lo pensaron todos los demás —Roz le arrebató la carta y la sacudió bajo la nariz de. su hermana.

—¿Sabes que lo que hiciste fue tomar una importante decisión en mi vida sin que yo lo supiera y sin mi consentimiento? —estalló Olivia furiosa, todavía negándose a creerlo— ¿Realmente fuiste y fingiste ser yo?

—Sólo durante el fin de semana. Bueno, sólo un día y medio. Nadie sospechó nada…

—Pero lo harán si un día se encuentran con la Olivia real —recalcó enfurecida—. Podemos ser gemelas, pero somos dos personas totalmente diferentes…

—Una de las cuales es una actriz. ¡Créeme, no tienes nada de qué preocuparte!

Olivia tuvo la sensación de que sus preocupaciones acababan de

comenzar.

—Ahora ya no nos parecemos tanto. Se darían cuenta.

— ¿Te has visto en el espejo últimamente?

Olivia negó con la cabeza.

Rosalind suspiró. Volvió a meter la mano en su bolso, sacó un espejo y lo puso frente a la cara de Olivia. Luego, se inclinó sobre el hombro de ésta y colocó su cara junto a la de su hermana. Olivia se sorprendió por lo que vio. Excepto porque Rosalind «llevaba maquillaje y ella no, sus caras eran más parecidas que nunca desde su adolescencia. Antes de su enfermedad, la cara de Olivia presentaba una suave redondez. Ahora tenía los pómulos salientes como los de su hermana y las mejillas ligeramente hundidas. Los ojos, sin embargo, seguían siendo distintos. Los de Olivia eran de un verde muy claro, casi azul, mientras que los de Roz eran de un dramático verde oscuro.

—Me puse lentes de contacto —dijo Roz, adivinando el pensamiento a su hermana.

—¿Y el pelo? Yo lo tengo largo y tú corto.

—Me puse una peluca.

—Pero por amor de Dios, Roz, ¿por qué?

—Porque te quiero . Porque estabas enferma y no sabías lo que hacías. Necesitabas esta oportunidad.

—El doctor dijo que lo tomara con calma…

—Pero no con tanta calma… te quedas en ia cama< toda la mañana. Esa no eres tú, Liv. Estás dejando que ese horrible individuo te…

—Por amor de Dios, Roz, eso fue hace un año —protestó Olivia.

—No estoy hablando de Gabriel. Estoy hablando de ese cerdo ignorante, el crítico…

Olivia se puso rígida. Su familia evitaba mencionar el tema de su exposición. Nunca se mencionaba.

—¿Qué te hace suponer que es un hombre? —preguntó débilmente.

—Porque es obvio que se trata de un misógino. No sólo te atacó como pintora, sino como mujer. Y en todos los artículos que he leído desde entonces, nunca ha atacado con tanta virulencia a un pintor hombre… A nadie, más bien. Es como si tuviera un asunto personal contigo.

Olivia recordó la rabia de Roz cuando salió la publicación. Afortunadamente, el periódico insistió en conservar el anonimato del controvertido crítico que escribía bajo el seudónimo de «El Bufón», y Roz nunca supo a quién debía dirigir sus insultos.

—Casi todos los periódicos de todo el país publican críticas de «El Bufón». Imagínate qué dirá cuando te den la obra… Tendrá que pedirte disculpas.

Olivia bajó los ojos y se miró las manos admitiendo para sus adentros lo que no admitiría ante nadie, incluida Roz: ¿Por qué tendría «El Bufón» que disculparse por decir la verdad? Esa verdad que la asediaba cada vez que tomaba un pincel. Falta de originalidad, débil, fuera de época, una repetición de las viejas ideas… Mediocre… que no había aprendído nada del genial pintor surrealista Diego Martínez, con el que había trabajado…

Diego también se había disgustado con ella tras esa primera exposición. Para él la mediocridad era un crimen.

Pensó en Gabriel. Su fracaso sentimental había influido, pero no podía echarle a él la culpa de sus crisis de creatividad.

Olivia desechó los pensamientos, preguntando:

—No entiendo nada. Tú pintas fatal, ¿cómo pudiste hacerte pasar por una pintora?

—No era una prueba, Liv. Nadie me dio un lápiz. Todo lo que tuve que hacer fue hablar…

—Pero seguro que hablaron de pintura…

—No soy una ignorante. Tal vez no sea capaz de pintar, pero entiendo algo de arte. De cualquier forma, ahí no había expertos en pintura, sólo estaba la familia Pendragon y un par de asesores. Me pidieron que les explicara las pinturas que llevé y eso era fácil, pues cada vez que venía a visitarte me hablabas de ellas durante horas.

—Pero una de las bases del concurso era presentar un trabajo reciente.

—Llevé un par de trabajos…

—¿Qué par de trabajos, exactamente? No he hecho nada que valga la pena desde hace más de un año —Roz pareció más inquieta que impresionada.

—Mira/lo importante es que has llegado hasta ahí.

—Pero, ¿alguna vez se te ocurrió que yo podría no querer ese trabajo?

—Desde luego que lo quieres. ¿Por qué no habrías de quererlo?

Olivia se quedó petrificada al ver la expresión culpable de su hermana. Cruzó el estudio y buscó febrilmente en los cuadros que estaban amontonados contra la pared. Cuando se encaró con su hermana, ambas estaban pálidas.

—Dime que no te atreviste… —murmuró Olivia amenazante.

—Es lo mejor que has hecho en tu vida —afirmó Roz tranquilamente.

—No sabía lo que estaba haciendo… —dijo Olivia y al momento una sombra de vergüenza la cubrió.

Recordó cómo, después de leer la devastadora crítica, había recorrido la galería tratando de arrancar todos los cuadros. Luego, se había arrastrado de vuelta a su estudio y había atacado los lienzos como si fueran un enemigo mortal. Después, despreciándose con cada pincelada, había pintado «El Bufón». Hasta el nombre era una burla. Había trabajado durante una semana, casi sin comer ni dormir. Desde entonces no se había atrevido a ver ese trabajo.

—Es horrible…

—Sólo para ti, Liv. Nadie puede dudar de tu talento al ver esa pintura…

—¿Dónde está? —preguntó Olivia.

—El señor Pendragon quiso conservarlo por un tiempo.

—Ay, Dios…

—Puedes traerlo de vuelta cuando vayas a pintar el retrato del señor Pendragon…

—¡No voy a ir! Lo único que tengo que hacer esescribir diciendo que todavía estoy demasiado enferma como para…

—Es muy tarde para hacerlo —se apresuró a decir Roz—. Ya he aceptado. Te esperan esta semana…

—¿Qué?

—Vamos, Liv. ¿Qué puedes perder? ¡Nada! Además, los retratos son tu fuerte.

Roz era muy persuasiva, pero Olivia era inquebrantable.

— Llamaré y diré que he sufrido una recaída. Debería obligarte a ti a aclarar el asunto, pero temo que me comprometerías aún más.

Roz se quedó muy sorprendida cuando llegó al estudio de Olivia esa tarde, y se encontró a su hermana haciendo las maletas para ir de visita a la Isla Taupo. Con su falta de tacto, se burló por el

cambio de opinión de Olivia.

—¿Así que la corrupción es contagiosa, eh? ¿Qué hizo él, ofrecerte más dinero?

—Si te refieres a Alun Pendragon, no hablé con él —contestó Olivia, todavía furiosa al recordar la llamada—. Hablé con una mujer llamada Beverly.

—Beverly Kelvin —aclaró Roz, haciendo un gesto—. Está comprometida con el sobrino del viejo. No me cayó nada bien.

—A mí tampoco. Me dio a entender que el retrato era un premio de consolación. Que a una mujer como yo, falta de moral y de talento, jamás se le permitiría contaminar los salones de la Corporación Pendragon.

—Esa Beverly es una bruja.

—Se atrevió a insinuar que lo único digno que podía hacer era desaparecer discretamente…

—¿Qué? ¿Quieres decir que quería que hicieras exactamente lo que ibas a hacer al llamar? ¡Pero qué desfachatez!

—Si me retiro ahora, pensará que lo hice por ella.

Olivia había quemado sus naves cuando colgó el teléfono tras hablar con la insoportable Beverly Kelvin. El reto ya estaba aceptado.

—Ahora dime con quiénes tendré que vérmelas en esa casa —preguntó Olivia sombríamente.

—Querida, hice una gran actuación —dijo Roz, riendo—. Estaba su hijo, también su sobrino, quien dirige ahora la compañía. Curiosamente, William, el sobrino,, es el que más se parece al viejo, pero para mi gusto es un poco presumido. Se supone que está comprometido con Beverly.

—¿Y qué hay del hijo?

—Jordán es la otra cara de la moneda. No tiene tiempo para mujeres…

—¿Quieres decir que es rarito? —preguntó Olivia distraída.

—Vaya, nunca lo había pensado, pero eso explicaría un montón de cosas —dijo y luego su voz se fortaleció con un toque de malicia que Olivia no pasó por alto cuando agregó—. No está casado y ya anda por los cuarenta. Es una pena, porque es muy guapo, aunque un poco tosco. ¿Piensas que Hugh es grandote? ¡Espera a que veas a este tipo!

Olivia rió al recordar a su altísimo hermano mayor.

—Jordán tiene cuatro hermanas mayores, todas casadas. Ellas lo criaron, pues su madre murió cuando él nació. Pero no tienes que preocuparte por Jordán, creo que está peleado con su padre. Jordán pasa la mayor parte del tiempo en su granja criando cabras u ovejas… cosa que vuelve loco al viejo.

—¿Descubriste todo eso en un día y medio? Yo no tengo tu memoria de elefante Roz. ¿Qué pasaría si…?

—No te preocupes, ya les expliqué lo de tu enfermedad, lo cual justificaría cualquier pequeño lapso. No te preocupes. ¡Todo saldrá bien!

Olivia pensó en las palabras de Roz mientras volaba sobre los verdes campos de la parte central de la Isla Norte. No le apetecía conducir sola cinco horas hasta Lago Taupo, por lo que había aceptado la oferta de Roz: un amigo suyo iba al Lago a una boda en su pequeño avión y podía llevarla. Ahora, mientras el avión rugía y daba tumbos en el aire, se arrepintió de su temeridad. De pronto el movimiento aumentó dramáticamente y Jonathan le gritó algo que ella no entendió.

—¡Hay muchos lugares en donde aterrizar! —eso sí lo entendió.

Olivia apretó los dientes al ver que el plateado espejo en forma de corazón que era Lago Taupo estaba cada vez más cerca. Entonces, con un hábil giro, el joven se desvió hacia la carretera y Jonathan se detuvo en un prado, espantando a unas extrañadas ovejas.

—Por poco tenemos chuletas de cordero para la cena —dijo jocoso el irreflexivamente alegre Jonathan—. Podía haber avanzado un par de kilómetros, hasta el campo de aterrizaje de los Pendragon, pero hay unas cuantas colinas y no he querido arriesgarme… Oiga, ¿se encuentra bien?

Olivia, con la cara y los ojos ensombrecidos, buscaba desesperadamente la puerta.

—Ya ha pasado. En realidad no hemos estado en peligro. ¿No le dijo Roz que soy piloto de las Fuerzas Aéreas?

—¡No, y yo pensé que trabajaba en el teatro! —respondió Olivia, ahogándose, y precipitándose fuera, fue a vomitar.

—¡Dios mío! Roz me va a matar. ¿Se encuentra usted bien?

Poco después, Olivia abrió los ojos y se encontró a un atrevido

piloto tan aterrorizado al pensar en su hermana, que tuvo que sonreír.

—No ha sido culpa suya, es que yo soy nerviosa —le explicó.

Jonathan llamó por radio a la torre de control de Taupo, dando su posición, y cuando estaba a punto de pedir un transporte, oyeron que un coche se acercaba por la carretera. Corrió para detener el vehículo mientras Olivia recogía sus lienzos y materiales, dejando la pesada maleta para que su caballero del aire la llevara.

La furgoneta no era el más limpio de los vehículos y, debido a su estómago revuelto, Olivia prefirió viajar en la parte de atrás, compartiendo el espacio con tres pacas de heno y con un amigable perro. Jonathan, muy caballerosamente, se sentó atrás con ella.

El trayecto se hacía más serpenteante conforme se acercaban a las colinas que rodeaban la base del Monte Tongariro y el viento era muy frío. Olivia volvió a sentirse mal y Jonathan volvió a ponerse nervioso, asegurándole una y otra vez que estaban cerca. Pronto la furgoneta viró, y cruzaron un portón flanqueado por dos dragones de piedra que atraparon la mirada de Olivia.

Girar rápidamente la cabeza para estudiar las curiosas formas fue un error. Su estómago se rebeló contra el movimiento y, en cuanto el vehículo se detuvo frente a una impresionante residencia, Olivia salió y vomitó junto a un macizo de rosas. Luego, se quedó tumbada en el césped.

No se dio cuenta de que alguien se unía al preocupado granjero y a Jonathan. Cuando al fin se le pasó un poco el mareo, vio que los dos hombres se habían ido y la única persona que quedaba para atestiguar la humillación de su vergonzosa llegada era un hombre al que había esperado no volver a ver en toda su vida.

—¡Usted! ¡Ay, Dios, no…! ¡Usted era lo único que me faltaba!

Un destello de ira cruzó por los azules ojos entrecerrados del hombre.

—Tienes razón, Olivia.

El hombre se puso de pie. Era muy alto.

—Bien, ¡ha llegado el momento de que dejemos de jugar el uno con el otro!

Capítulo 2

OLIVIA escuchó las palabras pero no las entendió. —¿Jugar? Yo no estoy jugando… —dijo sin moverse por temor a que su estómago protestara de nuevo. Miró al hombre. Su rubio cabello brillaba como un halo alrededor de su cabeza. No, no era rubio. Era dorado. Olivia tomó nota. Desde donde ella estaba, él parecía extremadamente alto. Olivia sabía que eso no era una ilusión óptica. Si se ponía de pie, el hombre todavía rebasaría su metro setenta y ocho. Era grande. Grande y… agresivo. El hombre se agachó frente a ella.

—¿Qué pasa Olivia, estás demasiado avergonzada como para mirarme de frente?

Ella apretó los dientes y se obligó a sostenerle la mirada, temblando por dentro.

—¿Por qué habría de estarlo?

—Dímelo tú —pidió.

—¿Me está usted siguiendo? —preguntó exigente, molesta por el críptico lenguaje que él empleaba.

—¿Qué ha pasado? ¿Le hiciste proposicionesal piloto? Se fue de aquí como alma que lleva el diablo.

—Tenía que ir a una boda —replicó Olivia, y se puso de pie, enfurecida por las burlonas palabras del nombre. Muy bien, ella había sido deliberadamente ruda la última vez que él había tratado de ayudarla, pero debía comprender que se hallaba perturbada. Olivia se apartó cuando vio que él extendía una mano, pero sólo era para quitarle una brizna de heno de la manga.

—¿Fue por revolcarse en el heno?

—Mire, no sé qué quiere decir… Las gruesas cejas rubias se alzaron y su boca se tensó.

—No te hagas la ingenua, Olivia. Sólo me preguntaba si les haces proposiciones a todos los hombres, igual que me las hiciste a mí.

—Fue un error. Lo siento. Cuando lo encontré en la galena apenas había… No estaba bien. No sabía lo que estaba haciendo…

—Así que has decidido dejar de jugar. Buena elección.

La sonrisa de aprobación de él hizo que Olivia se estremeciera. Movió la cabeza y entonces volvió a sentir el mareo.

—Voy a desmayarme —dijo Olivia tambaleante.

—No. No lo vas a hacer —dijo, pero esta vez era una orden. Olivia dio un pequeño grito al tiempo que él se inclinaba y la tomaba en brazos. Ella se apoyó en el pecho de él.

—Has perdido mucho peso en unas cuantas semanas.

¿Pocas semanas? Habían pasado meses desde que le dijo que no quería volver a verlo.

La aprehensión le trajo un vago recuerdo. Mientras él comenzaba a caminar hacia la casa, ella se apretó más contra su pecho. El suéter era de lana fína. Sin que Olivia se diera cuenta, su mano comenzó a acariciar la textura.

—¡Bájeme! —ordenó débilmente.

El hombre sonrió. Olivia recordó que la última vez él no había sonreído para nada. Ni siquiera cuando…

—¡Bájeme! —pidió, tratando de imitar el tono imperioso que Roz empleaba sin esfuerzo.

—¿A quién tratas de engañar, gatita? Tienes las rodillas tan flojas que probablemente caerías a mis pies.

—Deje de llamarme así —exigió, al tiempo que comenzaba a luchar—. Lo odio —exclamó furiosa. Su cara se se había ruborizado de furia al tiempo que hundía sus dedos en el pecho del hombre.

—No me conoces lo suficiente como para tomarte esa libertad — afirmó calmadamente él.

—Conozco todo cuanto me interesa —dijo con furia. El impulso la debilitó y tuvo que apoyar su cabeza en uno de sus fuertes hombros—. De cualquier manera, ¿qué hace usted aquí?

—Rescatándote de tu propia torpeza.

—Yo no podía saber que iba a marearme en el avión. Ni fue culpa mía que la gasolina, o lo que fuera…

—Has tenido suerte. Ese chico es un excelente piloto.

—Sí, claro. Tengo toda la suerte del mundo —respondió Olivia.

Arrullada por la fatiga y el rítmico andar, Olivia cerró los ojos mientras subían los peldaños hacia la gran puerta doble de cedro. Los abrió cuando oyó el golpeteo de unos tacones y una aguda voz.

—¿Pero qué estás haciendo, Jordán? No sabía que ahora proporcionábamos servicio de paseo en brazos.

¿Jordán? ¿Jordán? No era un nombre muy común, pensó aterrada Olivia.

—Ay, Dios… ¿Jordán? ¡Usted es Jordán Pendragon! —exclamó.

—Creí que habíamos decidido que ya estabas curada de tu amnesia selectiva, Olivia —dijo él, severamente.

—¿Amnesia? Pero, por Dios, Jordán, ¿no te advertí que esta mujer estaba loca?

Olivia parpadeó hacia quien hablaba. La reconoció por el tono ácido y malicioso: Beverly Kelvin, pero no parecía la bruja amargada que le había descrito Roz. Era asombrosamente femenina, alta, morena y graciosa; sus curvas esbeltas se acentuaban por la inmaculada elegancia de su ropa. Su voz era grave, suave y educada y no encajaba con la dureza de sus palabras. Aparentaba veinte años, pero seguramente era mayor.

—Hola, Beverly —dijo Olivia.

—¿No estás llevando tu compasión demasiado lejos, Jordán? —preguntó Beverly, ignorando el saludo de Olivia—. Si la chica no puede siquiera caminar, es difícil suponer que pueda trabajar. Me pareció verla vomitando sobre las flores. No estará embarazada, ¿verdad?

—Ha sufrido un fuerte shock. El avión que la traía estuvo a punto de estrellarse —explicó Jordán Pendragon.

—¡Qué pena! ¿Es usted propensa a este tipo de accidentes? No es un comienzo prometedor, señorita Marlow.

Olivia sintió que el pecho de Jordán se alzaba y, antes de que él hablara, acurrucándose entre sus brazos y ronroneando, dijo siguiendo un impulso:

—Pues, no sé, Bev, algunos accidentes son muy prometedores…

Beverly se puso rígida y algo más fuerte que el disgusto brilló en sus ojos. La tensión se rompió cuando habló Jordán.

—¿Puedes pedirle a Mike que lleve las maletas de Olivia a su cuarto, por favor, Beverly? Y pide que preparen algunos sandwiches

y té.

—No creo que pueda comer nada —musitó Olivia.

—Pero lo vas a hacer, Olivia —dijo Jordán, quien todavía miraba a la prometida de su primo al hablar. Beverly hizo un sonido indefinible y, girando sobre sus tacones, salió, dejando un último mensaje.

—Asegúrate de que no vomite en las alfombras, y dale una lección de higiene personal: ¡huele como una de tus miserables cabras!

—Ya puede bajarme —pidió Olivia sin mucha esperanza de ser obedecida y se quedó desconcertada al ver que él lo hacía.

—Te lo dije la última vez, pero obviamente lo has olvidado. No es conveniente llevarse mal con Beverly. Es peligroso ser su enemigo.

—Seguro que usted no ha perdido una batalla en su vida —murmuró Olivia.

—Te equivocas, Olivia. El tamaño no lo es todo. Si así fuera, no me habrías podido echar de tu apartamento aquella noche.

Olivia hundió la cabeza para ocultar su reacción ante el inconveniente recuerdo. Arrugó la nariz.

—¡Ella tiene razón, huelo horriblemente! —dijo al tiempo que examinaba su ropa. Gimió al descubrir una mancha en su mejor pantalón de lana negra—. ¡Demonios!

Jordán rió divertido y Olivia se sintió molesta.

—¿En… dónde voy a quedarme? —preguntó con cautela—. Creo que debería cambiarme antes de ver al señor Pendragon… es decir a su padre.

—No pensé que te refirieras a mí —recalcó Jordán secamente—. Nunca me guardaste tanto respeto; ni siquiera cuando éramos extraños.

—Todavía lo somos —señaló Olivia.

—¿Tú crees? —preguntó, con aquella terrible y sensual sonrisa —. Esta vez te instalaremos en el tercer piso, con vista al lago. Muy tranquilo, calmante para los nervios. Hay algunas escaleras, ¿crees que podrás subir?

Olivia enderezó los hombros bajo el holgado suéter al tiempo que miraba hacia las escaleras.

—Ya estoy bien —mintió. Cualquier cosa antes de permitir que

él la tocara de nuevo.

En el segundo piso, Olivia iba cansada, pero se negó a que la ayudaran y cuando al fin llegaron al tercero y Jordán la condujo al cuarto más cercano, Olivia no pudo reprimir un suspiro de alivio.

—Ya sabes lo que dicen del orgullo, Olivia —dijo Jordán mientras Olivia entraba en el cuarto y se detenía a mirar el lago, demasiado distraída como para buscar una respuesta—. Cuando traigan tus maletas quítate esos pantalones y haremos que te los limpien. Ahora descansa, más tarde te mostraré el resto de la casa y el cuarto que ha sido destinado para tus pinturas y tus lienzos. ¿Tienes alguna duda?

Docenas. Pero no podía expresar ninguna de ellas, pensó desanimada. Podría telefonear a Roz, pero sería entrar en complicadas explicaciones, pues nunca le había hablado a su gemela del misterioso hombre que la había rescatado en la galería. Jordán no sólo había impedido que arrancara todas sus pinturas de las paredes, sino que la había llevado hasta su estudio, le había dado una copa que tuvo el efecto de una bomba en su agotado cuerpo y la había metido en su cama. Cuando Olivia despertó de un pesado sueño, varias horas después, se encontró con que él estaba tumbado en la cama junto a ella, en un estado de sospechoso desarreglo personal que hizo que ella usara toda clase de insultos para echarlo del estudio.

Él volvió varias veces pero Olivia se negó a verlo: desconectó su teléfono y se negaba a abrir la puerta. Finalmente, su familia la obligó a aceptar ayuda médica. Recordando, su comportamiento había sido desconcertante: había dormido junto a un hombre del que ni siquiera sabía su nombre, aunque él sí sabía muy bien quién era ella. ¿Qué pensaría al ver su nombre en la lista de aspirantes al trabajo paraPendragon? No mucho; seguramente opinaría que ella no estaba capacitada para ese trabajo.

¿Qué le habría dicho a Roz cuando fue a la primera entrevista? Y lo más importante, ¿qué le había dicho Roz a él, sin tener antecedentes? Por las menciones a su amnesia él debió considerar la inocencia de Roz como una estrategia deliberada y, aparentemente, estuvo de acuerdo en jugar. Hasta ahora.

—¿Cuándo voy a co… ver a su padre? —había estado a punto de decir «conocer». Debía cuidar cada palabra.

—Cuando él quiera verte —dijo Jordán, secamente—. Pintar su retrato no va a ser tan fácil como crees.

—Nunca pensé que fuera un trabajo fácil.

—Quiero decir que es difícil mantener quieto a mi padre. Tiene muy poca paciencia con lo que él llama el temperamento artístico.

—Para eso estoy aquí, para ajustarme a su horario, ¿no es así?

—Pensé que debía advertírtelo. Papá se comportó muy bien la última vez que estuviste aquí, pero eso no sucede a menudo. Más aún, puede ser que lo encuentres un poco… hostil.

El corazón de Olivia saltó. Después de todo, ¿sería posible que Jordán hubiera hablado de ella con su padre? Mientras pensaba en una respuesta, un joven esbelto, moreno y de agradable apariencia colocó su maleta en el interior del cuarto, junto a la puerta. Hizo una seña de saludo hacia Jordán y le guiñó un ojo a Olivia.

—¿Por qué podría ser hostil? —preguntó decididamente. Tenía derecho a saber a qué se iba a en—, frentar.

—Los artistas no son las personas favoritas de mi padre. Considera que la mayoría son unos parásitos pretenciosos.

—Entonces, ¿por qué los patrocina si siente desprecio por ellos? —preguntó incisivamente. ¿Acaso Jordán, al igual que Beverly intentaba sabotear su trabajo en la isla?

—Por la publicidad. Hace mucho tiempo que desea un premio honorario, y piensa que si no se lo dan por sus servicios a la industria de la agricultura, bien pueden dársela por su filantropía.

Así que no tenía nada que ver con ella. Por lo menos eso le daba una nueva oportunidad.

—Creo que podré entenderme con su padre —aseguró Olivia con más confianza de la que en realidad sentía.

Los ojos de Jordán se entrecerraron perezosamente.

—Y yo seré un observador fascinado, pues nadie ha sido capaz de hacerlo —dijo en voz baja.

—Bueno —cortó Olivia—. Si no le importa, me daré una ducha —dijo al tiempo que se dirigía hacia sus maletas. Para su alivio, Jordán no puso ninguna objeción.

—Vendré a buscarte antes de la comida. Si necesitas algo puedes usar el interfono. Creo que Tracy, nuestra ama de llaves, estaba fuera la última vez que viniste, ella te responderá si llamas a la cocina. También puede limpiar la mancha de tu pantalón. Ycómete

el bocadillo que te va a enviar, tienes muy mal aspecto. No tendrás anorexia, ¿verdad?

—Desde luego que no. Lo que pasa es que perdí mucho peso cuando estuve enferma.

La sonrisa que le dirigió Jordán indicaba que no estaba seguro de que estuviera diciendo la verdad.

Cuando salió del baño y encontró una bandeja con apetitosos bocadillos, Olivia se los comió sin preocuparse por su estómago.

Todavía con la bata de baño puesta, se tiró en la amplia cama, disfrutando de la tibieza que hacía olvidar la fría realidad de las montañas nevadas que podía ver por la ventana. Era una vista maravillosa, en especial, la del Monte Nguaruhoe, durmiente dragón que arrojaba nubes de vapor al cielo y que era el volcán más activo de Nueva Zelanda.

Durmiente dragón… Pendragon… Divertida por el juego de palabras, Olivia se quedó dormida. Un extraño sonido la despertó un par de horas después. Sintió un familiar aleteo de pánico.

El sonido resultó ser un suave golpeteo en la puerta. ¿Sería Jordán? Se incorporó atontada, acomodándose la bata.

—¡Un momento! —dijo, y al instante la puerta se abrió.

Olivia se ruborizó. En la puerta apareció una joven desconocida, que también se ruborizó.

—Lo siento. Creí que me había dicho que pasara.

—Está bien.

Tenía el pelo rubio muy corto y los ojos grises. Olivia se devanó los sesos tratando de recordar su identidad entre la lista de personas que le había dado Roz, pero no lo consiguió.

—Soy Melissa Main, la hija del ama de llaves —dijo, y su presentación alejó el pánico de Olivia. La chica era apocada en exceso—. Mi madre me ha enviado para decirle que la comida es a la una y la cena a las ocho. El desayuno es a la hora que usted guste; aquí o en el comedor…

Olivia miró su reloj.

—No creí dormir tanto. Jordán iba a mostrarme la casa antes de la comida, pero creo que ya es tarde.

—Él pensó que usted necesitaba más descansar que conocer la casa —dijo Melissa con una sonrisa tranquilizante—. Creo que debo advertirle que el señor Pendragon es muy estricto en cuanto a la

puntualidad. ¿Desea que la ayude a deshacer las maletas?

—Sí, gracias —aceptó Olivia.

Charlando con la chica para ganar su confianza, se enteró de que tenía casi diecisiete años, y hacía catorce que su madre había entrado a trabajar en la casa de los Pendragon. Había crecido en la casa y eso explicaba su familiaridad. Olivia no dudó en pedirle que le aconsejara qué ponerse para la comida, con lo que ganó una amiga para siempre.

—La familia no viste formalmente para la comida, pero al señor Pendragon no le gusta que las mujeres lleven pantalones y la señorita Kelvin siempre va impecable —el tono con que lo dijo le indicó a Olivia la razón del apocamiento inicial de la chica. Obviamente Beverly no se había preocupado por la hija del ama de llaves. Animada por la sonrisa estimulante de Olivia, Melissa murmuró—: El vestido verde estará perfecto…

Desde luego era uno de los de Roz. Olivia entró en el baño para ponérselo y mirarse en el espejo de cuerpo entero. El color verde mar le iba bien, pero ahí, en donde la tela tejida hubiera quedado tensa seis meses antes, ahora sólo se insinuaba una leve curva.

Se aplicó su suave maquillaje y se cepilló el pelo. Al salir del baño vio que Melissa había terminado de colgar la ropa y se dirigía a la puerta.

—¿Podrías acompañarme al comedor? Si voy sola, seguro que me pierdo.

—Claro que sí —dijo la chica.

—¿Sabes si estarán todos para la comida? —preguntó Olivia.

—Excepto William, que está en Wellington. Regresará el sábado —Olivia exhaló un suspiro de alivio. Por el momento se libraba de conocer a otro extraño. Su sonrisa pareció animar a Melissa, que continuó—: Últimamente casi nunca está aquí. Ahora tiene una gran responsabilidad. Se supone que es el director de la compañía, aunque el señor Pendragon todavía trata de manejarla él mismo, a pesar de que, oficialmente, se retiró hace un año. No es que el señor Pendragon no confíe en él, es que le resulta difícil aceptar que ya no es el jefe.

—Me lo imagino —afirmó Olivia, divertida por el maduro razonamiento de alguien tan joven—. ¿Y qué hay de Jordán?

—¿Qué quiere usted decir?

—¿Apoya él a William?

—Pues se llevan bien, pero Jordán se mantiene al margen. Aun cuando quisiera apoyar a William no creo que pudiera. El señor Pendragon se opondría a cualquier idea de Jordán. Nunca perdonará a Jordán por haber abandonado la compañía… Si pudiera, incluso lo echaría del consejo de dirección.

—Y, ¿por qué no puede echarlo del consejo? Seguramente tiene suficiente influencia —dijo Olivia.

Un brillo de malicia apareció en los ojos de Melissa.

—Todos los hijos tienen derecho de voto, pero Jordán, además, heredó todas las acciones de su madre en fideicomiso. Todo estuvo bien mientras el señor Pendragon controló los ingresos del fideicomiso, pero cuando Jordán cumplió la edad de recibir su parte, la cosa se puso difícil.

Melissa relataba todo como si fuera un cuento, segura de que lo que le estaba diciendo a Olivia era del conocimiento del mundo entero.

—Jordán tiene suficientes acciones como para retener su puesto, siempre que cuente con el voto de sus hermanas, el cual siempre ha tenido. Él le da un poder a William cuando se necesita una votación plenaria, así que nunca ha sido un verdadero problema, excepto para el señor Pendragon, a quien le gusta controlar todo.

—¿Y qué opina William de todo eso?

—Supongo que se siente un poco culpable por ocupar el lugar que se supone es de Jordán. Pero desde que está comprometido con la señorita Kelvin… Bueno, ella hace las cosas verdaderamente difíales algunas veces… —Olivia sintió que Melissa la miraba con cierto recelo, como esperando su reacción. Tal vez temía haber dicho demasiado. Pero no se detuvo ahí—. La señorita Kelvin es… Bueno, ella conoce a la familia desde hace muchos años y es… Pues, muy posesiva… Y no sólo con William… Puede ser peligrosa si piensa que la gente está tratando de… Pues de hacerla a un lado… —Melissa inhaló profundamente, ruborizada, pero decidida a seguir adelante, susurró—: Ella… Ella tiene la idea de que usted… De que le ha echado el lazo a Jordán y…

—Ella piensa, ¿qué? —exclamó Olivia, incrédula.

—Lo… Lo siento… Yo no ando husmeando ni nada. Es sólo que cuando descubrió su romance con Jordán…

—Mi, ¿qué?

El valor de Melissa se había acabado.

—¡Dios mío, no debí decir nada! Mamá me va a matar. Por favor olvide lo que le he dicho. Yo sé que usted y Jordán no se lo han dicho a nadie… pero por eso, yo… Yo creí que usted debía saber que ella ya lo sabe. Ahí está el comedor —dijo, señalando una puerta doble al final del corredor y escapó corriendo. Olivia creía que sus extraños sueños la habían abandonado, pero ahora era la realidad la que era extraña. ¡Jordán Pendragon y ella teniendo un romance! ¿De quién era la imaginación que había logrado elaborar esa ridicula fantasía?

Capítulo 3

OLIVIA jugueteó nerviosamente con la cuchara. La tensa atmósfera no era precisamente un incentivo para la digestión, aunque comer era definitivamente más seguro que conversar.

La primera mirada de Olivia a Alun Pendragon le había causado un extraño alivio. Roz tenía razón. Era un retrato viviente, pidiendo ser pintado… una cara suave, sin edad; una cabeza de pelo gris y un bigote cuidado. En su juventud debió de ser extraordinariamente atractivo y su arrogancia mostraba que aún lo era a pesar de su edad. No era alto, pero su presencia dominaba el cuarto. Su voz y sus ademanes eran elegantes y autoritarios y sus penetrantes ojos azul zafiro miraban con inquieta energía.

La fascinación y la aversión luchaban dentro de la mente de Olivia. Las primeras palabras de Alun Pendragon habían hecho que el cabello de la nuca se le erizara. Rara vez se formaba juicios de la gente, pero tenía el aprensivo sentimiento de que ella y su modelo se desagradaban mutuamente.

—¡Vaya! Así que finalmente ha llegado —habíaladrado Pendragon, con tono desilusionado, mientras Olivia entraba en el comedor.

—Es un placer volver a verlo, señor Pendragon —saludó con dulce y falsa sinceridad.

—¿Qué? —exclamó Alun Pendragon mirándola con sospecha antes de darle la espalda para preguntar a Beverly—: Me pareció que habías dicho que no vendría.

Beverly alzó una delicada y bien delineada ceja. De acuerdo con la predicción de Melissa, estaba vestida como si hubiera salido de una revista de modas.

—Por poco no viene. Su avión casi se estrella cerca de aquí —

dijo en un tono que parecía indicar que todo era por culpa de Olivia. El viejo Pendragon hizo un gesto mientras se volvía acusadoramente.

—¿Es usted piloto?

Definitivamente era un hombre insoportable. Sin embargo, pensó que si se mostraba molesta por su agresividad, él lo tomaría como un signo de debilidad.

—No. Considero que es muy conveniente, pero la mecánica no me interesa en absoluto —respondió con calma.

La expresión de Alun Pendragon cambió y Olivia se preguntó qué nuevos prejuicios acababa de crear. ¿Acaso no eran capaces las mujeres de responder? O, ¿estaba él preparándose para echarle en cara su supuesto romance con su hijo?

—¿Qué estás haciendo aquí? Olivia parpadeó.

—Pensé que esta era la casa de la familia. No creí necesitar una invitación —respondió Jordán.

Olivia contuvo el impulso de volverse al oír la intervención de su supuesto enamorado.

—¿Y desde cuándo aceptas tú invitaciones de la familia? —gruñó el padre de Jordán.

—Cuando son hechas como tal. Sólo cuando se dan como órdenes hago excepciones.

Ahora Olivia podía ver a Jordán por el rabillo del ojo. No llevaba ni traje ni corbata, sino una camisa blanca, una chaqueta de paño y unos pantalones marrones, lo que era una aparente concesión a las normas de su padre, pero de alguna manera se las ingeniaba para parecer… indisciplinado. Sí, esa era la palabra,

—Vamos, Alun, yo fui quien le dijo que viniera —dijo cálidamente Beverly, interponiéndose entre los dos hombres—. Su casa estará inhabitable hasta que terminen las obras.

—Se mudó por su propia voluntad —dijo Alun sin despegar la mirada de su hijo. Y agregó—: Siempre dije que ese lugar no es propio para que viva la gente pero no hiciste caso, muchacho, ahora estás pagando el precio por ignorar los buenos consejos. Aquí tenías una excelente casa, pero no fue suficiente para ti. No, tenías que ir a vivir en ese viejo establo para vacas. ¿Por qué no admites que te equivocaste y vuelves al sitio que te corresponde…?

Olivia se preparó para oír una respuesta explosiva, Jordán no

parecía ser de los que ofrecen la otra mejilla, ni siquiera en una discusión.

—Como tú nunca has aceptado que cometes errores, difícilmente estás en posición de ofrecer consejos —dijo Jordán, en un tono tan dulce que resultó decepcionante.

Olivia había decidido que lo más conveniente era mantenerse al margen de todo durante la comida, pero parecía que el ser invitada no la excluía de tomar partido en una guerra extraña.

—Yo supongo que usted no vive en un establo, ¿no es así, señorita Marlow? —preguntó Alun Pendragon, con lo que, seguramente, él pensó que sería una agradable sonrisa.

—Oh, no. Yo tengo un agradable estudio en la ciudad… —contestó inquieta.

—¿Para usted sola?

—Casi siempre. A veces se queda conmigo algún amigo —respondió, pero el inquieto movimiento de Beverly indicó que estaba dispuesta a hacer alguna observación malintencionada y agregó—: Son artistas también, que desean trabajar en mi estudio. Además de los miembros de mi familia que me visitan cuando están en la ciudad…

Los ojos de Alun Pedragon centellearon brevemente ante la mención de la famosa familia de Olivia.

—Sí, sí, pero el entorno que la rodea no es vital para usted. Una verdadera artista se supone que debe trabajar en cualquier entorno. ¿No cree usted?

—Bueno… —comenzó. No le gustaba la ávida expectación en la cara del viejo. Olivia cometió el error de echar un vistazo en dirección de Jordán, que, apoyado en el respaldo de su silla, la observaba. Sus ojos tenían una expresión de cínica diversión. Cualquiera que fuera el oscuro juego que su padre jugaba, él lo conocía.

Los ojos de Olivia se agrandaron ante un repentino pensamiento. ¿No le había dicho Roz que Jordán prefería a los hombres que a las mujeres? Recuerdos vagos y desagradables cruzaron por su conciencia. ¿Prácticamente no había tratado ella de violarlo la terrible noche en que se conocieron? La copa que le dio él para calmarla había surtido el efecto contrario: había actuado como una poderosa droga sobre su debilitado sistema, nublando su mente.

Desesperada por tener éxito como mujer cuando había fallado como artista, Olivia había tratado de seducirlo. Pero en vez de eso, él la había metido en la cama como si ella fuera una niña molesta, sin siquiera perturbarse cuando Olivia insistió en dormir desnuda.

Por eso su furia había sido tan intensa al día siguiente.

Ahora, el pensar que no era a ella a quien rechazaba, sino a las mujeres en general, no la apaciguaba nada. De hecho, alimentaba su ira. ¿Acaso era esa ridicula insinuación de un romance entre ellos una cortina de humo para ocultar sus tendencias sexuales a su familia? ¿Cómo se atrevía a usarla así? Los ojos de Olivia se ensombrecieron cuando lo miró y dijo:

—Puesto que el arte es una expresión del yo interior, supongo que el medio no es relevante. Pero cada quien tiene sus propios gustos… y sus preferencias…

Como Jordán permaneció impasible, Olivia insistió;

—Yo creo que la única necesidad real de un artista es ser sincero consigo mismo.

Esta vez sí obtuvo una reacción, pero no de incomodidad como hubiera esperado. Jordán perdió su cinismo y un extraño brillo dorado apareció en sus ojos. Su sonrisa pareció enviarle un mensaje que no fue capaz de interpretar. Olivia bajó la vista a las manos de Jordán y recordó lo que era sentir esas manos por todo el cuerpo, batallando con botones y cierres, sujetándola de la barbilla para apartarla gentilmente cuando trató de besarlo.

Olivia se apresuró a alzar la vista y se dio cuenta de que él todavía la observaba. Para su confusión, sintió que una oleada de rubor la invadía. ¡A ella, que se consideraba una sofisticada mujer de mundo!

Los ojos de Jordán se entrecerraron y Olivia sintió que él podía leer hasta sus más ocultos pensamientos. Rápidamente volvió su atención hacia Alun Pendragon. Para su desgracia, él también estaba observando las reacciones de su hijo.

Beverly, sin embargo, miraba a Olivia.

—Así que eres una idealista —comentó con acritud—. ¡Qué extraño! Por tu curriculum yo hubiera pensado que hace mucho que perdiste tu inocencia. Estuviste en la comuna de un artista en Auckland antes de irte del país, ¿no es así? Con ese tal Logan Firth, que, según he leído, está acusado de abusar de unas menores. Luego

estuviste dos años viviendo con el gran Diego Martínez…

Olivia había dejado de protestar por las suposiciones erróneas de la gente de que había sido la amante de Diego. Pero la referencia a Logan la hizo sobresaltarse. Era muy joven cuando se unió a la comuna artística de Logan, de otro modo habría descubierto detrás de su carismático encanto, la falta de talento y solidez emocional. Estaba enamorada de la vida y del arte, y se había lanzado animadamente a la vana experiencia de ser adulada y deseada por un sofisticado hombre mayor. Había perdido su virginidad con Logan, pero no su corazón.

—Sí, así fue —admitió calmadamente—. Yo admiro a Diego profundamente.

—¿Cómo artista o como hombre? —preguntó Beverly con una inocencia que desentonaba con el brillo acerado de sus ojos.

—De las dos maneras.

—Después de vivir esa excitante vida debió de ser muy difícil para ti regresar a Nueva Zelanda. Supongo que a eso se debe que hayas producido tan poco el último año. ¿Qué te hizo romper esa provechosa relación? ¿Acaso las «diferencias artísticas»?

—Oh, no. Me temo que fue algo mucho más mundano. Mi hermano Richard se casó y yo tuve que volver para asistir a su boda. Luego estuve enferma una temporada y mis padres insistieron en que me mudara a casa. Mi madre incluso dejó su carrera para cuidarme… Pero recibió una buena oferta para una película en Sydney, así que lo mejor que podía yo hacer era abandonar el nido.

Olivia sonrió confiadamente hacia Alun Pendragon. Nunca solía hablar de su famosa familia, pero, dadas las circunstancias, pensó que sus padres le perdonarían la pequeña indiscreción. Así que les contó que su padre había sido nombrado Caballero en la última Lisa de Honor del Cumpleaños de la Reina.

—Vi actuar a tu hermana hace un par de años, cuando estuve en Londres —dijo Beverly—. Representaban algo muy sombrío en donde todos morían horriblemente. ¿Sólo tienes una hermana?

—Sí, pero tengo un par de cuñadas mayores que yo —respondió Olivia, evasiva. Su corazón comenzaba a golpetear aguadamente. De la única persona de la que no deseaba hablar era de Roz. ¿Alguno de los presentes sabría que eran gemelas? Los zapatos, que se había quitado al inicio de la comida, se habían movido hacia

adentro. Apresuradamente comenzó a buscarlos. En esos momentos, se sentía muy vulnerable, y bien podría necesitar la estatura extra que le daban los tacones para adquirir una confianza prestada. Recorrió con el pie la alfombra, y encontró una pierna.

Jordán le dirigió una mirada incrédula y sorprendida. Sobresaltada, Olivia se dio cuenta de lo que había pasado y retiró su pie, metiéndolo debajo de la silla. La sorpresa de Jordán fue desplazada por una dura mirada interrogativa que la hizo encogerse. Lo miró con ojos suplicantes, pidiendo que no dijera nada. La expresión de él no se suavizó. ¿Acaso pensaba que lo había hecho a propósito?

—¿Está muy fuerte para ti la salsa de rábano picante, Olivia? —preguntó Beverly, malinterpretando su rubor—. Tracey la hace muy concentrada porque sabe que nos gusta fuerte.

¿Nos? Obviamente Beverly ya se consideraba una Pendragon.

—Yo creo que a Olivia también le gusta fuerte —murmuró Jordán. Su mirada encerraba un acertijo.

—¿Cómo lo sabes? —disparó Beverly, maliciosa, consciente de que había algo que no entendía.

—No lo sé, lo intuyo —dijo Jordán, encogiéndose de hombros.

Alun Pendragon gruñó y volvió a la carga.

—Tu intuición nunca ha sido efectiva, y menos con las mujeres. Beverly y él estuvieron comprometidos un tiempo —le informó a Olivia—. Pero él juzgó mal la lealtad de Beverly hacia esta familia. Creyó que ella aprobaría su egoísta irresponsabilidad apoyando sus locuras. Deseaba encontrarse a sí mismo… saber quién era… ¡Yo siempre he sabido quién es! Es mi hijo. Y ningún hijo mío va a negar su linaje. Algún día reconocerás que tu lugar está aquí, con nosotros —dijo mirándolo directamente.

¿Jordán y Beverly habían estado comprometidos? ¿Habían roto cuando él decidió no seguir los pasos de su padre, o por alguna otra razón? ¿La posible homosexualidad de Jordán? Pero si Beverly sabía eso, entonces debería saber que Jordán y ella no podían ser amantes. Y ahora Beverly se iba a casar con el primo de su antiguo prometido…

—Soy mayor, papá, déjame vivir mi vida. ¿Por qué te empeñas en hablar siempre de lo mismo?

—Porque espero mejores cosas de ti. No quiero que mis hijos, o

los hijos de mis hijos sufran las carencias que yo sufrí. Hablas de la claustrofobia de usar traje… Muchacho, tú no sabes lo que significa la palabra. Si algo aprendí en esas malditas minas es que el poder es una herramienta muy imparcial. Trabaja para el que es suficientemente fuerte como para buscarlo y usarlo. ¡Sólo un cobarde o un tonto huye de la oportunidad…!

—Prefiero que se me señale como cobarde o como tonto si eso es lo que soy, que ser un peón en el juego de poder de otro —respondió tranquilo Jordán y, por primera vez, Olivia descubrió un parecido entre las pétreas expresiones de los dos hombres. Tercos, tenaces, decididos; podrían ser leales amigos o implacables enemigos.

La fruta con queso se sirvió en medio de un tensó silencio. Olivia pensó que tal vez debería hablar del asunto que la había llevado hasta allí.

—¿Cuándo quiere que empecemos con su retrato, señor Pendragon?

La miró sin expresión por un momento, como si se hubiera olvidado de quién era ella, luego frunció el entrecejo.

—No tengo tiempo para estar sentado sin hacer nada, señorita Marlow. Tendrá que esperar hasta que tenga tiempo. Ya se lo haré saber.

Olivia ocultó su mortificación.

—No tiene que quedarse sentado y quieto, señor Pendragon. Al principio sólo haré algunos bosquejos preliminares para hacerme una idea de la pose y el fondo…

—Yo sé la pose que quiero y no quiero ningún fondo.

—Permítame presentarle algunas ideas.

—Para eso le estoy pagando. Adelante, comience sin mí —dijo ondeando una mano en dirección a ella—. Mi tiempo es más valioso que el suyo, jovencita. No puedo andar rondando por el estudio en espera de que le llegue la inspiración…

Olivia observó la sonrisa de superioridad de Beverly. Un brillo belicoso inundó sus ojos verdes.

—Eso no será necesario. Y no trabajo así —mintió—. De hecho, no necesita dedicarme ningún tiempo especial. Solamente voy a observarlo a través de su vida normal…

—¡Quiere seguirme todo el día con un cuaderno de dibujo! —

Alun Pendragon palideció ante la idea—. No puedo permitírselo. Yo manejo información confidencial…

—Y yo soy muy discreta…

—No me gusta que me distraigan cuando estoy tratando de concentrarme.

—Bien, a mí tampoco —dijo Olivia con firmeza—. Entonces está acordado. Después de todo, señor Pendragon, cuanto antes comience, antes terminaré. ¿Le parece bien si me reúno con usted mañana a primera hora?

—Mañana a primera hora tengo una cita con mi abogado —gruñó Alun Pendragon, atrapado entre la lógica de Olivia y su tendencia a gruñir.

—Estaré callada como un discreto ratoncito —prometió Olivia. Un sonido apagado que pudo haber sido un bufido sonó al otro lado de la mesa, peroOlivia se negó a mirar a Jordán, segura de que estaría sonriendo.

—No me gustan las mujeres insistentes —insistió el hombre.

—A mí no me gustan los hombres indecisos —respondió Olivia dulcemente.

—¿Indeciso?

—Creí que quería un retrato, pero obviamente no está seguro. Si ha cambiado de opinión…

La sola sugerencia de una vacilación disparó la automática negativa.

—¡Por supuesto que no he cambiado de opinión! La veré mañana a las nueve en punto… ¡Y vaya preparada para un día ajetreado! Puede que tenga setenta años, pero tengo más empuje y ambición que muchos hombres con la mitad de mi edad… —Alun Pendragon no pudo resistir lanzar una mirada a su hijo y se puso de pie—. Tal vez vosotros tengáis tiempo de estar sentados discutiendo tonterías, pero yo tengo trabajo que hacer. Jordán, ven, quiero verte en mi estudio…

Olivia se sintió invadida por un repentino optimismo. Si Jordán no vivía ahí, tal vez sólo lo viera ocasionalmente durante algunas comidas. Sería fácil evitarlo.

—Lo siento, papá, le prometí a Olivia mostrarle su estudio. Pasaré a verte antes de irme.

—Tonterías, Jordán —dijo Beverly, poniéndose de pie—. No hay

necesidad de que te molestes con asuntos domésticos cuando tienes cosas más importantes que hacer. Yo puedo mostrarle a Olivia el lugar en donde va a trabajar.

—Tal vez, pero creo que Olivia preferiría ajustarse a nuestro plan original. ¿No es así, Olivia? —parecía una pregunta inocente, pero la amenaza que escondían sus palabras era inconfundible. Tras unos segundos de vacilación, aceptó sin desearlo.

Cuando Alun Pendragon se retiró, Olivia comenzó a ponerse de pie, pero se sentó de nuevo al recordar sus zapatos. Mientras reunía el valor para inclinarse y ver en dónde estaban, sintió el roce de piel en su pie. Se calzó, sin atreverse a agradecer a Jordán su discreta ayuda. La discreción era el sello del chantaje. ¡Por lo menos, Jordán sabía que no había tocado sus pies por el simple gusto de hacerlo!

Media hora después, Olivia miraba a Jordán furiosa. Él le había mostrado el estudio, donde habían tenido una interesante conversación.

—¿Qué quieres decir con que no eres homosexual? ¡Por supuesto que lo eres! —le gritó.

—¿Lo soy? Entonces obviamente no tengo deseos de hacer esto…

Olivia se encontró de nuevo en los brazos de Jordán Pendragon. Pero esta vez él no se limitó a tomarla en brazos… Antes de que su boca se apretara salvajemente sobre la suya, Olivia alcanzó a ver su mirada… Luego, sólo sintió la calidez de su boca…

Capítulo 4

POR supuesto, la culpa había sido de él. Hasta ese momento, Olivia había podido controlarse. Él la había conducido a su lugar de trabajo a través de corredores de blancas paredes altas salpicadas de docenas de ventanitas.

—El que diseñó esta casa debía de tener mucha imaginación —había comentado Olivia.

—Gracias —dijo Jordán.

—¿Usted diseñó esta casa? —preguntó, con la incredulidad marcada en cada sílaba.

—Con el constructor, un amigo mío. De hecho, él es el que está haciendo la remodélación de mi granero. La casa original levantada en este lugar ardió hace unos catorce años.

—¿Y su padre le pidió que diseñara una nueva? ¿Por qué?

—No me lo pidió. Yo me ofrecí.

—¿Y él se lo permitió a pesar de que usted no es arquitecto? —Olivia no podía creerlo. Alun Pendra-gon no era un hombre indulgente, en especial en lo que a su hijo concernía.

—No lo hice yo solo, contratamos a un arquitecto que hizo los planos finales.

—Pero si usted es capaz de diseñar casas así, ¿qué hace…? —se detuvo, molesta por su curiosidad.

—¿Revoleándome con los animales en el campo? Me gusta la variedad. En su momento, disfruté mucho diseñando la casa, pero ahora prefiero trabajar la tierra. ¿A ti no te gusta cambiar de vez en cuando?

—Supongo que no —dijo Olivia dudando—. Pero es una pena que desperdicie su talento…

—¿Crees que tengo talento?

Jordán se había detenido al final de un corredor, frente a una puerta. Olivia estaba segura de que algo le divertía, pero no sabía qué era.

—Sí. El talento de ser todavía más arrogante que su padre —dijo y la sonrisa burlona desapareció de la cara de Jordán, que abrió la puerta con un gesto de malhumor.

Con una exclamación de placer, Olivia entró en el gran cuarto. Sus tres enormes ventanas no daban hacia el lago, sino a la loma, y proporcionaban luz natural de una manera uniforme. Había varios anaqueles de madera que contenían variados artículos de arte. Olivia vio que sus propios lienzos y pinturas estaban cuidadosamente colocados junto al resto del material.

—¡Es perfecto! ¿Para qué usan este lugar, normalmente?

—Para lo que ves —dijo Jordán, señalándolo con las manos abiertas.

—¿Como estudio? —preguntó Olivia asombrada—.

Pero creí que su padre no tenía tiempo para los pintores.

—A mi madre le gustaba. Había un pequeño estudio en la casa original.

—¡Pero su madre murió hace más de cuarenta años! —exclamó Olivia.

—¿No ponías atención en tus clases de biología, Olivia? ¿Estabas demasiado ocupada haciendo bosquejos en los márgenes de los libros? —dijo, asombrándola con el cambio de tema.

Eso era precisamente lo que había pasado. Olivia lo miró, sin saber qué tenían que ver sus pobres calificaciones con lo que estaban hablando.

—Sólo tengo treinta y siete años, Olivia —dijo lentamente, como si ella fuera una criatura. De pronto el cerebro de Olivia hizo click. Dios, ese hombre era imposible. Autoritario, pedante, tedioso.

—Pues parece mayor —aclaró maliciosamente, para darle una lección a Jordán—. Está bien, entonces treinta y siete. ¿Quiere decir que su padre incluyó este estudio como un recuerdo para su madre? Desde luego que no conozco muy bien a su padre, pero no parece un romántico.

Para sorpresa de Olivia, Jordán sonrió.

—No. Pero el que hizo la casa fui yo y él ni siquiera miraba los planos. Nunca se fija en lo que lo rodea. Incluí el estudio porque

pensé que podríamos necesitarlo en el futuro.

—¿Y para que su padre pudiera pintar cuando se jubilara? —aventuró Olivia.

—No, yo pensaba en mí —dijo tranquilamente Jordán.

Olivia imaginó un pincel en esas enormes manos y su sonrisa se convirtió en risa, pero la contuvo al ver en los ojos de Jordán un brillo peligroso.

Entonces miró la pared, donde colgaban unos cuadros en los que antes no se había fijado.

Desde su marco, «El Bufón» la miraba, burlándose de ella con su distorsionada expresión. El corazón de Olivia comenzó a latir aceleradamente, y el sudor humedeció las palmas de sus manos. Los ojos de Olivia pasaron sin mirar sobre los trabajos de Steven Foscoe y de John Ferris, uno era una escultura en cobre y otra un tríptico que mostraba la exuberante maestría del artista.

—Impresionante, ¿no es así? —preguntó Jordán a media voz, acercándose a ella, que estaba mirando el trabajo de Foscoe.

El tríptico ocupaba la cuarta parte de una de las paredes y representaba la vida de una ciudad por la noche. A Olivia le gustó mucho y así lo dijo.

Jordán estuvo de acuerdo y Olivia tuvo la sensación de que estaba tratando de impresionarla con sus conocimientos sobre arte. Se volvió, murmurando algo acerca de comenzar a preparar sus lienzos, pero no logró distraer la atención de Jordán. Él permaneció en silencio tanto tiempo, que Olivia tuvo que volver la cabeza. Fue una sorpresa descubrir que Jordán no miraba al cuadro sino a ella.

—¿Estás orgullosa de esa pintura? La pregunta fue tan inesperada, que Olivia escupió la verdad:

—¡No!

—¿Entonces por qué la enviaste? Olivia se encogió de hombros. La pregunta no tenía respuesta.

—¿No te gusta?

—No es eso —dijo con furioso desdén. Jordán debía saber que ella no deseaba hablar de ello. Debía saber lo que le había pasado en la exposición… El silencio de Jordán la obligó a balbucir evasivamente:

—A decir verdad, me sorprendió mucho estar en vuestra lista. La expresión moderna disgusta a mucha gente, en especial a las viejas

generaciones…

—Pero aun así tuviste valor suficiente para presentarla. Mi padre respeta eso. Sabe que en el arte la controversia es la reina y que muchos de los grandes trabajos de la historia fueron vilipendiados en sus primeras presentaciones.

Jordán se volvió hacia la pintura.

—No cabe duda de que este cuadro es impresionante.

Cuando terminó de hablar, Olivia se negó a pedirle que ampliara su observación. Estaba demasiado furiosa por su aire de cínico desinterés.

—¿Acaso es usted crítico de arte? Jordán se quedó quieto.

—Sé lo que me gusta. Al menos, eso me autoriza a dar una opinión.

Gustar. Ahí estaba de nuevo esa palabra. Olivia comenzaba a odiarla. Era algo indefinido. Podría no significar nada. Pero dejaba abiertas muchas posibilidades.

—¿Y le gusta éste? —preguntó y sin esperar respuesta, agregó—: Debe de tener usted gustos muy pervertidos…

—¿Tan pervertidos como los de la pintora? —agregó Jordán. Olivia dejó caer los hombros en silencio.

—¿No me vas a preguntar por qué creo que este cuadro es impresionante?

—No.

—La pasión —agregó Jordán. ¿Cómo podía comprender él lo que ella misma no entendía?—. Pasión tormentosa. Hay tal intensidad de sentimientos en esta pintura que parece que está viva… —dijo Jordán y al volver la cabeza la atrapó con su penetrante mirada. Parecía escoger cuidadosamente las palabras—. Yo tenía miedo… Pensé que tu crisis podía matar tu creatividad. Pero luego vi esto… Y si la pintura me cortó el aliento, ver a la autora otra vez fue todavía más impresionante. Parecía que no tenías conexión con tu pintura. Eras tan fría, tan encantadoramente confiada cuando lo presentaste… Al principio creí que lo estabas haciendo deliberadamente para…

Se detuvo. Olivia sabía exactamente lo que Jordán trataba de decir. Estaba tratando de reconciliar dos personalidades en una sola mujer. Desde luego, Roz no tenía ninguna conexión con la pintura.

—¿Y funcionó, Olivia?

—¿Funcionó qué? —preguntó inquieta, prevenida por la gentileza de Jordán: la calma que precede a la tormenta.

—La pintura. ¿Lograste sacar todo el odio de ti?

Olivia sintió que el suelo se hundía bajo sus pies, a pesar de que esperaba la pregunta.

—No sé de qué habla —afirmó categórica. Pero Jordán era implacable.

—Un hombre te hirió, así que respondiste con la mejor arma que tenías. No debes avergonzarte por tu deseo de venganza. Era una respuesta natural y muy saludable.. Y funcionó. Simultáneamente lo desentrañaste y lo castraste con asombrosa brillantez y ahora lo cuelgas para ridículo y desdén público. ¿Fue suficiente? ¿Ya te has perdonado a ti misma?

—¿Perdonarme a mí misma? —exclamó Olivia, odiándolo por saber qué había en la raíz de su vergüenza. Contraatacó con helado veneno—: Diseñar una casa para su propio deleite no lo hace un experto en arte, Jordán. No necesito que un maldito granjero me enseñe el significado de mi propio trabajo. Puede que crea que sabe algo de arte, pero se engaña si se imagina que tiene capacidad. ¿Por qué no se limita a analizar a sus cabras en vez de tratar de imponer sus interpretaciones seudointelectuales sobre mi trabajo?

—No debes tener miedo de mí, Olivia. No le he contado a nadie todo lo que pasó entre nosotros ese día. Es y será… nuestro secreto personal.

¿Y eso debía ser tranquilizador? Él no tenía idea de cuál era su secreto.

Jordán se acercó un poco.

—Si «El Bufón» es sólo un experimento de estilo, ¿por qué te perturba tanto? No entiendo qué ha cambiado. Cuando nos lo presentaste estabas orgullosa de él. Era la prueba de que habías surgido como el Ave Fénix de las cenizas de tu derrota: más fuerte, más madura, más brillante que antes. ¿Por qué has cambiado?

—¡Tal vez porque he vuelto a encontrarme con usted! —lo acusó.

«Más fuerte, más madura, más brillante que antes…» ¿Eso era en realidad lo que él pensaba de ella? ¿O era Roz quien había ganado su aprobación?

—Usted es el único que anda hurgando en el pasado. ¿Por qué

no deja de hacerlo? ¡Oh! Ya sé muy bien por qué lo hace…

—Ah. ¿Y por qué estoy haciéndolo?

—¡Para que ellos no sospechen! —dijo Olivia. El tema de la sexualidad de Jordán parecía infinitamente más seguro que el examen de sí misma al que la estaba forzando.

—¿A qué te refieres? ¿Quiénes son ellos?

—Su familia. Usted no quiere que ellos lo sepan.

—¿Que no sepan qué?

Su asombrada inocencia parecía muy real, pero Olivia no se dejó engañar. Sentía la necesidad de castigarlo.

—Quiero que sepa que siempre lo consideré como nuestro secreto personal… —le dijo con maliciosa bondad, agregando triunfalmente—. Yo no creo que deba condenarse a la gente por ser diferente. De hecho, algunos de mis mejores amigos son homosexuales…

—¡Qué…! —rugió Jordán.

—Lo que haga usted en la intimidad de su casa esasunto suyo —continuó—, pero le advierto que yo no voy a ser su coartada pública. Si teme que la gente diga que usted es homosexual, ese es su problema. Yo no voy a fingir que tengo un romance con usted sólo para sacarlo del aprieto.

—¿Qué? —explotó Jordán con la fuerza de un disparo.

—Y eso significa que ya no habrá más insinuaciones de que hay algo entre nosotros…

—¿De qué demonios estás hablando? ¡Yo no soy homosexual!

Olivia había cometido uno de sus terribles errores y ahora sólo le quedaba pagar las consecuencias. Dada su debilidad física y el enorme tamaño de Jordán, sintió miedo cuando él la sujetó y la forzó a recibir su beso.

Podía sentir la fuerza contenida de sus brazos, que la sujetaban por la espalda, y de su pecho, que se apretaba contra su cuerpo, y de su boca cuando la obligó a separar los labios para apoderarse de su suavidad.

Al principio se quedó quieta debido a la impresión, y después ya era demasiado tarde para protestar. Olivia comprendió que Jordán esperaba que ella luchara.

Pero ella no luchó. Cerró los ojos y aflojó el cuerpo con la esperanza de desanimarlo, decidida a no participar en ese beso…

Hasta que la insistencia de la boca de Jordán sobre la suya ganó la batalla. Entonces, Olivia dejó que el torrente de fuego consumiera el último vestigio de su razón. Su boca se abrió, desamparada, ante la de él y Jordán consolidó su victoria. Lo tomó en brazos y la apoyó contra la pared, haciendo que ella quedara entre sus muslos y fuera consciente de su fuerte erección. Olivia comenzó a sentir la primera señal de alarma y se puso rígida. Entonces él suavizó su devastador ataque, besándola con una sensual habilidad. Intensificó su presión y el movimiento de su cuerpo, apretándose más contra la pelvis de Olivia.

Deliberadamente estaba provocándola con su cuerpo, explotando las diferencias entre ambos. Sus caricias eran cada vez más eróticas, hasta que Olivia comentó a arquear su cuerpo y a moverse al mismo ritmo que él. Olivia se dio cuenta de lo que estaba pasando. Él le estaba haciendo el amor ¡a través de la ropa!

—¡No! —exclamó Olivia, pero él sólo separó su boca un poco de la de ella.

—Mentirosa —dijo. La palabra fue apenas un gemido. Olivia volvió la cabeza, apretando su mejilla ardiente contra la pared.

—Le creo —susurró.

—¿Qué es lo que crees? —murmuró Jordán impaciente, más interesado en recapturar su boca que en lo que decía.

—Que no es homosexual.

Los labios de Jordán se posaron en la mejilla de Olivia y los incansables movimientos de su cuerpo se detuvieron.

—¿Qué demonios te ha pasado?

La pregunta era absurda y Olivia no tuvo respuesta. Ella estaba tan confundida como él, impresionada por lo que acababa de sucederles.

—Yo… Usted me ha abrazado.

—No es eso lo que quiero decir. Lo sabes bien. ¿Quién te ha dado clases?

—¿Clases?

—La última vez no me besaste así. ¿Te divierte ser ardiente un momento y fría al siguiente? Ese es un juego peligroso, Olivia. Espero que estés preparada para pagar las consecuencias… —de pronto, la duda de Jordán dejó paso a una intuitiva percepción. Ahora la voz de él era profunda y cortante—. O quizá sólo

respondes al ardor cuando se te toma por sorpresa. Como ahora. ¿Es eso lo que soy para ti, Olivia? ¿Otro de tus pequeños experimentos…?

Olivia estaba ruborizada, apenada por las preguntas de Jordán.

—No sea ridículo. Yo… —dudó. Debía de ser muy cuidadosa con sus palabras—. Yo… Creí que usted era… —tosió—. Usted sabe…

—No. No entiendo por qué demonios, si creías que era homosexual, trataste de seducirme. ¿Acaso sentiste lástima por mí? ¿O pensaste que no corrías peligro conmigo porque yo no echaría a perder tu diversión respondiendo…?

—¡No! —¿tratar de seducirlo? ¿Estaba hablando de aquella noche en su estudio? ¿Qué podría decir ella en su defensa? No podía decirle que había sido Roz la que sugirió que él era homosexual y, ¿cómo demonios había llegado su hermana a esa conclusión?—. Bueno, yo supongo que como usted no respondió… Bueno,supuse… —Olivia comenzó a ofuscarse ante la divertida expresión de Jordán.

—Ya veo —dijo él y separó las manos de la pared. Olivia creyó que al fin iba a quedar libre, pero Jordán sólo estaba cerrando el cerco de sus brazos. Un poco más y estaría rozando sus pechos.

—Así que supusiste que cualquier hombre que no sucumbiera inmediatamente a tus encantos debería de ser homosexual.

Sus palabras estaban cargadas de sarcasmo.

—¡No! Fue una combinación de cosas… De algo que dijo alguien…

—¿Quién, un hombre? ¿El hombre que te ha estado dando clases de cómo besar?

—¡No! Quiero decir… nadie me ha dado clases. No fue nada… sólo un comentario que yo interpreté mal. Lo siento. Mire, Jordán, por favor, ¿no podríamos olvidarnos de todo esto? Ya sé que estaba equivocada… —protestó desesperada.

—¿Y qué te da tanta seguridad ahora? —preguntó él, imperturbable.

Olivia enrojeció de nuevo.

—Usted… Yo… Usted estaba… —balbució Olivia, terriblemente avergonzada.

—Sí, yo estaba excitado. Pero no más que tú… —hizo una pausa antes de continuar en un tono aterciopelado—. ¿Estás segura de que

no deseas otra muestra de mi heterosexualidad? Puedo quitarme la ropa, si tú quieres, Olivia, así podrás ver, y no sólo sentir, lo que me provocas…

—¡Deténgase! —Olivia sabía que la estaba provocando deliberadamente, pero no podía evitar reaccionar a las pecaminosas imágenes que se estaban formando en su mente. Una vez más trató de alejarlo. Para su sorpresa, esta vez lo consiguió. Él estaba sonriendo. ¡Y vaya sonrisa!

—Si esto es la venganza, ahora sé por qué dicen que es dulce.

—La dulzura es tan importante en cualquier relación… Sobre todo si es amorosa.

—Nosotros no tenemos ninguna relación.

—No por falta de ganas —murmuró irónicamente y la tocó en la mejilla con un dedo—. Me maravilla que todavía puedas hacer eso —dijo, frotando su dedo como si fuera a borrar el rubor—. Ya me viste desnudo sin que se te moviera un cabello y ahora te ruborizas con sólo pensarlo. Pero la última vez no había nada por qué ruborizarse, ¿no es así? Tú estabas haciendo las proposiciones y los dos estábamos desilusionados.

Olivia comenzaba a tener un mal presentimiento. Un presentimiento horrible. Ella nunca había visto desnudo a ese hombre.

Pero antes de que tuviera una oportunidad de decírselo, la puerta del estudio se abrió con tanta fuerza, que golpeó la pared.

—Tu padre todavía está esperándote, Jordán —dijo Beverly.

—Que espere —respondió Jordán, deslizando su dedo hasta la boca de Olivia, antes de dejar caer la mano.

—¿Tanto tiempo necesita la señorita Marlow para ver el cuarto? —preguntó con sarcasmo. Jordán todavía estaba mirando a Olivia como si ésta fuera la única mujer en el cuarto… o en su vida.

—No. Soy yo el que necesita mucho tiempo para enseñárselo.

—Ya puedo ver por qué —agregó Beverly y su mirada recorrió a Olivia, deteniéndose en sus pies. Ésta bajó la vista y descubrió que en algún momento había perdido los zapatos. Estaban junto a la pared y su posición indicaba el comportamiento de Olivia unos minutos antes.

Olivia se inclinó para ponérselos, pero parecía que habían encogido. Jordán se arrodilló a un lado de ella.

—A ver, Cenicienta —dijo, al tiempo que tomaba el pie, obligándola a apoyarse sobre él. Frunció el entrecejo ante el trabajo que le costó ponérselo—. Tienes unos pies muy bonitos. No deberías estropeártelos en aras de la moda.

—Son un poco grandes —respondió.

—Son fuertes —agregó Jordán, poniéndole el otro zapato—, como tus manos. ¿Estarías dispuesta a estropearte las manos manteniéndolas demasiado apretadas? Estos zapatos son demasiado pequeños.

—Medio número —corrigió Olivia. Para su consternación, en vez de ponerse de pie, Jordán corrió su mano por la pierna hasta la rodilla. Una caricia íntima que descubrió una zona erógena que ella no sabía que tenía. Un leve escalofrío la puso rígida y deliberadamente los dedos de Jordán la acariciaron detrás de la rodilla.

—Nunca imaginé que fueras coqueta —le dijo con suavidad Jordán—. Yo hubiera pensado que, como toda artista, despreciarías la hipocresía de la moda. Es el instrumento que usa la sociedad para manipular a las mujeres.

Esas palabras expresaban muy bien la forma de ser de Jordán. La ropa informal que usaba, su brutal sinceridad, su calmada oposición a doblegarse ante las presiones de la familia expresaban una profunda confianza en su propia fortaleza. No le interesaba lo que otros pensaran de él porque era invencible.

—No crea nada de lo que él le dice, señorita Marlow, no está de rodillas para hacerle una propuesta galante y tradicional —dijo Beverly en un tono burlón—. Jordán ve al matrimonio con los mismos ojos con los que mira un traje y una corbata… Como un collar de conformismo que lo ahoga. Él raya en lo excéntrico. De hecho, nunca lo imaginé a los pies de una mujer. Normalmente sucede al revés.

Había algo en el tono de Beverly que hizo que Olivia sintiera miedo. Jordán se puso de pie sin ninguna prisa.

—No tiene sentido que le digas a Olivia que soy un mujeriego, Beverly, porque no te va a creer —dijo Jordán con un grave humor que sobrecogió a ambas. Durante un terrible momento, Olivia pensó que él iba a hacer una broma por su terrible equivocación, pero no fue así. ¿Podría ser que él amara todavía a su ex-prometida? ¿Acaso

era por eso tan tolerante con la venenosa lengua de Beverly? ¿Y acaso los frustrados sentimientos de Jordán eran correspondidos? ¿Lamentaba Beverly el cambio por William?

—¿No? —preguntó Beverly dirigiendo a Olivia una sonrisa de compasión—. Qué enorme confianza la suya, querida. La confianza es muy importante en una relación, ¿no cree? Supongo que le ha dicho que deben mantener su romance en secreto para que no lo sepa su padre… por el bien de usted, naturalmente.

—Nosotros no tenemos un romance… —cortó Olivia, furiosa por el cuento del romance, especialmente ahora que no había razón para ello.

—Vamos, querida, ¿acaso debo fingir que no los sorprendí retozando desnudos en la cama de Jordán?

—¿En su cama? —demasiado tarde se dio cuenta de su error. El sorprendido énfasis de su exclamación involuntaria la condenó más que el silencio de Jordán. Pero… ¿en su cama? La única ocasión en que había estado en una cama con Jordán, ¡había sido en la cama de ella!

—Bueno, supongo que técnicamente era la cama de Alun, puesto que ésta es su casa, pero no creo que importe la semántica.

—¡Oh, Dios mío…! —exclamó Olivia mientras se volvía a mirar a Jordán.

Una incómoda sensación aleteó en su estómago. La impasibilidad de Jordán confirmó lo impensable.

—No. No lo creo —su murmullo apagado fue demasiado leve para el oído de Beverly, pero el de Jordán era muy fino. Nuevamente Olivia sintió lamirada de inteligencia que ella había tontamente subestimado.

Quería gritar, pero sabía contra quién debía volcar su ira por traicionarla.

Roz. La hermosa, confiada y coqueta Roz.

Su hermana.

¡La amante de Jordán!

Capítulo 5

N O creo que haya pintado bien alrededor de los ojos… —En este momento sólo estoy haciendo un bosquejo —dijo Olivia apretando los dientes y dando la misma explicación por centésima vez.

—Es que es absurdo partir de un error. Y, además, usted necesita gafas, niña. Me ha hecho la frente muy estrecha… —Olivia tenía por norma no permitir que sus modelos vieran sus cuadros mientras los estaba pintando. Desafortunadamente, Alun Pendragon se resistía a aceptar las reglas, excepto aquellas impuestas por él mismo y ninguna fuerza había que pudiera evitar que se hiciera a su modo. Los últimos tres días habían sido un infierno. Bajo el pretexto de ser «cooperativo» ¡estaba haciendo una excelente labor de sabotaje!

Pero Olivia tendría la última palabra… ¡Sí, señor! En el terreno de él, había aceptado doblegarse, ¡pero en el estudio ella era la reina!

Olivia hundió el pincel en la pintura y cuidadosamente dio un poco más de área a la frente. Su patrón gruñó y se fue, desilusionado nuevamente por la facilidad de su victoria.

Olivia deseó poder irse también. No por causa de Alun Pendragon. Podía soportar al viejo arrogante. Era el joven arrogante el que la mantenía confundida.

Había pensado que sería fácil evitar a Jordán, pero, salvo en el desayuno, estaba obligada a verlo en todas las comidas. No hablaba, pero su penetrante mirada era peor que todas las palabras.

Lo único bueno era que Beverly, quien al principio se había mostrado profundamente desconfiada por la continua presencia de Jordán en la mesa, había visto sus dudas apagadas por la

caballerosa actitud de su antiguo amante. La noche anterior Olivia se había sentido aterrada al escuchar lo que Beverly había sugerido. Debido a un comentario de Jordán en el sentido de que iban a quitarle el tejado a su «granero» para cambiarlo por tejas, ella sugirió que él se quedara en la casa hasta que terminaran el trabajo. Afortunadamente, Jordán no aceptó.

—No me extraña que tarde tanto. La mitad del tiempo está usted soñando despierta —dijo el viejo, y Olivia volvió a la realidad por el repentino gruñido—. Mi hijo debe pensar que está usted inspirándose, pero yo no veo que sea así…

—¿Su hijo? —preguntó. Olivia tenía entendido que había sido William Pendragon quien había usado su influencia a favor de ella.

La exclamación pareció divertir al viejo.

—Tal vez no sea el hijo que deseo, pero es mi hijo. Lo conozco mejor de lo que él piensa. Will no entiende de arte, así que el entusiasmo a favor suyo debe venir de otra fuente, y no fue su prometida, dado que usted no parece caerle bien a Beverly.

Esa era una forma de provocarla deliberadamente, pero Olivia se negó a servirle de diversión.

—Como tampoco fue usted quien me eligió, es un tanto sorprendente el que yo esté aquí.

—¿Verdad? —dijo el viejo, a quien la idea le pareció divertida. Se encogió e hombros y agregó—: A mí no me gusta tirar piedras contra mi propio tejado.

Olivia no pudo evitarlo, esta vez preguntó riendo:

—¿No? ¿Y por qué se lleva tan mal con su único hijo?

Esperaba que él explotara, pero sólo gruñó.

—Si no fuera tan endemoniadamente terco…

—No sería su hijo. Si fuera tan suave y maleable como evidentemente desea que fuera, no creo que usted confiara mucho en sus cualidades, ni tendría mucho respeto por su carácter —dijo burlonamente.

—Yo lo respeto —gruñó Alun— Pero creo que él debería mostrar algo de respeto por mí. Yo soy su padre.

¿Eso era lo que pensaba? ¿Que su hijo no lo respetaba?

—¡Bueno, se acabó su tiempo! Le dije que no lo desperdiciara. Tengo que ir a mi club de Taupo. Ahí no puede usted seguirme porque no se admiten mujeres, ¡ni siquiera como invitadas! —dijo

poniéndose de pie, y deteniéndose sólo para echarle una mirada. Olivia estaba furiosa por el comentario. Alun Pendragon salió majestuosamente.

Olivia se dirigió al teléfono, descargando su furiasobre el aparato mientras marcaba un número familiar. Su hermana se negaba a ponerse al teléfono, así que cuando su compañera de piso respondió, Olivia fingió ser una amiga de Roz. Sus labios esbozaron una triste sonrisa mientras la compañera de piso de Roz iba a tratar de sacarla de la cama.

—Si me cuelgas, llamaré a Hugh, ¡y se lo contaré todo!

Su hermano mayor siempre había sido el arbitro de sus peleas infantiles.

—Tú no te…

—Provócame…

—Yo… tengo un ensayo…

—No antes de las once. ¿Dormiste con él, Roz?

—¿Con él? ¿Quién? —fue la débil respuesta.

—Tú sabes con quien —explotó Olivia—. ¡Con Jordán!

—Ah, él… ¡No, por supuesto que no! Olivia siempre había creído que su hermana era una brillante actriz. Ahora estaba segura.

—Lo siento, me he expresado mal, ¿no es así? He debido preguntar si habías tenido sexo con él mientras estuviste aquí.

—¡Olivia!

—Beverly me dijo que te vio desnuda en la cama con él, así es que muy bien…

—Él estaba desnudo. No yo. ¡Y estábamos sobre la cama, no dentro! ¿Maldición, Liwy, nunca creí que lo descubrieras! El dijo que sólo estaría ahí ese fin de semana, y dijo que se aseguraría de que Beverly no abriera la boca…

—¿Por qué me dijiste entonces que era homosexual, por amor de Dios?

—No le habrás dicho eso a nadie, ¿verdad? —el terror de Roz era sofocante.

—Sólo a Jordán —dijo Olivia apesadumbrada.

—¡Oh, Dios…! —exclamó Roz, con un sonido ahogado—. ¿Qué fue… lo que dijo? Olivia se sonrojó al recordarlo.

—¿Tú qué crees? —respondió evasivamente.

—¡Dios mío, lo siento! Tú me preguntaste y, bueno, yo nunca

había visto a nadie fallar tan graciosamente.

Olivia se quedó de una pieza.

—¿Fallar?

—Todo fue tan estúpido. Yo sólo coqueteé porque él me miraba de una forma tan intensa y sexy… Así que yo pensé: Bueno, ¿a quién le hago daño…?

—¿A quién le hago daño? —repitió Olivia, incrédula.

—Supongo que me dejé llevar por mi papel, pero todo pasó tan rápidamente… La noche del sábado, durante la cena, estuvimos charlando y él mencionó que tenía en su cuarto unos aguafuertes muy interesantes…

—¿Aguafuertes? —repitió Olivia gritando.

—Bueno en realidad eran daguerrotipos… y tú sabes que siempre me ha interesado la fotografía. No era .cuento, en realidad los tenía en la pared, Liwy. En verdad eran increíblemente interesantes, deberías verlos algu…

—¡Roz!

—Está bien, está bien. Así que un poco más tarde me invité yo sola a su cuarto… sólo para mirar, porsupuesto, y me encontré con que Jordán acababa de salir de la ducha y, bueno… una cosa llevó a la otra… —Olivia se llevó una mano a la boca—. Pero no pasó nada… quiero decir, después de todas esas cálidas miradas y de las significativas expresiones de doble sentido… ¡nada!

—¡Nada! —Olivia se quitó la mano de la boca.

—Bueno, no exactamente nada. Pero cuando nos besamos, no fue nada del otro mundo. Él estaba tratando muy amablemente de decirme que yo no era bastante mujer para él cuando entró esa bruja. Fue muy humillante, por eso dije eso de él cuando tú lo mencionaste. Así es que si me llamas para saber si tengo algún interés, la respuesta es un ¡no! contundente.

—¡Roz!

—¿Con quién estás hablando?

Olivia quedó tan impresionada por la interrupción que colgó de golpe. Jordán estaba de pie a unos cuantos pasos. Había entrado sin hacer ruido.

—¿Cómo se atreve a espiarme? Él permaneció impasible por la ira culpable de ella.

—Tal vez vuelvan a llamarte. No te has despedido…

Olivia palideció.

—¿No tiene otra cosa que hacer que escuchar furtivamente las conversaciones de otras personas?

—No llamé a la puerta, pero tú debías estar demasiado absorta en tu conversación para no oírme. ¿Con quién hablabas?

—Yo… yo… —«tú tienes un millón de conocidos, Olivia. ¡Escoge uno!»—. Era… era…

—¿Tu hermana?

—¿Mi hermana? —repitió estúpidamente.

—Creí oír que la llamabas Roz. Debe de ser tu hermana Rosalind. La actriz.

La última palabra que ella había dicho era «Roz».

—Sí —admitió ausentemente.

—Tu hermana gemela…

—Sí, pero casi no nos parecemos…

Estaba balbuceando pero no podía evitarlo. Jordán la ponía tan nerviosa, ahí parado, mirándola con curiosidad.

—No tienes que convencerme de eso. Definitivamente eres única —Olivia se humedeció nerviosamente los labios—. Estás muy… nerviosa. ¿Te pongo nerviosa yo, Olivia?

—Usted no —respondió con rapidez—. Es la casa. Jordán sonrió y ella retrocedió.

—Te entiendo, a mí me pasa igual. Pero no es la casa, son sus habitantes. ¿Te ha hecho pasar malos ratos mi padre? Tal vez lo que necesitas es un descanso.

Lo que necesitaba era que él se fuera. Estaba tratando de encontrar una forma de deshacerse de él cuando Jordán se adelantó unos pasos y se puso a mirar el cuadro.

—¡Dios mío! —fue la suave exclamación de Jordán.

—Todavía no está terminado… —dijo Olivia, ruborizándose. Jordán parecía no estar muy convencido, igual que su padre, pero por diferentes razones.

—Ni siquiera has comenzado. ¿Por qué no le das los pinceles a mi padre y terminas con todo?

—No sé qué quiere decir —dijo llanamente.

—Seguramente sabes hacer más que esto —dijo señalando el lienzo. Lo peor de todo era que no la estaba acusando o insultando deliberadamente. Parecía… defraudado. Olivia sintió un traicionero

deseo de justificarse, de redimir su arte y su honor a los ojos de él.

—No es asunto suyo, Jordán…

—¿Crees que no? —preguntó, cambiando la mirada de la indefinida pintura hacia su autora—. Olivia, a él le encanta jugar con los demás, no le permitas…

Olivia alzó la barbilla y lo miró. Muchas veces había visto a su madre utilizar el mismo gesto imperioso en el escenario con aplastante efecto.

—Ya sé lo que estoy haciendo.

Jordán no pareció impresionado. Olivia no tenía la profunda frialdad de una mujer verdaderamente altanera. Era demasiado sensible y demasiado sensual. Sus ojos siempre la habían traicionado. Jordán había visto en ellos una asombrosa variedad de estados de ánimo durante su breve y extrañamente profunda relación, y creía conocerla. Sabía que debía ir poco a poco con ella si quería descubrir los secretos que encerraba… y quería hacerlo.

De modo que se encogió de hombros y cambió de tema, como si no tuviera importancia.

—Voy a regresar a la granja a hacer las maletas. ¿Por qué rio vienes conmigo y das un paseo?

—¿Hacer las maletas? —preguntó Olivia y su corazón se detuvo. Tal vez se iba de viaje a algún lejano lugar… por ejemplo a la Antártida—. ¿A dónde va?

—Vengo —corrigió él y el corazón de ella comenzó a golpetear de nuevo—. Me mudo aquí hasta que me terminen el tejado.

Olivia sintió que su respiración se aceleraba.

—¡Pero usted no puede! ¿Y su padre? Se pondrá insoportable. Pensará que se da usted por vencido.

—¿Quieres decir como tú? —preguntó con una cínica sonrisa—. No te preocupes, mi padre sabe muy bien por qué estoy aquí.

—Pero… —comenzó, abrazándose a sí misma.

—Si protestas demasiado voy a empezar a preguntarme si tienes miedo de mí. ¿Te quedarías más tranquila si te digo que ahora cierro por dentro la puerta de mi habitación?

—¡No creo que sea necesario! —contestó indignada—. Nunca seduzco a hombres que no lo desean… Y menos me molesto en intentarlo por segunda vez.

—De hecho, sería por tercera vez —señaló, maliciosamente—.

¿Pero a quién le importa llevar la cuenta?

—¡A usted por supuesto!

—Bueno, alguien debe llevar un marcador adecuado.

—¡Esto no es un juego! —exclamó acaloradamente, luchando por controlarse.

—Ya lo sé. Mira qué tensa estás —observó Jordán, desconcertándola por la forma de cambiar de tema—. Definitivamente necesitas un descanso. Nohas salido de la casa desde que llegaste. ¿Qué te parece si le pido a Tracey que nos prepare comida para un día de campo?

Olivia parpadeó, tratando de descubrir sus motivos.

—¿Por qué demonios iba yo a querer pasar la tarde con usted? —preguntó con ruda incredulidad. Jordán alzó una ceja y ñieneó la cabeza.

—¿Por curiosidad?

—No estoy interesada en nada suyo —replicó.

—Bueno, piensa entonces que mi padre y yo saldremos y tendrías que comer sola con Beverly. Hoy hay filetes de hígado.

—¿Hígado? —preguntó Olivia palideciendo.

—Creo que Beverly lo ordenó especialmente —le dijo Jordán, con la cara muy seria.

Olivia había cometido el error, al inicio de su visita, de responder a las preguntas de Beverly sobre las cosas que le gustaban y desagradaban. A partir de entonces, las comidas parecían planeadas deliberadamente para que Olivia no pudiera tomar bocado.

—Yo le he pedido a Tracey que prepare ensalada de salmón ahumado y unos mejillones marinados, alitas de pollo, paté y unos quesos suaves para tomarlos con pan tostado y unas tartitas de moras y galletas de ciruelas para terminar.

A Olivia se le hizo la boca agua con la lista. De repente sentía mucha hambre. Todos sus platos favoritos en una sola comida. Era demasiado bueno para ser verdad.

—No es obligatorio, pero si decides acompañarme, estaré en la puerta principal dentro de viente minutos. Lleva ropa de abrigo porque parece que se puede nublar más tarde-Sola, con visiones de moras azucaradas bailando en su cabeza, Olivia pronto se convenció de que podría manejar a Jordán Pendragon.

Media hora después, sentada al lado de Jordán, se sentía poco menos que segura de su habilidad para actuar fríamente. El vehículo era amplio, rojo y brillante, una típica pieza de exagerada fanfarronería masculina, había pensado Olivia, mientras Jordán la había empujado con exagerada familiaridad a través de la alta puerta, y se reía de la ira de ella. La mayoría de los hombres parecían más jóvenes y más inocentes cuando reían. ¡Jordán había parecido una década más peligroso!

Olivia decidió permanecer en silencio para demostrarle su desaprobación, cosa que no pareció molestar a Jordán, quien se puso a cantar en perfecta armonía con el cantante de country de la radio. La canción hablaba de una mujer infiel que había pisoteado su alma y su corazón. Olivia se hundió en el asiento. ¿Es que había algo que ese hombre no hiciera bien?

Jordán condujo hacia Taupo, antes de abandonar la carretera. Después se internaron por un camino de tierra lleno de baches y Olivia entendió por qué llevaban ese coche. En cualquier otro se habría mareado. Jordán redujo la velocidad y le dirigió una breve mirada.

—¿Estás mareada?

Olivia lo había obligado a hablar primero, pero su preocupación por ella la conmovió.

—No —respondió ceremoniosamente.

—¿Así que no es frecuente que te marees en los viajes? —parecía que Jordán siempre veía lo peor de ella.

—No, no soy una delicada flor, ¿sabe? —repuso.

—Lo sé. Más bien pareces una rosa salvaje. Pero yo no me desanimo fácilmente.

—Con lo tramposo que es usted no me extraña —dijo Olivia con acritud y Jordán rió. Era una risa que venía desde muy hondo y que le hacía sentir ganas de reír también…

Atravesaron el portón de una granja y Olivia tuvo que bajar para abrirlo y cerrarlo después. Jordán miró sus zapatos de lona.

—¿Por qué no te has puesto algo más apropiado? Olivia sabía que él tenía razón y eso la hizo más mordaz.

—Porque esto es lo único que tengo. Soy pintora, no una campesina.

—Traías zapatos resistentes el día que llegaste, ¿por qué no te

los has puesto? Olivia no contestó.

—Te aprietan —afirmó Jordán, más que preguntar, luego suspiró—. Tengo unas botas en la casa que podrían servirte.

—Lo dudo. Nada que sea suyo me servirá, además no quiero.

—Pues no lo sé, cariño —ronroneó él—. Creo que hay algo mío que te quedaría a la perfección… Olivia sintió que comenzaba a enrojecer.

—Me refiero a un viejo abrigo con capucha que dejé de usar cuando cumplí trece años —aclaró suavemente y el rubor de Olivia floreció—. Podrías necesitarlo. Parece que va a llover más tarde.

—Entonces no deberíamos haber salido al campo—dijo furiosa consigo misma por haber caído en la trampa de Jordán.

—Bueno, no podía dejarte morir de hambre—murmuró—. Dado que has venido conmigo por la comida.

—Exacto. Sólo por la comida —afirmó Olivia.

—Claro —aceptó tranquilamente él. Habían llegado y Olivia miró el «viejo establo»» que tanto había criticado Alun Pendragon.

—¡Cielo santo!

Jordán metió la camioneta en un estacionamiento de grava.

—Es tan… grande —exclamó Olivia mientras saltaba de la camioneta. El edificio tenía dos pisos y la mitad del tejado estaba cubierta por una desnuda estructura de hierro. Olivia pudo ver en lo alto a dos hombres que estaban colocando y removiendo secciones de hierro.

—Soy un hombre grande, necesito mucho espacio—afirmó Jordán, saludando con la mano a los hombres—. ¿Quieres entrar?

—¿No hay peligro con todo lo que están haciendo arriba? —preguntó Olivia imaginando lo que una de esas pesadas vigas podía hacerle.

—No. Sólo está un poco revuelto —aseguró Jordán y le puso una mano en la espalda, guiándola

hacia la puerta—. No te preocupes, Olivia, te cuidaré.

El interior era amplio, pero ahí terminaba cualquier parecido con un granero. Había mucha luz. En las paredes habían sido abiertas enormes ventanas a intervalos irregulares. La luz hacía resaltar los millones de motas de polvo, volviéndolas brillantes, como un blanco velo que se agitaba con la más breve corriente de aire. El techo era bajo, de vigas de madera. Las paredes tenían

terminado rústico y una serie de biombos de madera dividían el espacio interior.

En la cocina, había muy pocos muebles, pero la imaginación de Olivia llenó los huecos con colores y formas. En el muro sur, aún sin ventanas, una chimenea de piedra dominaba la vista y a la izquierda una escalinata curva se perdía en el techo. El pasamanos era tan grueso como el brazo de un hombre y labrado caprichosamente, dejando que las vetas de la madera dictaran la forma. Olivia estaba impresionada.

En el momento que iba a comenzar a caminar una mano la detuvo. —Toma, ponte esto.

Era una pequeña máscara para tapar la nariz y la boca y evitar el polvo. Aunque Jordán ya tenía una puesta, no la siguió, se quedó de pie mientras ella merodeaba por allí. La casa Pendragon era elegante, fría, una obra maestra de diseño, pero ésta… ésta era maravillosa. Acarició el polvoriento pasamanos francamente nerviosa.

Una mano fuerte se unió a la suya. Olivia alzó la vista y se encontró con los ojos de Jordán. La máscara ocultaba el resto de su cara y sus ojos le parecieron curiosamente jóvenes.

—Un amigo que es carpintero me lo hizo —explicó Jordán, acariciando la madera de la barandilla, cerca de la mano de Olivia, con tanto cuidado como si estuviera acariciando la piel de una mujer—. Parece que… —comenzó Olivia, pero se interrumpió por el polvo que entró en su garganta—, parece que tiene muchos amigos…

—Pareces sorprendida. Yo soy muy buen amigo, Olivia. Yo era tu amigo antes de que decidieras que fuéramos enemigos…

Era la máscara la que hacía que su voz sonara tan cálida y engañosa como sus ojos, decidió Olivia, y apartó la vista.

—¿Podemos ver lo que hay arriba?

—Ver sí, pero no podemos quedarnos mientras estén trabajando. El granero original tenía una buhardilla, pero Doug la quitó.

Mientras subían, Olivia pudo ver que el techo del piso bajo era el suelo del superior, formado por gruesas vigas. Por el momento, el piso alto era un espacio vacío, sin techo.

—Estoy poniendo tejas porque el metal hace un ruido infernal cuando llueve. Como yo voy a dormir aquí, vamos a poner un

aislante extra para evitar el ruido y mantener el calor. Los tragaluces quedarán justo sobre la cama. Quiero ver el cielo durante la noche y alanzar las estrellas con mi imaginación.

Tocó una fibra tan sensible en ella, que Olivia comenzó a bajar las escaleras.

—¡Válgame Dios! Nunca pensé que los rancheros fueran tan poéticos.

Entonces un hombre detuvo a Jordán con una pregunta. Olivia se reunió con ellos y Jordán se la presentó a Doug Chanter, pero ella pudo sentir que lo último que el constructor quería era tener una charla social.

Muy pronto, los dos hombres estaban metidos en los planos que Doug había desenrollado sobre el toldo de su jeep y Olivia decidió dar una vuelta. Entonces vio que detrás del granero había un anexo cuadrado, sin ventanas, con un tejado inclinado. Tenía un candado en la puerta, pero estaba tentadoramente abierto.

Olivia empujó la mitad superior de la puerta esperando encontrar oscuridad. Pero se encontró con la difusa iluminación que brindaba el tejado de cristal. Y lo que estaba en el cuarto era todavía más sorprendente. Bloques de piedra, grandes y pequeños, caballetes, hojas, herramientas y en el centro un bloque de piedra blanca, más alto que ella, de cuya parte superior salía una mano y la inconfundible curvatura de una cabeza. No estaban pulidos, sino ásperos por el golpe del cincel. Apenas estaba comenzada, pero Olivia pudo sentir la fuerza y el brillante talento del autor. Era la misma mano que había en la pequeña escultura que Roz le había regalado. Un talento que Olivia había admirado al punto de reverenciarlo durante años. Se volvió lentamente, mirando las otras figuras, terminadas y comenzadas que confirmaban lo increíble; lo imposible. Vio otra figura, que no era de piedra, parada en el umbral de la puerta.

—Junius trabaja aquí… —dijo al tiempo que extendía sus manos abiertas, désvalidamente—. Yo… ¿Usted… le permite usar esto como estudio? —preguntó.

Jordán no respondió.. Entró en el cuarto y se convirtió en parte de él… Sólo había una puerta y él… Jordán—Junius la estaba

tapando. Olivia se sintió repentinamente invadida por un ataque de profunda claustrofobia. El mundo se le caía encima. Frente a su vista bailaban puntos negros y comenzó a balancearse, invitando a la bendita tranquilidad de la inconsciencia…

Capítulo 6

UNA mano fuerte la asió por el hombro. Olivia parpadeó. Los puntos negros en su visión comenzaron a aclararse. Jordán apretaba una toalla mojada contra su nuca, haciendo que la frescura bajara por el cuello abierto de su blusa.

—No —protestó Olivia.

—¿Desmayándote solucionas todo? —preguntó Jordán con acento burlón más que preocupado—. Ahora ya sabes por qué dicen lo de que la curiosidad mató al gato. Pero no podías ignorar siempre la verdad.

—Eso es estimulante, viniendo de usted —respondió casi ahogándose.

—Hasta ahora no has querido ser sincera conmigo —afirmó Jordán crudamente—. Querías mantener tus hermosas y falsas ideas firmes en su lugar. Yo nunca te he ocultado nada, Olivia.

—Podría habérmelo dicho…

—Mis cualidades artísticas no se consideran tema apropiado en la casa de mi padre —explicó Jordán con una calma total—. No soporta que yo haya triunfado sin usar el apellido Pendragon.

—Qué modesto… —exclamó Olivia, quien no deseaba saber de las batallas y las dificultades de Jordán para mostrar su talento. Eso lo hubiera hecho demasiado real.

—¿Acaso debo pedir disculpas por mi talento?—preguntó Jordán, entrecerrando los ojos y riendo alegremente—. Ah, no. ¡Como artista, yo también puedo exigirte respeto! Tienes dos esculturas mías en tu estudio… Puede que no me ames, pero por mi trabajo sientes algo más que admiración…

—Por su trabajo, sí —siseó Olivia furiosamente. No tenía intenciones de aclararle que ahora eran tres esculturas—. Pero eso

no tiene nada que ver con usted…

Olivia se sonrojó mientras Jordán reía otra vez.

—Pobre Olivia —ronroneó—. Ahora tienes que aprender a vivir con dos talentos, el tuyo y el mío. ¿Por qué no te rindes y aceptas que los dos somos muy parecidos? Yo podría enseñarte… —Olivia retrocedió, pero Jordán sólo se estiró para tomar un pequeño bloque de piedra—. Mira, tú y yo podríamos estar aquí dentro. Piénsalo… Almas gemelas…—sus manos recorrieron la dura piedra como haciendo realidad lo que decía. Olivia tragó saliva, hipnotizada por la sensibilidad de Jordán.

Ahora se explicaba la textura de sus palmas, arrugadas por el continuo contacto con la piedra. Los cortes y las callosidades, la aspereza de sus uñas recortadas, una de las cuales mostraba el moretón de algún martillazo fallido.

—Si me va a pedir que pose, ¡olvídelo! —exclamóOlivia, haciendo añicos la alegría de Jordán. Éste alzó la vista.

—No lo necesito. ¿Olvidas que conozco tu cuerpo íntimamente, Olivia…?

—Yo también conozco el suyo —recalcó amargamente, recordando la reciente revelación de Roz.

—Ah, sí —concedió Jordán—. Lo olvidaba.

—Y como los dos descubrimos, la primera impresión puede ser muy decepcionante…

Haber hecho ese comentario era arriesgado, pero la tentación había sido irresistible. Después de todo, había sido Roz quien había fallado al tratar de excitarlo, no ella.

—Sí, mucho —accedió Jordán—. En fin, no quería que descubrieras así quién soy, habría preferido decírtelo yo. Esculpir es algo que debo hacer para ser feliz. Una compulsión, si tú quieres. El acto de crear es lo que me satisface, no lo que viene después. No necesito el reconocimiento del público y gracias a la granja puedo mantener mi excentricidad, pues sé demasiado bien el daño que la máquina publicitaria puede hacerle a una persona… especialmente a un artista.

Había en su voz el dolor de una pena que conmovió a Olivia.

—Tú siempre has tenido el apoyo total de tu familia, ellos te han ayudado. Yo nunca he tenido el apoyo de la mía. Hasta William, que es mi mejor aliado, lo hace por interés propio. De ahí que el

anonimato sea tan valioso para mí.

—Y, ¿por qué me cuenta esto? ¿No tendrá miedo de que divulgue la historia? —preguntó Olivia ceremoniosamente.

—Yo confío en ti —aseguró Jordán. Hubo un breve silencio, tenso, antes de que agregara—: Ya me he quitado una de mis máscaras, Olivia… ¿Qué hay de ti?

¿Una de sus máscaras? La idea de que hubiera todavía más capas de la compleja personalidad de Jordán era terrible. Olivia sintió que surgía su pánico anterior. Sin darse cuenta, su mano asió un cincel.

—Preferiría que destinaras eso a su uso adecuado —le advirtió Jordán, al tiempo que con una enorme mano envolvía las de Olivia, desviando el cincel que apuntaba a su estómago.

Jordán tomó el cincel y lo dejó a un lado, al tiempo que apretaba los dedos de Olivia contra su pecho. Ella sintió los fuertes latidos de su corazón.

—¿Tanto te ha impresionado la noticia?

—Sí. Yo… No tenía idea…

—¿De que y fuera un espíritu afín? —preguntó él, y su voz se hizo profunda al agregar—: Mentirosa. Tenías miedo de mirar. Ven, déjame mostrarte en qué estoy trabajando ahora —dijo sin soltarle la mano mientras caminaban por el estudio. Al principio, Olivia difícilmente escuchaba las explicaciones de él sobre el trabajo que estaba realizando, pero pronto su curiosidad artística la venció y floreció en apasionadas preguntas sobre sus pensamientos y sus técnicas.

—No puedes deshacerte de la inspiración comode un niño molesto una vez que ha llamado a tu puerta.

En ese momento, atrapada por la magia de su ánimo, hubiera podido creer cualquier cosa que su voz grave le dijera… Alejó su mano de la de él, golpeando con sus nudillos una arista de la piedra. Dos gotitas de sangre se formaron sobre su piel.

—Lo siento, Olivia.

Jordán alzó la mano de Olivia y quitó la sangre con un beso. La humedad de su lengua resultó per-turbadoramente íntima.

—Entonces lléveme de regreso —pidió casi sin aliento. Sentía que necesitaba tiempo para levantar de nuevo sus defensas.

—Nosotros nunca podremos ir de regreso —dijo él con suavidad

—, sólo hacia adelante. Como la inspiración, el conocimiento no puede ser negado. Yo no puedo fingir que no te conozco…

—Pero no me conoce. Prácticamente somos extraños…

—¿Lo somos? —los ojos de Jordán eran profundos, hipnóticos e intensos—. Extraños que hemos dormido juntos, nos hemos peleado, gritado, besado, revelado nuestros secretos…

—¡No! —algo se coló apagadamente en su memoria: aquella noche en su estudio, cuando el brandy había destruido su control, ella había llorado por todo lo que pensaba que había perdido y él… De alguna manera él había compartido su pena. Aquellos preciosos ojos habían brillado con humedad mientras él la sostuvo entre sus brazos, acariciándola y besándola con una ternura desapasionada.

¡Él había llorado! Compartir las penas con alguien de una forma tan completa y tan libre requería una buena cantidad de valor y de fuerza interior. Era a esa fuerza a la que Olivia había temido más que a otra cosa, al inmenso atractivo que ejercía sobre ella. Había tenido miedo del deseo de apoyarse en él, de reposar en él…

—Yo no soy Gabriel, Olivia. Yo no voy a utilizarte.

—Sabía que no resistiría la tentación de echarme eso en cara —dijo Olivia con voz titubeante.

—Esa fue otra razón por la cual no te dije todo de mí. Quería que me conocieras como hombre antes que como artista. De esa manera no confundirías tus sentimientos sobre mi arte con tus sentimientos sobre mí. Gabriel Post es un gran artista, pero tú eres una gran mujer.

—Sí, claro —dijo Olivia riendo.

Cuando descubrió que Gabriel tenía un romance con la amante de Diego y que la utilizaba a ella como tapadera, creyó morir. Gabriel no le había hecho promesas, como él mismo le dijo cuando ella le reprochó su conducta. Sólo le había prometido su amistad y su consejo, su admiración y un leve romance… que ella lo hubiera tomado como un amor apasionado no era culpa de él. Había tanta verdad en esas palabras que Olivia se sintió enferma de la vergüenza.

—No es vergonzoso amar, Olivia —dijo Jordán, adivinando sus pensamientos—. No dejes que un par de experiencias negativas anulen esa parte de ti misma…

—¿Usted cree saberlo todo de mí? —preguntó Olivia.

—Claro que no —respondió Jordán, sonriendo con dificultad—. Todavía no. Creo que todavía tenemos mucho que descubrir el uno en el otro. Sé que por el momento no hay un hombre en tu vida, y no hay ninguna mujer en la mía, ni ningún hombre, te puedo asegurar…

Olivia se negó a contestar, y Jordán creyó llegado el momento de cambiar de conversación.

—¿Tienes hambre? Yo sí. Vamos a comer.

Olivia lo siguió despacio hacia el vehículo. En el cielo se habían formado amenazadoras nubes de tormenta, aunque el sol todavía brindaba un calor protector contra el viento frío que bajaba de las montañas. Cuando Olivia llegó, él tenía en las manos un par de amplias botas de goma y un abrigo. Cuando la chica se los puso, subieron a la camioneta.

—¿A dónde vamos? —preguntó preocupada, mientras él encendía el motor.

—A ver algo de mi dinero con pezuñas —respondió con una sonrisa—. Ya sabes, las cabras tienen una historia ilustre. Creo que son los primeros animales que fueron domesticados por el hombre… —era muy elocuente y bastante conocedor del asunto. Hablaba con un entusiasmo genuino y feroz que Olivia encontraba muy divertido. Se dijo que el amor por la tierra era un signo del verdadero carácter de Jordán. No podía imaginarlo vestido con traje, en una oficina, dirigiendo una gran empresa bajo las rígidas normas del comercio. Sin embargo, lo había hecho y, seguramente, con la misma facilidad con la que parecía hacerlo todo. Pero al final, su naturaleza había triunfado.

Jordán condujo por un lugar rocoso y Olivia, aunque divertida, se sintió nerviosa cuando el coche atravesó una pequeña cerca de alambre. Jordán se detuvo junto a un pequeño grupo de animales y Olivia dejó su asiento, fascinada.

—Creí que tenían más lana —dijo. Nunca había pensado en las cabras como en criaturas presumidas, pero los animales la miraban con desdén. Ciertamente no se parecían a las cabras que estaba acostumbrada a ver al lado de las carreteras. La lana era corta pero espesa y sorprendentemente blanca.

—Acaban de ser trasquiladas hace un mes y volverán a ser trasquiladas otra vez en primavera —explicó Jordán, recogiendo un

pequeño puñado de lana atorado en la alambrada y dándoselo a ella. Era muy blanca y su tacto era suave.

—No se puede determinar la calidad sólo por el tacto, hay que clasificarla con ayuda de medición micrométrica. Solamente un cinco por ciento de la producción mundial entra en la categoría de calidad suprema, y es en ese mercado en el que queremos ingresar.

—¿Por qué habla en plural?

—Porque tengo un socio, el administrador del rancho, Kevin Curtís.

—¿Así que este sorprendente éxito no es sólo obra suya? —preguntó Olivia mirándolo de reojo.

—Inicialmente lo fue. Cuando me asocié con Kevin el rancho ya estaba en marcha —explicó Jordán tranquilo—. Me gusta tener un socio… Alguien conquien compartir las pérdidas y celebrar las victorias. Jordán alzó la cesta y se la pasó a Olivia.

—¿Dónde vamos a comer, con las cabras? —preguntó.

—¡Ni hablar! —dijo Jordán, arqueando burlona-mente una ceja —. No quiero molestarlas sometiéndolas al inexplicable comportamiento humano. Ya sabes que las cabras son muy sensibles.

Olivia lo siguió hasta un lugar muy verde, donde se detuvo para extender una manta que llevaba enrollada bajo el brazo. Mientras ser sentaba, Olivia observó las figuras que formaban los tonos de la lana.

—Lana, desde luego —confirmó Jordán mientras que Olivia abría la boca para preguntar.

—¿De la suya?

—Sí —respondió él, al tiempo que extendía un blanco mantel de lino para proteger la manta—. Charmaine, la esposa de Kevin las teje. El diseño es de ella.

—Los colores son preciosos…

—Esa es otra cualidad de nuestra lana: se tiñe bien y aguanta la suciedad. Charmaine se está volviendo famosa como tejedora. ¿Quieres vino?

Olivia miró la botella que él sostenía.

—Creo que primero debo comer algo —respondió arisca. Era difícil soportar a Jordán estando sobria; bebida sería imposible.

—Sirve tú —dijo Jordán.

—¿Qué quiere?
—Decide tú —respondió él. En su voz había un toque de calidez —. Creo que nuestros gustos deben de ser los mismos.
Olivia recordó la lengua de Jordán, caliente y dura dentro de su boca; recordó la emoción del momento en que se dio cuenta de que él estaba fuera de control y ella podía controlarlo a él…
Sin que se diera cuenta, sus ojos se habían oscurecido, dándole una difusa sensualidad que hizo que la mano de Jordán resbalafa en la húmeda botella.
Olivia llenó los dos platos, aunque en lo último que pensaba era en comer.
Los pensamientos de Jordán eran similares a los suyos. Recordaba el tacto de ella; los suaves y roncos sonidos que ella había gemido dentro de su boca; la forma en que se había amoldado a él, suave y satisfactoriamente entre sus muslos, facilitando su doloroso apetito. Había adelgazado, pero no estaba débil y sus muslos se pegarían a los suyos con fuerza. No tendría la necesidad de ser gentil. Ella igualaría la necesidad de él y disfrutaría de la gloria salvaje del contacto carnal…
Se sintió incómodo ante la respuesta de su cuerpo, desconcertantemente suave y penosamente intensa. La lenta seducción que él tenía en mente estaba en peligro. Ahora estaba preparado. Demasiado preparado…
Por el bien de ambos, debía aprender a controlarse y eso significaba controlarla a ella. Olivia también se excitaba cuando él la besaba, cuando la tocaba… Pero no estaba muy segura de sí misma y aún tenía dudas. Por eso debía de ser muy cuidadoso.
Cuando Jordán le tendió una copa, ella se diocuenta de que no había probado un bocado. La tomó con mano temblorosa y rápidamente llevó a su boca un mejillón, saboreándolo.
—Creo que deberías beber en vez de derramarlo en la hermosa manta de Charmaine —bromeó Jordán con grave humor—. No creo que unas cuantas burbujas te conviertan en una borracha.
Olivia se sonrojó y volvió la vista lejos, hacia el plateado arroyo que corría por el valle. La vista cortaba la respiración, pero sus ojos estaban demasiado llenos de vergüenza como para verlo.
—No me refería a esa noche, Olivia —dijo Jordán calmado, después de una pausa—. Fue culpa mía. No debí darte aquella

enorme copa de brandy. Pero en ese momento no lo pensé.

Los ojos de Olivia ardieron por el esfuerzo para no mirarlo, rehusándose a disculpar su vergüenza.

—Yo estaba de mal humor, y me había comportado terriblemente. En la galería yo… —se interrumpió, estremeciéndose —. Lo único que puedo es agradecerle a Dios que la prensa no comentara nada. No entiendo por qué no lo hicieron…

Jordán hubiera querido decírselo, pero aún no podía hacerlo. Alzó un trozo de pan del plato de Olivia y lo untó de paté, colocándoselo tentadoramente frente a la boca. Le dio un mordisco que le pareció delicioso. Olivia pudo haber comido el resto, pero se lo comió Jordán, con perezosa expresión.

—No lo tomes tan a pecho, Olivia. Explotaste y te comportaste como una artista con temperamento. Por lo que he oído, es un comportamiento normal en tu familia. ¿No es famoso tu hermano Richard por echar a la gente de los rodajes? Olivia esbozó una amplia sonrisa.

—Tira cosas al suelo. Y nunca ha herido a nadie. Es sólo para desahogarse.

—Eso es lo que estabas haciendo. En realidad era muy excitante..,

—¿Excitante? —preguntó Olivia desconcertada.

—Yo fui a la galería esperando encontrar el colmo de la elegancia —comentó Jordán sonriendo—, y te encontré vestida como un muchacho y hecha una furia, descolgando cuadros como una loca mientras el dueño de la. galería gritaba que te detuvieras.

—¿El dueño me vio?

—Era difícil pararte. Me diste un puñetazo en la mandíbula.

—¿Que yo qué? —preguntó al tiempo que se le borraba la sonrisa de la cara.

—Me lo merecía —respondió Jordán burlón—. Yo te pegué primero.

—¡Oh, Dios! —exclamó Olivia, apretando las manos sobre sus ardientes mejillas.

—Nunca le había pegado a una mujer, pero en las películas siempre se calman con un bofetón. Sin embargo, tú te volviste y me diste un puñetazo. Entonces comenzaste a llorar.

—Jordán, ¿está usted bien? —preguntó horrorizada. La

preocupación de Olivia, varios meses después del suceso, hizo reír a Jordán.

—Todavía me zumba el cerebro.

—¿Y aún así me llevó a casa? —Olivia estaba morbosamente fascinada con las revelaciones de él.

—Me sangraba el labio y tenía que curarme. Además, estaba preocupado por ti. Cuando te dieras cuenta de lo que había pasado ibas a necesitar a alguien; quería ser yo.

—Supongo que lo lamentó muy pronto —murmuró Olivia, pinchando con un tenedor un trozo de salmón ahumado.

—De haberlo lamentado no habría tratado de volver a verte —recalcó gravemente—. Parecía que eras tú quien lo lamentaba.

—Estaba muy avergonzada. Actué como una… ¡Como una maníaca sexual borracha! —por fin lo había dicho.

—Estabas muy disgustada, pero empezaste a portarte de manera irracional cuando te di la copa de brandy. Hasta un estúpido se habría dado cuenta de eso, y yo presumo de no serlo. No sé cuánto recuerdas…

—Gracias a Dios, no mucho…

—Pero lo bastante como para mantener tu actitud hostil hacia mí. Vamos a olvidarlo, Olivia. No fuiste vulgar, sino sencillamente sensual y extremadamente desinhibida. Pero también estabas borracha y por eso yo no podía aceptar tu invitación. Tú me habías confiado algunos secretos antes y con tu comportamiento seductor me estabas confiando tu honor. Lo que tú querías en realidad era amor, no sexo. Mi orgullo estaba enjuego tanto como el tuyo…

Olivia se encogió al recordar que a la mañana siguiente había acusado a Jordán de tratar de seducirla.

Alzó la barbilla y se encontró con la mirada de él, al tiempo que se obligaba a decir:

—Supongo que debo darle las gracias por no haberse aprovechado de mí cuando estaba tan… indefensa —dijo e inmediatamente tomó un sorbo de vino.

Los ojos de Jordán se entrecerraron, volviéndose más sensuales.

—No me des las gracias demasiado pronto, Olivia…

Jordán le sirvió un poco más de comida.

—Estás muy delgada —le dijo, al tiempo que ella protestaba por la cantidad.

—Si me como todo esto, no me podré mover —sin embargo, no era capaz de resistir la tentación.

—Eso es —murmuró malévolamente Jordán, estirando la manta. Se tumbó y fingió dormir, lo que le dio a Olivia el prohibido placer de estudiarlo. Una ráfaga de viento sopló y la chica bajó la vista.

—¿Me pelas una uva, por favor? —murmuró Jordán sin abrir los ojos.

Ella sonrió. Sentía deseos de llevarle la contraria, de juguetear con él, pero cuando iba a tirarle a la cabeza el tapón de la botella, empezaron a caer gruesas gotas. El cielo gris se había vuelto negro.

—Me parece que va a…

En esos momentos, empezó a llover.

Olivia se puso de pie y comenzó a meter los restos de la comida en la cesta. Jordán la tomó por el brazo sujetando la manta con la otra mano.

Cuando llegaron al vehículo, estaban completamente mojados. Olivia estaba sin aliento, riendo alocadamente, mientras ignoraba las órdenes de Jordánde que le ayudara a meter la pesada cesta mojada por la puerta trasera. Hasta las cabras habían desaparecido bajo el refugio que les brindaban los árboles.

La chaqueta de Olivia se había abierto y la humedad le llegaba hasta los hombros. Se la quitó y aceptó la enorme toalla que Jordán sacó de una bolsa lateral. Se secó la cara y el cuello mientras Jordán esperaba su turno para secarse. Olivia tenía los brazos en alto, secándose el cabello cuando se dio cuenta que Jordán la miraba con atención y bajó la vista hacia donde él miraba. Como había perdido mucho peso, ella disfrutaba la libertad de no necesitar sujetador, pero ahora la prominencia de sus pechos y su inconsciente pose provocativa hacían obvio que no lo llevaba. Sus pezones estaban indiscretamente marcados bajo la tela húmeda.

A Olivia se le secó la boca. Se sintió, de pronto, incapaz de moverse, helada por el temible sentido de anticipación mientras Jordán se acercaba lentamente…

Capítulo 7

LOS toscos dedos de Jordán tocaron la tela empapada en la cintura de Olivia. —Quítatela.

—¿Qué?

—Tu blusa. Está demasiado mojada. Quítatela —insistió con voz grave y baja.

—Yo… —Jordán todavía la miraba a los pechos, que comenzaban a ponerse tensos y ardientes a pesar del frío. Olivia pudo sentir que sus pezones se endurecían—. Es que no llevo nada debajo.

—Puedes usar esto —dijo Jordán y, para sorpresa de ella, se quitó el suéter y la camisa. El pecho de Jordán, era fuerte y amplio, testimonio de las largas horas que pasaba trabajando.

—¿Olivia? —ella bajó los brazos lentamente y él repitió su nombre con una sombría impaciencia que hizo desaparecer su sensual aturdimiento—. ¡Olivia!

—¿Sí? —respondió, parpadeando.

—Quítatela…

Ella tragó saliva. Sus manos frías obedecieron la orden de Jordán, pero su nerviosismo la hizo fallar y se obligó a calmarse. Era dolorosamente conscíente de la creciente tensión de Jordán. Entonces, él cerró los ojos y echó la cabeza hacia atrás.

—¿Jordán…? —titubeó ella, insegura. Los músculos del pecho del hombre se habían contraído con el movimiento, y un estremecimiento sacudía todo su cuerpo.

—¿Ya te la has quitado? —preguntó. ¿Era acaso ésta una manera de prolongar esa terrible y deliciosa tensión? Con manos temblorosas Olivia se quito al blusa y la dejó caer al suelo.

—Sí —dijo, pero sabía que estaba diciendo que sí a mucho más

que a su pregunta.

—Bien. Ahora ponte esto —le dijo mientras leí tendía la camisa.

—¿Su camisa?

—¡Sí, maldita sea! ¡Póntela! —ordenó, apretando la mandíbula.

Olivia no sabía a qué estaba jugando Jordán, pero pensó que no le gustaba. Metió los brazos en las mangas de la camisa, todavía tibia por el calor de su cuerpo.

—Muy bien. Ya.

Jordán abrió los ojos. Olivia no se había abrochado la camisa y Jordán se acercó y comenzó a hacerlo con ruda eficiencia, a pesar de que sus dedos temblaban tanto como habían temblado los de ella. ¡Ahora estaba segura de que el juego no le gustaba!

—¿Jordán? —dijo Olivia y, sin poder evitarlo, extendió la mano y tocó la oscura tetilla. Jordán retrocedió como si le hubiera colocado un ardiente atizador en el pecho, casi cayéndose hacia atrás en su intento por alejarse de ella.

—¡Por amor de Dios, mujer!

Para aflicción de ella, Jordán se puso su suéter. Él le había abrochado la blusa hasta el cuello y Olivia se sintió insoportablemente apretada y buscó el botón superior. Jordán le apartó la mano no muy gentilmente.

—Déjalo. No quiero bajarte de aquí con neumonía.

Ella se miró, sorprendida. Sus pechos estaban tan tensos, que le dolían. Lentamente comenzó a comprender qué había pasado. Había vuelto a hacer el ridículo otra vez. Mientras ella había estado perdida en una fantasía sexual, lo único que le preocupaba a Jordán era su salud. Olivia quería morirse. Se volvió para mirar la lluvia. Había sido culpa de Jordán. ¿Cómo podía relacionarse con un hombre que pasaba de lo ardiente a lo frío sin ningún ritmo o razón?

—¿No sería mejor que nos fuéramos? —preguntó, cuando el silencio se hizo insoportable.

Jordán se acomodó en el asiento del conductor y encendió el motor, volviéndose para mirar el distraído perfil de ella.

—Olivia…

—Espero que no se haya inundado tu granero…

—Olivia…

—Válgame Dios, qué tiempo —dijo Olivia. Su ventanilla estaba

tan borrosa por la condensación que no podía ver nada, pero él no lo sabía—. ¿No sería mejor que regresáramos…?

—¡Olivia! —el intento de Jordán por llamar su atención se había vuelto agresivo.

—¿Qué? —respondió de la misma manera, volviendo la cara hacia él con un pétreo control.

—No sé qué piensas de lo que acaba de pasar…

—No ha pasado nada, Jordán. Por amor de Dios, ¿podemos irnos ya?

—No ha pasado nada, porque yo no dejé que pasara —Olivia no podía creer que él estuviera diciendo eso.

—Está bien. No tiene por qué alabar ahora sus nobles intenciones…

—No hay nada noble en mis intenciones, Olivia—dijo brutalmente—. ¡Pero no quería hacerte el amor por primera vez en el interior de una camioneta! Un hombre de mi tamaño disfruta del sexo mejor en un cuarto amplio.

Jordán tomó la manta y envolvió a Olivia con ella.

—En otra ocasión puedes mostrarme tus hermosos pechos y te prometo que no cerraré los ojos. Olivia sabía que se estaba burlando de ella.

—¡En otra ocasión puede que no tenga ganas!—respondió.

—Vamos, gatita —era un tierno reproche, dicho con alegría—. ¿Acaso pensaste que yo no quería?

Jordán la tomó de la mano y se la llevó a la entrepierna, riendo cuando ella la retiró deprisa con un grito ahogado. La mano de Olivia tembló por el calor y la dureza de Jordán. ¡Ahora sabía que cuando Jordán se refería a sí mismo como un hombre grande no se refería sólo a su estatura!

Jordán no cantó durante el regreso. Necesitaba de toda su atención para conducir. Había preparado una maleta para su estancia y se detuvo brevemente para recogerla y para que Olivia se quitara las botas de goma. Él no la dejó que se pusiera sus inservibles zapatos, pero le dio un par de gruesos calcetines.

Cuando regresaron, la tormenta había disminuido, pero llovía de forma constante. Jordán se bajó y le abrió la puerta, pero antes de que ella pisara el suelo, la tomó por la cintura y la alzó en brazos.

—¿No es llevar un poco lejos su interés por mi salud? —

preguntó Olivia mientras Jordán la llevaba a través de la vereda.

—Lo siento, pero no quiero que me estropees ese buen par de calcetines sólo para demostrar tu independencia.

Apenada, miró hacia sus pies. Había olvidado que lo único que llevaba eran los gruesos calcetines. Hizo un mohín al tiempo que lo miraba. Jordán la sostuvo con una mano, sobre su propia cadera, mientras que con la otra sacaba la Üave y abría la puerta.

Lo único que deseaba Olivia era poder escurrirse hasta su cuarto y cambiarse, antes de que alguien la viera con ese atuendo… especialmente Beverly… Pero parecía que esa mujer tenía un talento especial para estar en el lugar indebido en el momento preciso.

Ese momento no fue la excepción. Mientras Jordán cruzaba el umbral, Beverly apareció en lo alto de la escalera. ¿Tendría un radar integrado que detectaba a los invasores? ¿O era Jordán la fuerza a la que Beverly respondía?

—Parece que esto se está convirtiendo en un hábito, Jordán —dijo Beverly arrastrando las palabras, al tiempo que descendía como un ángel vengador—. ¿Se ha puesto mal otra vez Olivia? Querida, estás espantosa: terriblemente pálida… ¿Cómo piensas terminar el retrato de Alun si te pones enferma al menor esfuerzo?

Repentinamente sus ojos se entrecerraron al ver la camisa que Olivia llevaba y una delgada línea blanca se le formó alrededor de la severa boca.

—¿Será porque toda tu atención se concentra en otra cosa? Estoy segura que Alun estará fascinado al saber que en cuanto vuelve la espalda te olvidas de lo que debería ser tu obra maestra…

Jordán bajó con cuidado a Olivia.

—Estábamos en la granja y nos sorprendió la tormenta —dijo con voz neutral.

—No sabía que estuvieras tan interesada en asuntos rurales—, Olivia. Pero la próxima vez que quieras jugar a ser turista será mejor que lo hagas en tu tiempo libre. Y ten la cortesía de dar tus disculpas en persona en vez de dejar mensajes con los sirvientes…

—Lo siento mucho —dijo Olivia mansamente, siguiendo el ejemplo de Jordán—. Espero que el fílete de hígado no se haya estropeado.

—Por supuesto que no —respondió Beverly suavemente—. Le

pedí a Tracey que te lo sirviera para la cena,. Es una especialidad local que, sencillamente, debes probar… —

Olivia oyó un sonido apagado que pudo ser una risa contenida, pero que, antes de que pudiera volver la cabeza, se convirtió en tos.

—¿Por qué no subes y te cambias? —le dijo Jordán con una seriedad forzada—. Yo voy por mi maleta…

Olivia no actuó con suficiente rapidez y, antes de llegar al segundo escalón, Beverly la atrapó.

—Parece que por el momento no has tenido mucho éxito, Olivia, ni personal ni profesionalmente—le dijo—. Tal vez sea hora de que valores tus prioridades y decidas qué es lo que buscas aquí, a Jordán, o al trabajo de la compañía Pendragon. Porque te advierto, querida, en esta ocasión no puedes tener las dos cosas…

—¿Me estás amenazando? —preguntó Olivia sin sorpresa. Todo el comportamiento de Beverly era una amenaza.

—Es sólo una advertencia amistosa, querida. Alun desea a toda costa que su hijo vuelva a la compañía. Si acepta, podría llegar a ser el patrocinador de arte más importante en Nueva Zelanda. Pero Jordán nunca aceptará volver bajo los términos de su padre—aseguró Beverly como si fuera un hecho, con un tono amargo y vengativo.

¡Desde luego!, lo último que deseaba Beverly era que Jordán y su padre se reconciliaran! Eso hubiera amenazado el poder y la situación de William y, por tanto, el de ella. Gracias a los chismes de Melissa durante sus visitas al estudio, los últimos días, Olivia sabía que Beverly,provenía de la .aristocracia del campo, una familia con orgullo, con muchas tierras, pero sin dinero, con la que Alun Pendragon deseabaaliarse. Casarse con Jordán hubiera sido el pasaje de Beverly hacia la buena vida, pero él había decidido bajarse de ese carrusel del dinero. Pero Alun Pendragon había seguido considerando a Beverly como su favorita, solicitándole que actuara como anfitriona en las fíestas sociales y propiciando su compromiso con su otro heredero e invitándola a mudarse a la casa de Pendragon. Beverly estaba en excelente posición para exacerbar el antagonismo entre padre e hijo. Olivia sintió de pronto que estaba frente a una boa que se enrollaba sobre su presa y la sofocaba antes de engullirla. Ah, sí. La imagen le sentaba perfectamente a Beverly: elegante, zalamera, hermosa, de sangre

fría y… mortal.

—Cuando Alun se dé cuenta de que su plan no va a funcionar, buscará a alguien a quien culpar de su error de cálculo. Y tú, querida, ya estás en el ojo de mira.

Si volvía a llamarla «querida», le daría un puñetazo…

—Si Alun llega a pensar que estás tratando de llegar hacia Jordán poniéndote de su lado, tú y tu trabajo para la compañía estáis acabados. No creas que Jordán te va a brindar su protección. Nunca lo ha hecho y nunca lo hará. Puede ser tan obcecado como su padre cuando la gente amenaza su independencia. Además, es muy reservado; no te hagas ilusiones de que lo conoces ni siquiera la mitad de lo que crees.

—Si te refieres al hecho de que él es Junius, ya lo sé. Hoy me ha mostrado su estudio.

Beverly parpadeó, luego, mientras asimilaba las palabras de Olivia, agregó:

—Quieres decir, ¿por su propia voluntad? ¿O acaso estuviste espiando y lo forzaste a hacerlo?

Olivia apretó el puño, pero se contuvo. No iba a dejar que Beverly la obligara a rebajarse a su propio nivel. Como guardó silencio, Beverly continuó:

—Tú sabes que no tienes ninguna influencia sobre Jordán sólo por que los dos sois artistas. Hay un mundo de diferencia entre su talento y tus… digamos… valientes esfuerzos. Jordán siente lástima por ti y por eso le pidió a William que pusiera tu nombre en la lista, pero después de ver la pintura que enviaste, bueno… —dijo Beverly con una sonrisa llena de satisfacción—… estaba tan arrepentido, que quiso que borraran tu nombre, pero ya era tarde…

—¡Eso es mentira! —Jordán había dicho que la pintura le había cortado el aliento… Había hablado de pasión…

—¿Lo es? ¿Por qué no se lo preguntas? —dijo Beverly, volviéndose hacia Jordán, que acababa de llegar en ese momento. Los ojos de él se dirigieron de inmediato hacia la cara pálida de Olivia.

—¿Qué te ha dicho? —preguntó, dejando caer su maleta y acercándose a Olivia.

Beverly se había marchado discretamente.

Olivia no podía ocultárselo a Jordán. Él no se lo permitiría. Así

que decidió hablar.

—¡Dice que pusiste mi nombre en la lista sólo por lástima! —tronó apresurada.

—En parte. Pero sólo porque conozco tu potencial. No me es desconocido tu trabajo anterior… Ni las cosas que hiciste en París y Nueva York. Le dijea William que no podía negarte la oportunidad…

—¿Entonces por qué le pediste que borrara mi nombre después de ver «El Bufón»? —exigió Olivia.

—¿Eso es lo que Beverly te ha dicho?

—¿Acaso estaba mintiendo?

—Deberías sentir lástima por ella, Olivia. Yo la tengo. Nada será nunca suficiente para ella. Siempre está insatisfecha de lo que la vida le da, pero nunca da nada a cambio…

La leve llama de esperanza en el pecho de Olivia se desvaneció al darse cuenta de que él había cambiado de tema.

—¡Eres un hipócrita! —exclamó furiosa.

Jordán puso una mano sobre la de Olivia, que descansaba en el pasamanos, haciéndola sentir la presión de su fuerza.

—No juegues a hacerte la mártir conmigo, Olivia. Ya tengo suficiente de eso. Hasta ahora he sido paciente, pero no quiero continuar con este juego.

¿Juego? ¿Eso era todo para él?

—¿Quieres decir que deseas fingir respeto por mi trabajo mientras me convences de que me vaya a la cama contigo? —acusó con rabia—. Pero como ya hemos fallado en eso antes tal vez tengas otros motivos.

Jordán la detuvo al ponerle una ruda mano frente a la boca.

—Y tal vez sólo era curiosidad… —dijo, mirando dentro de sus ojos y forzándola a reconocer la brutal seriedad de su afirmación.

Curiosidad, ¿era esd todo lo que había motivado a Jordán? Olivia luchó por que la desilusión no se reflejara en sus ojos.

—Curiosidad de saber si tú eres mejor como pintora que tu hermana como amante v.

Olivia ya había recibido todas las impresiones que era capaz de soportar en un día. No se sentía débil, no se sentía vulnerable, no se sentía culpable ni con remordimientos. Se sentía furiosa. Se sentía con tres metros de altura y con la fuerza de un toro.

Le pegó.

Jordán lo vio venir pero no hizo el menor intento de detenerla. La fuerza de la mano abierta de Olivia sobre su mejilla le hizo girar la cabeza. Cuando Jordán se enderezó, Olivia se había ido, pero no escaleras arriba, sino al único lugar en el que se sentía segura: el estudio.

No pudo poner el seguro a la puerta porque no lo tenía. Pero tampoco lo deseaba. Quería que Jordán la siguiera. Sabía que lo haría. Y ella volvería a pegarle, y pegarle, y pegarle… Olivia, la pacifista de toda la vida, quería golpearlo hasta que Jordán implorara piedad. ¿Desde cuándo lo sabía? ¿Desde el principio? ¿Desde la visita de Roz? ¡La había acusado de estar jugando! ¡Pero si él era el amo del juego! Era tan insoportable como su padre. Olivia deseaba que Jordán se viera forzado a regresar a la corporación contra su voluntad y que sus esperanzas y sus sueños se vieran frustrados como él había frustrado los suyos.

Sueños, Era para reírse. Apenas había vuelto a tenerlos. Después de meses de estar vacía de sueños, sos noches habían comenzado a enriquecerse unavez más con imágenes. Frecuentemente lo incluían a él… fuerte, sólido y perturbador. Como en la realidad, en sus sueños él se acercaba y la tocaba y luego se alejaba. Sus sentimientos de desesperanza habían sido sustituidos por los de desamparo ante lo inevitable…

Se limpió la mejilla con la mano y bajó la mirada a la camisa de Jordán. Quería quitársela, pero primero debía encontrar algo que ponerse. Afortunadamente guardaba un par de prendas en el estudio y rápidamente las sacó. A pesar de que los vaqueros y la camisa estaban viejos y manchados de pintura, por lo menos eran suyos y estaban secos. Por necesidad se dejó los calcetines. Se hizo una cola de caballo. No tenía necesidad de verse en un espejo para saber que era ella misma de nuevo, no una mezcla confusa de Olivia y Rosalind. ¡Iba a ser tan dura y despiadada como aquellos que tuvieran la desgracia de cruzarse en su camino!

Comenzó a caminar y, como él no llegaba, comenzó a colocar sus tubos de pintura. Cuando, finalmente, se dio cuenta de que Jordán no iría, se sintió defraudada.

No podía llorar. Así que hizo lo único que le quedaba: se puso a pintar.

Todo lo que sentía lo vació en el lienzo, trabajando con centelleante rapidez. Aquello tenía una forma abstracta que trascendía las líneas. Le gustó. Olivia no oyó la llamada a la puerta y, cuando Tracey entró en el cuarto con una expresión de ansiedad en el rostro, sólo le dirigió una sonrisa ausente. La muchacha respetó su silencio, observándola cuidadosamente durante unos momentos antes de inclinarse a recoger la ropa mojada y retirarse. Unos minutos más tarde, Melissa llegaba con una cafetera.

Finalmente, Olivia dio un paso atrás y miró la pintura y luego miró «El Bufón» en la pared. Ambos eran una expresión de rabia, ambos eran impresionantes en sus diferentes formas. Por un momento miró la vieja pintura con frialdad, separándola de los recuerdos que evocaba en ella. Era buena. Demasiado buena como para esconderla. Y ya no tendría que hacerlo porque ahora la veía como era: un trabajo de creación y no de destrucción.

Puso el lienzo fresco a un lado y colocó otro en el caballete Estaba tan concentrada que no oyó entrar a Jordán. Ya casi no había luz, pero ella no lo había notado. Lo vio cuando se volvió para limpiar un pincel. Una sombra borrosa, recostada sobre un banco. Luego, se volvió y siguió trabajando. No se alteró cuando las luces se encendieron sobre su cabeza, ni cuando oyó que se acercaba. Pintó hasta que supo que una sola pincelada más en el lienzo rompería la armonía del conjunto. Él podía verlo también. Si continuaba pintando, él sabría que lo hacía por miedo a enfrentarse a él. Soltó el pincel y se limpió las manos con el trapo. Inhaló profundamente reuniendo fuerzas.

Jordán ni siquiera estaba mirándola. Se había acercado hacia el lienzo cubierto que había en un rincón.

—¿Qué es esto?

—Es un retrato en el que estoy trabajando —repuso, sin poder evitar que su frase fuera hiriente como un cuchillo.

—¿Puedo verlo?

Por un momento Olivia pensó que había escuchado mal su humilde pregunta. ¿Por qué se molestaba Jordán en preguntar? Si quería ver, lo haría. Pero puesto que había preguntado…

—No —fue la respuesta.

Jordán estaba recién afeitado y bañado, y su ropa era limpia. No hizo ningún intento de descubrirlo.

—¿Es mío? ¡Vaya arrogancia!

—¿Qué te hace pensar que lo es? —preguntó Olivia, con malicia.

Jordán se encogió de hombros y Olivia pudo ver que un toque rojizo coloreaba sus mejillas. ¡Dios! ¿Estaría ruborizándose?

—No, no lo es. ¡Pero este sí! —dijo, girando uno de los lienzos frescos en dirección a él. Jordán se puso rígido antes de volverse hacia ella lentamente, con tanta cautela que despertó la curiosidad de Olivia.

Jordán parpadeó ante los agresivos matices.

—Colorido, ¿no es así? —murmuró—. Los azules y los negros son particularmente apropiados —agregó, al tiempo que se frotaba ligeramente la mejilla.

—Normalmente soy una persona pacífica —dijo Olivia.

—Excepto conmigo. He visto surgir en ti violentas emociones. Me gusta.

—¿Que te peguen?

—No. La pintura —aclaró, mirándola con ironía—. ¿Puedo quedarme con ella?

—Claro —dijo Olivia y agregó un precio exorbitante. Jordán ni siquiera parpadeó.

—Mañana te daré un cheque. Olivia se sintió burlada.

—Si piensas que puedes comprarme, es mejor que cambies de opinión.

—¿Por qué tendría necesitad de comprarte, Olivia, si ambos sabemos que te puedo obtener gratis?

Olivia se puso colorada. Le arrojó un trapo y él lo atrapó, pero una mancha azul aguamarina quedó en su camisa de seda.

—Bueno, eso no es una negativa. Por lo menos ya es algo. ¿Ya estás lista para hablar, Olivia? ¿O debemos soportar otra serie de insultos antes de que te sientas con deseos de discutir lo básico?

Olivia se dio cuenta de lo listo que había sido Jordán. Se había mantenido al margen hasta que ella se calmara. Jordán quería respuestas que sabía que ella no podría darle en su anterior estado. ¡Hasta probablemente había enviado a Tracey a espiar!

—¿Lo sabe alguien más?

Jordán no necesitaba preguntar qué.

—No. ¿Deseas que lo sepan?

—Lo que yo quiera no tiene nada que ver —dijo muy estirada—.

¿Cuánto hace… que lo sabes?

—¿Con certeza? Desde esta mañana. Cuando te oí hablando con tu hermana todas las piezas encajaron en su lugar.

Así que había estado escuchando. Recordando la forma en la que se había referido a él, Olivia cerrólos ojos brevemente. Jordán rió ante la expresión de Olivia.

—Entre otras cosas, descubrí que es cierto lo que dicen de los que escuchan furtivamente, a propósito, tu hermana es muy buena actriz, debo darle mis felicitaciones la próxima vez que la vea.

—No lo suficiente —dijo Olivia, apretando los dientes y pidiendo que no hubiera una «próxima vez». Que Roz consiguiera a sus propios hombres…

—Lo bastante como para convencer a los demás. Pero los demás no son el hombre al que le dijiste a gritos tus secretos y luego trataste de seducir. Creo que ya he adivinado una buena parte, así que, ¿por qué no me cuentas lo demás?

Olivia lo hizo, sin tratar de disculpar a Roz, detalle que Jordán notó rápidamente.

—Una loable lealtad de familia —murmuró cuando Olivia hubo terminado—. No te preocupes, Olivia, ¿quién mejor que yo puede apreciar el persuasivo encanto de tu hermana? Yo fui muy cauteloso al principio. No creí que supieras que yo era un Pendragon y temía que reaccionaras de forma agresiva por mi inesperada presencia aquí, pero tú… ella… pareció totalmente despreocupada. Yo sabía que habías estado enferma y creí que en realidad me habías olvidado, pero respondiste de forma tan… entusiasta a mis insinuaciones que pensé que habías decidido olvidar tu anterior vergüenza y concentrarte en nuestra atracción física…

Era un bello eufemismo, pero Jordán no quería malas interpretaciones.

—Tu hermana es muy sexy y yo disfruté coqueteando con ella, pero en cuanto le di el primer beso todo mi deseo murió. Hasta ese momento yo había estado excitado. Fue de lo más… desconcertante —dijo mirándola con calma y continuó—: Normalmente no tomo a una mujer sólo porque ella lo desea, pero esa noche habría podido hacerlo si no hubiera sentido en ella una repentina pérdida de entusiasmo que me hizo perderlo a mí. Yo ya te había rechazado una vez y volver a hacerlo después de haberte incitado habría sido

imperdonable. Así, el hecho de que no nos convirtiéramos en amantes fue por elección de la dama, más que mía. Su aceptación de mi retirada confirmó mi opinión…

Olivia tragó saliva, utilizando el orgullo familiar para alejar los celos.

—Roz no es promiscua, lo que le pasa es que es muy impulsiva…

—Mucho. Así como tú eres precavida. Hasta te sonrojas como una virgen —hizo una pausa. La confrontación no era como Olivia hubiera esperado. Jordán parecía extrañamente entusiasmado, y no parecía ni justificarse, ni condenarla…

Jordán le quitó de la boca el dedo que inconscientemente Olivia se había estado mordiendo.

—Tu hermana no parece tener un ápice de vergüenza. Nunca se sonroja, ni siquiera cuando camina por el cuarto completamente desnuda. A ti sólo tengo que mirarte y te sonrojas como una rosa. Tú eras inquieta y hostil, más sensual que sexy. Tus zapatos no te quedaban bien y… —su voz bajó una octava completa—, besando eras fuego abrasador. Así que era lógico que empezara a sospechar.

—Pero le dijiste a William que no creías que yo pudiera con el trabajo aún antes de que yo llegara—dijo Olivia, aferrándose a los comentarios maliciosos de Beverly.

—No exactamente. Tuve lo que tú llamarías una breve crisis de confianza. Me había equivocado contigo en un sentido y me preguntaba si había dejado que mis sentimientos influyeran en la apreciación de tu obra. Decidí que no.

Olivia le creyó.

—Ahora, ¿por qué no te arreglas para la cena?—preguntó al tiempo que comenzaba a limpiar la mancha azul de su camisa—. Supongo que será mejor que yo también me arregle, aunque, francamente, no sé si tengo otra camisa blanca…

—En realidad no tengo hambre…

Él sonrió, malentendiendo la negativa.

—No te preocupes, no hay hígado. William ha vuelto de Wellington y ha traído un par de invitados a los que hay que impresionar. Estoy seguro de que tu hermana habrá metido en tu maleta algún vestido llamativo. ¡Quítate mis calcetines y vamos hombro con hombros a fastidiar a todos!

Capítulo 8

COMO estaba previsto, Olivia causó sensación pero por las razones equivocadas. Tan pronto como entró en el comedor con Jordán supo que estaba en problemas. Los invitados eran dos hombres, impecablemente vestidos siguiendo el ejemplo de William, y sus esposas. Todos resultaron ser viejos amigos de Beverly, hecho recalcado por sus sonrisas cortantes como el cristal y su muy incisivo interés.

Jordán había cambiado su camisa de seda manchada por un suéter de polo de cuello alto que recibió la desaprobación de su padre. Pero él, en vez de dar las falsas explicaciones que imponían las reglas sociales, prefirió dar una vaga versión de lo que había ocurrido en realidad. Todo el mundo se volvió a mirarla.

Olivia, ataviada con una elegante túnica de Roz que mostraba más espacio entre los senos de lo que ella consideraba cómodo, se había sonrojado. William, que ella había supuesto que sería el mejor aliado de Jordán, había alzado la mirada desde sus sonrosados pechos y había hecho un comentariojocoso sobre las delatoras marcas en la cara de su primo.

En respuesta, Jordán había hecho un fantástico comentario sobre que se había golpeado con una puerta.

—¿Una puerta con cinco dedos, eh? —murmuró William burlón, descubriendo una serie de dientes blancos. Jordán se había reído y todos habían vuelto a mirar a Olivia con lascivia y curiosidad mezclada con desdén. Excepto Alun Pendragon. Olivia miró en dirección a él y casi se desmayó al ver que en su rostro había una mirada divertida. Cuando el viejo descubrió que ella lo miraba, cambió su expresión por una de mal genio. Quizá su diversión había sido disparada por la novedad de que alguien le pusiera la mano

encima a su ingobernable hijo, o quizás por ver que se llevaban bien los dos hombres a los que había tratado de convertir en acérrimos rivales.

Olivia se sentó junto a William, que resultó ser un tipo divertido. Era confiado y voluble y sabía cómo ser encantador. William era extremadamente cortés y no volvió a mirar el pronunciado escote.

Después de la cena, las mujeres dejaron a los hombres solos para que bebieran una copa y fumaran, pero Jordán declinó esa amenaza a su salud y se reunió con las damas para el café. Se sentó junto a Olivia, ayudándola amablemente con la leche y el azúcar.

Olivia logró mantener la compostura y estaba tranquila cuando los otros hombres se unieron a ellos y William nuevamente se acercó, lo que ella aprovechó para tratar de obtener su simpatía antes de que Beverly comenzara a destilar veneno en su oído. ¡Podía estar condenada a fallar, pero estaba dispuesta a caer luchando!

.William parecía muy receptivo a sus ideas y rápidamente Olivia se hizo de él la imagen de un perfecto caballero…

Hasta el momento en que Jordán, a la mañana siguiente, tuvo que rescatarla de sus nada caballerescas insinuaciones a la hora del desayuno.

—Manos fuera, Will, ella está comprometida—dijo Jordán, mientras entraba en el comedor, y veía a Olivia acorralada contra la encimera, mirando a Will como si le hubieran salido cuernos y una cola puntiaguda.

—No lleva anillo, primo —respondió William sin mostrarse perturbado por haber sido descubierto en una situación tan comprometedora. A la luz del día, el encanto de William se había desvanecido. ¡Merecía una mujer como Beverly! De repente Olivia comprendió muchas cosas: si ese leve juego había sido todo lo que Jordán y Roz habían compartido, entonces ella no tenía de qué preocuparse.

—Ella sólo juega conmigo, ¿no es así, Liwy?—dijo Jordán, arrastrando las palabras al tiempo que le tendía un plato.

Sería malo decir que sí, pero sería peor decir que no. Lo mejor, decidió, sería no decir nada. Que hablaran ellos.

Jordán debió detectar su confusión pues, cuando los demás llegaron, se sentó junto a ella y le habló en voz baja.

—No debes preocuparte por él, William es capaz de cuidarse a sí mismo.

—¿Qué quieres decir? —preguntó.

—Quiero decir que él no es la encantadora nulidad que todos creen. Está utilizando a Beverly de la misma manera en que ella lo utiliza a él, para consolidar poder y buscar favores. Tarde o temprano la dejará. Es por Beverly por quien deberías sentir simpatía, no por él.

Olivia se quedó asombrada. Era la segunda vez que mostraba compasión por una mujer que parecía no merecerla.

—¿La sientes tú? —dijo. No había duda de que Beverly era todavía una hermosa mujer. Nadie puede elegir a quien amar. ¿Acaso disculpaba Jordán las maliciosas observaciones de Beverly porque aún la amaba? ¿Habrían sido amantes mientras estuvieron comprometidos? ¿Acaso Jordán sufría imaginando a Beverly haciendo el amor con su primo?

Jordán sorbió su café, mirándola y preguntándose qué misteriosos pensamientos la habían hecho hablar así. Olivia llevaba el pelo suelto y él pensó que estaba lejos de ser la convencional pelirroja llamativa. No era tan hermosa como su hermana, pero había una atrevida sensualidad en sus movimientos que no tenía nada que ver con su apariencia.

En ese momento las gruesas pestañas de Olivia se alzaron para descubrir sus ojos color verde.

De repente, Jordán supo exactamente cuáles eran ios pensamientos que bullían dentro de su cabeza.

—No tienes necesidad de sentirte celosa, gatita,no la quiero para mí —dijo ronroneando—. Ni tampoco la quiero para Will, pero no me toca a mí decidirlo. Eso le toca a él y sólo a él. Personalmente, creo que William no está listo para casarse con ninguna mujer…

Olivia nunca había conocido a un hombre que lo estuviera. ¿Por qué sus amigas tenían amantes agradables mientras ella corría tras brutos egoístas? Tal vez era ese elemento de peligro el que la atraía; la irresistible tentación que tiene la llama sobre la desafortunada polilla. El hombre ordinario no brillaba lo suficiente como para atraer su atención.

Unos pocos minutos después, sabiendo que sería una locura exponer sus alas del deseo a la particularmente brillante llama de

Jordán, estaba cayendo ante la invitación de él para llevarla a algunos lugares interesantes de los que pudiera hacer algunos bosquejos. William seguía haciéndole insinuaciones y Olivia se dijo que tal vez sería buena política desaparecer hasta que los invitados regresaran a Wellington. Beverly sola era una molestia, pero con sus amigos… ¡era realmente insoportable!

Eran muchas horas como para esconderse en su estudio, no tenía transporte propio y no deseaba pedir favores a Alun Pendragon, por lo tanto, el único escape se lo brindaba Jordán.

Esa era la razón que le había dado él y que había pensado ella, pero en la práctica, pasaron más tiempo paseando y charlando que dibujando bosquejos de Jas espectaculares vistas, que él había escogido para mostrarle.

Olivia sólo esperaba que la creciente fascinaciónque sentía por él no fuera evidente. Mientras que con su familia él tenía una fría actitud, en el campo, era libre y tranquilo; algunas veces sorprendentemente franco y abierto, y a veces, casi… vulnerable… Por alguna razón, el pensar que Jordán era vulnerable como cualquier persona le resultó extrañamente aterrador.

Era más seguro pensar que él era el rudo Pendragon lleno de confianza en sí mismo y capaz de luchar contra cualquiera. El artista que despreciaba la opinión de los demás.

Era difícil, sin embargo, mantener cualquier pretensión de desinterés cuando él parecía dispuesto a abrirle su corazón. La segunda tarde que salieron, cuando la llevó a las Cataratas Taranaki, Jordán la sorprendió contándole cosas muy íntimas, como, por ejemplo, por qué podía congeniar con William mientras que no podía hacerlo con su padre.

—Will y yo fuimos a la misma escuela. No éramos particularmente buenos amigos porque estábamos en cursos distintos, pero siempre hubo un sentimiento de simpatía, en especial después de que su padres murieran durante su último año en la escuela y mi padre lo llevara a vivir a casa. Trabajamos juntos en la corporación, y creo que fue entonces cuando William pensó que yo estaba funcionando por inercia…

Olivia se acercó más a él para poder oír mejor sobre el rugido sordo de la cascada.

—Mi padre nos trató igual a ambos, pero siempre tuvo muy

claro que yo era el predestinado. Si Will hubiera preferido no unirse a Pendragon, mi padre se habría sentido molesto, pero lo habría aceptado. Yo no podía darme el lujo de elegir.

—Pero lo hiciste —exclamó Olivia, girando, para dar la espalda a la blanca cortina de agua.

—Tardé mucho tiempo en hacerlo. Cuando me gradué en la universidad, entré en la empresa. Tardé diez años en darme cuenta de que podía tener cerebro para los negocios, pero me faltaba corazón. Will sí lo tenía. Siempre había considerado la escultura como una afición, por eso me sorprendí tanto cuando me di cuenta de que era mi verdadera vocación, cosa que mi padre jamás ha entendido. Desde luego que tengo un sentimiento de lealtad hacia la corporación, pero no siento la obligación de sacrificar mis sueños a sus demandas voraces. Con Will, está en buenas manos. Yo creo que mi padre lo sabe, pero es demasiado terco para admitirlo.

—Pero él también ha cambiado. Lo de patrocinar a artistas sólo lo hace por ti, y si vuelves a la compañía, podrías ser el patrocinador más importante de Nueva Zelanda —Olivia recordó lo que le había dicho Beverly.

—¿Te dijo él eso? ¿Te está usando como intermediaría para decir lo que su orgullo no le permite decirme cara a cara?

—¡No, no lo hizo! —afirmó con vivacidad—. Yo sólo soy un observador imparcial…

—¿Imparcial? —se burló Jordán, estudiando la sonrojada cara de Olivia—. ¿Eres imparcial, Olivia? ¿Y tu observación te dice que mi padre ha abandonado la idea de que regrese humildemente al redil familiar?

—Yo no he dicho eso. Sólo he dicho que él está haciendo un esfuerzo para aceptar tu elección…

—Te ha hecho algunas confidencias, ¿no es así?

—Él no me lo dijo, fue Beverly —respondió Olivia.

—Ah, claro. Beverly… —dijo Jordán con desdén—. Ella también es una observadora imparcial…

Olivia bajó la vista y comenzó de nuevo a dibujar. Pero como Jordán no decía nada, la presión de la mano de Olivia fue tal, que la punta del lápiz se rompió.

—Sí, ella es todo lo que mi padre aprueba: tiene un impecable linaje, es ambiciosa, hermosa…

—¡Es malvada, egoísta y presumida! —exclamó Olivia, interrumpiendo el himno de alabanza.

—Ah, pero yo no sabía eso cuando era joven. Creí que me quería por mí mismo. Cuando me sobrevino la crisis de identidad, no sospeché que ella informaba a mi padre de cada movimiento que yo hacía. ¡Y ahí estaba yo, preguntándome cómo sabía con anticipación cada uno de mis intentos por dejar la corporación! Cuando Beverly descubrió que no podía engatusarme ni usar el chantaje emocional o el sexo para convencerme de que debía quedarme en la corporación, agregó su ultimátum al de mi padre: la perdería si no volvía al redil. ¡No lo hice!

Sexo. Por supuesto que habían sido amantes. Ya lo había supuesto. Entonces, ¿por qué se sentía con ganas de matar?

—¿Todavía la amabas? —preguntó Olivia. Hubiera querido preguntar: «¿Todavía la amas?», pero no se atrevió.

—Lo que yo había amado era una ilusión, pero eso no hizo que la amargura por la traición fuera menor… Creo que tú conoces ese sentimiento.

Olivia alzó la barbilla ante la referencia a su vida amorosa.

—Yo no guardo ahora ningún sentimiento hacia ella —explicó, y Olivia se ruborizó al ver contestada su pregunta no expresada—. Ella debió vivir entonces su propia vida, en vez de aferrarse a la familia Pendragon. En algún momento, abrigó esperanzas de casarse con mi padre, pero él es muy listo como para dejarse atrapar. Finalmente, mi padre arregló su compromiso con William, pero Beverly está demasiado amargada como para disfrutar de las delicias de una victoria tardía…

—Todavía te quiere —dijo Olivia.

—Sólo porque no puede tenerme. Yo no soy hombre para ella. Soy un símbolo de todo lo que se le ha negado. Su frustración la hace peligrosa, en especial ahora que sabe que puede perder también a William, y con ello el favor de mi padre. Si piensa que puede vengarse de mí a través de ti, lo hará. Así que debes tener cuidado…

Olivia sabía que no era de Beverly de quien debía cuidarse… sino de ella misma… porque estaba enamorándose de Jordán Pendragon.

Unos días más tarde, Olivia se detuvo a tomar varías bocanadas

del aire de la montaña, observando a Jordán mientras avanzaba por la vereda.

Por cada paso que él daba ella necesitaba dar dos.

Olivia esperó que Jordán notara que no lo seguía, pero él continuó avanzando. Ella buscó a su alrededor un árbol, se quitó la chaqueta, se la ató a la cintura y se apoyó en el árbol a esperar.

Varios minutos después Jordán apareció por la vereda.

—¿Qué estás haciendo?

—Descansando.

—Pero si sólo has caminado cuarenta y cinco minutos —replicó, poniendo los puños en las caderas y frunciendo el entrecejo.

—¿Tú ibas caminando, pero yo iba corriendo!

Jordán le había asegurado que el paseo al lado norte del Monte Tongariro estaba dentro de su capacidad.

—Habérmelo dicho —le reclamó apacible, pero su humor la hirió más.

—Pero tú dijiste que era un paseo fácil para principiantes. Yo te advertí que no estaba acostumbrada al ejercicio.

—Me parece que eso es muy discutible, ¿no crees?—dijo Jordán, encaminándose hacia ella. Olivia se enderezó deprisa, al tiempo que dos gorditas damas de mediana edad aparecían detrás de él, con sus cámaras fotográficas al cuello.

—¿Vienen de los manantiales? —les preguntó Jordán cortés, haciéndose a un lado para que pasaran.

—Sí… hasta hemos metido los pies al agua, ¿no es así, María? —respondió una de las mujeres con marcado acento estadounidense.

—¿Y no les pareció muy cansada la caminata?—preguntó Jordán, sonriendo.

—Oh, no. Valió la pena: la vista es espectacular. Es un día tan claro que se puede admirar el paisaje en la distancia —contestó la mujer, riendo.

Jordán las siguió con la mirada y alzó las cejas hacia Olivia, en un reto silencioso.

—¡Está bien! —exclamó Olivia, yendo a reunirse con él—. Sabes que he estado muy enferma.

—Razón de más para que hagas ejercicio y respires aire fresco.

—¡Odio el ejercicio! —dijo. Se sentía ofendida por la facilidad con la que él había establecido su superioridad física.

—Es bueno para ti. Me dijiste jque tu médico te recomendó hacer ejercicio.

—Estoy segura de que no se refería a que subiera y bajara montañas corriendo…

—No estamos corriendo. Lo estamos haciendo con calma. No te hubiera traído, si no hubiera pensado que podías hacerlo. ¿No confías en mí Olivia?

—¿Tengo alternativa? —repuso y suspiró. Él era el guardián de todos sus secretos. Si no podía confiar en él, ¿en quién podría hacerlo?

Por primera vez, Jordán la dejó avanzar en silencio, sin tratar de que le revelara sus pensamientos. Con sorpresa, Olivia se dio cuenta de que estaban en la parte alta de la montaña.

Se detuvo con verdadero deleite. Abajo, la floresta cubría las partes bajas de la montaña, fluyendo como lava verde hasta las orillas del Lago Taupo.

—Me gusta venir aquí —murmuró Jordán y Olivia volvió la vista hacia él. Sí, Jordán pertenecía a ese mundo. Él la miró; sus ojos eran tan cálidos como elcielo—. Ya has dejado de quejarte. ¿Por fin he logrado dejarte sin aliento?

—Es por la altura. Creo que me falta oxígeno —respondió.

—¿Sientes como si tu sangre burbujeara? —preguntó sonriendo —. Eso no es por la altura, gatita, eso es por la alegría. ¡Vamos que todavía nos queda lo mejor!

La vereda seguía subiendo; Olivia pudo ignorar el dolor de piernas mientras disfrutaba del paisaje y del amigable silencio en tanto Jordán ajustaba su velocidad al paso de ella. Mientras ascendían, la vegetación desapareció, víctima del desértico medio volcánico.

Media hora después, podían oír los sonidos de los manantiales antes de verlos, además de los gritos y risas de la gente. Olivia había visto fuentes termales antes, pero éstas eran enormes.

Jordán había sugerido llevar trajes de baño, pero Olivia no le había hecho caso. Ahora, al ver a tanta gente jugando en las pozas, lo lamentó.

—¿No te apetece bañarte? —se burló Jordán—. Supongo que podrías meterte en ropa interior…

Inadvertidamente la mano de Olivia voló hacia su pecho y se

sonrojó. Trató de disimular el movimiento acomodándose un mechón de pelo, deseando que Jordán adjudicara el color de sus mejillas a las rocas que los rodeaban. Jordán chasqueó la lengua.

—Vas a tener que comenzar a llevar sujetador, Olivia —le advirtió maliciosamente—.Además de que estás empezando a ganar un poco de peso, te será incómodo hacer ejercicio si no tienes un soporte adecuado…

—¡Ya lo llevo! —replicó Olivia, un poco más fuerte de lo que hubiera deseado. Miró a su alrededor furtivamente, apenada porque alguien hubiera podido oír su comentario—. Es sólo que… Es de encaje muy delicado y no quiero estropearlo…

Una sonrisa felina cruzó por el rostro de Jordán.

—¿Quieres decir que es demasiado sexy…? —preguntó, y sus ojos brillaron con curiosidad y diversión—. Tienes razón, por supuesto: la desnudez velada es más provocativa que la desnudez total… —agregó, al tiempo que bajaba la mochila y buscaba dentro de ella. Sacó un modesto traje de baño de mujer, de una pieza.

—Te dije que Melissa te conseguiría uno —dijo él, arrojándoselo junto con una toalla—. Dijo que pensaba que era de la medida correcta. Cambíate detrás de esas rocas.

Jordán comenzó a quitarse las botas y los calcetines. Luego se aflojó el cinturón. Olivia no pudo evitar mirar cómo se bajaba los pantalones.

—Me he puesto el bañador debajo de la ropa —dijo gravemente —. ¿Desilusionada? —preguntó riendo, al tiempo que ella giraba y escapaba hacia la seguridad de una roca.

El traje le quedaba ligeramente grande, pero no estaba mal. Olivia caminó descalza por las rocas calientes.

—Vamos, pronto entrarás en calor —prometió Jordán, quien había encontrado una poza grande yya estaba dentro. Había suficiente espacio para que Olivia se deslizara junto a él.

—¡Oh, está riquísima! —exclamó ella, mientras el calor penetraba hasta sus huesos—. ¿No es peligroso bañarse aquí? —preguntó al sentir el fuerte olor a azufre—. Quiero decir, ¿no hay peligro de que esto haga erupción…?

—Digamos que es tan seguro como cualquier área termal. Si está muy caliente para ti, podemos bajar un poco.

—No. Me parece perfecto —exclamó Olivia, hundiéndose en el

agua. Daba gracias al cielo que el agua no fuera cristalina, así no se podía distraer viendo el gran cuerpo que yacía junto al suyo.

Seguramente se ruborizó con sus pensamientos, pero no le importó. La caminata y la zambullida comenzaban a ejercer su magia sensual. Jordán todavía estaba hablando, contándole algo de la turbulenta zona volcánica y cómo el primer Parque Nacional de Nueva Zelanda había sido donado a la nación por el jefe supremo maorí de la tribu Ngati Tuwharetoa en 1887. La facilidad de expresión de Jordán hacía que hasta el hecho más natural sonara interesante. Qué bien se llevaría Jordán con su padre, pensó Olivia.

Olivia habría podido permanecer allí durante horas, pero Jordán la hizo salir para que se enfriara y para saciar su renovado apetito con nueces, frutas secas y zumo que él hacía aparecer de su mochila mágica. En aquel lugar salvaje, la ruda masculinidad de Jordán parecía encajar perfectamente y ella se descubrió de pronto estudiando la forma de sus músculos y admirando el bronceado de su piel.

Después de comer, Olivia encontró una roca plana y tendió en ella su toalla.

—Me resulta raro estar tomando el sol en esta época del año.

—El clima aquí es muy variable, razón por la cual he traído ropa extra. Mientras el sol brilla, se puede sentir calor, pero en cuanto desaparece, la temperatura desciende. De hecho, es mejor que comencemos el regreso —dijo, mirando al cielo.

—Mmmmh. No llevarás algo de chocolate en tu bolsa… —dijo Olivia, cerrando los ojos soñadoramente hacia el sol. Jordán no respondió, estaba demasiado absorto contemplándola. Tan absorto, que dejó que Olivia descansara más tiempo del debido y, cuando comenzaron a vestirse, todo el mundo se había marchado ya. Las nubes comenzaban a acumularse frente al sol. Aún con un suéter extra y sus guantes, Olivia sentía un poco de frío.

Echando un vistazo al cielo, Jordán comenzó el regreso, pero en dirección contraria a la que Olivia esperaba.

—¿Qué haces? ¿No es demasiado tarde para avanzar todavía más? —protestó, tropezándose en su afán de alcanzarlo.

—¿Ves esas nubes? Descargarán sobre nosotros dentro de una hora más o menos y, a juzgar por la forma en que ha bajado la temperatura, puede que nieve. No me gusta arriesgarme a andar

bajo una tormenta en un descampado y no creo que podamosllegar al bosque antes de que caiga. Hay una cabaña detrás de ese risco… Podemos llegar en cosa de media hora.

—Y luego, ¿qué? —preguntó Olivia preocupada, y a merced de la experiencia de Jordán.

—No tengo intención de bajar esta montaña en la oscuridad —contestó llanamente—. Cuando pase la tormenta, será muy tarde para descender. Pasaremos ahí la noche. Allí estaremos secos y calientes y tendremos comida y chimenea. No te preocupes, Olivia. ¡El riesgo es mucho menor que el corriste para llegar al Lago Taupo!

Capítulo 9

HABÍA riesgos y riesgos concluyó Olivia una hora después, sentada frente a una estufa de madera y sorbiendo un tazón de sopa instantánea, mientras observaba a Jordán extender sus chaquetas y sus pantalones de lana frente al fuego. La tormenta había avanzado un poco más rápida de lo que él había predicho y los había atrapado una lluvia helada apenas unos cientos de metros antes de llegar a la cabana.

La construcción estaba equipada con todo lo esencial: había una estufa, amplia reserva de leña, veinte literas y una pequeña reserva de raciones de emergencia, que dejaron intacta, puesto que Jordán tenía una reserva de comida seca en su mochila. Le contó a Olivia que él paseaba mucho por el área y que siempre iba preparado para lo peor. Su conocimiento y su experiencia la hicieron sentirse segura y a salvo.

Había anochecido y parecía que nadie más llegaría a hacerles compañía. Por lo menos, con tantas camas para escoger, ¡sería posible mantener una respetable distancia de la tentación! La manta que élhabía sacado de un armario le picaba las piernas desnudas, pero al menos era caliente y estaba seca. Lo primero que él hizo fue encender la estufa y llevar suficiente leña del almacén para toda la noche. Tratando de no pensar en su situación, Olivia había preparado la sopa mientras que Jordán revisaba los armarios y sacaba las mantas. ¡Olivia habría comenzado a sospechar si el grado de preparación de Jordán hubiera incluido sacos de dormir!

Aunque no tenía de qué preocuparse, pensó. Durante las tardes que habían pasado juntos no había tratado de seducirla. Había coqueteado y había bromeado con ella, la había hecho reír y sonrojarse, pero había controlado la situación, actuando como un

amigo y no como un amante; y ese control que al principio la había intrigado, empezaba a parecerle simple desinterés.

Cuando acabaron la sopa, Jordán sacó una barra de chocolate que dividió en dos.

—¿Así que todavía te quedan reservas? —dijo Olivia.

—Siempre tengo una reserva para las emergencias—respondió, mostrando el lado práctico de sí mismo—. Guardaremos unas barras para mañana—agregó y su grave voz pareció sonar más fuerte.

—Ha dejado de llover —exclamó ella.

—Sí, pero no podemos andar de noche —afirmó Jordán cortante.

—Ya lo sé —aclaró Olivia, sorprendida por el tono molesto de él —. ¿Cuánto crees que estaremos aquí?

—Creo que podremos bajar mañana temprano. De pronto Olivia tuvo una duda.

—¿No se preocuparán al ver que no regresamos? ¿Qué pasa si alguien llama a los guardias forestales?

—No lo harán. Recuerda que avisamos a la administración del parque; ellos me conocen lo bastante bien como para saber qué haría yo si el clima cambiara.

—Seguro que no llevas una baraja en tu mochila —dijo Olivia, buscando desesperadamente algo de distracción.

—No, pero hay una baraja en el armario —respondió Jordán, mirando pensativamente la cara sonrosada. Sacó las cartas y las puso sobre una mesita de madera, preguntándole con voz suave a qué le gustaría jugar.

—¿Qué te parece si jugamos al «Burro»? —disparó Olivia—. Después de todo, si no fuera por uno, no estaríamos aquí. Se supone que eres un experto. ¿Cómo no te diste cuenta de que iba a llover?

—¿Qué tal algo más… interesante? —preguntó Jordán, y la suavidad de su voz adquirió un tono cortante—. ¿Póquer?

Olivia aceptó, antes de ver la destreza para barajar las cartas. Éstas corrían por las manos de Jordán como seda.

—¿Por qué tengo la sensación de que he sido engañada? —preguntó ella al tiempo que levantaba sus cartas y recordaba que rara vez jugaba. Le molestaba perder—. Cuatro, por favor.

Jordán le dio las cartas con impresionante rapidez.

—¿Cuántas quieres tú? —preguntó, mirando descorazonada sus

cartas. Trataba, inútilmente, de recordar las reglas del juego.

—Me quedo con las que tengo…

—Sí, abusón, tramposo…

—Vamos Olivia, no seas mala perdedora.

—¡Todavía no he perdido!

—Mejor. Entonces guarda tus insultos para cuando pierdas. Ahora veamos, ¿qué podemos usar como dinero? —miró a su alrededor—. ¿Te parecen bien las cerillas? —la chica asintió y él repartió las cerillas.

La expresión de tahúr no desapareció de la cara de Jordán hasta que el montoncito de Olivia quedó reducido a una sola cerilla.

—Ya no quiero seguir con este estúpido juego —exclamó Olivia, infantilmente.

—Además, ya es tarde —dijo Jordán con cierta burla, al tiempo que recogía las cartas.

—Estoy segura de que has hecho trampas —dijo Olivia en tono lastimero. Sólo hubo un pequeño titubeo en los movimientos de Jordán mientras colocaba las cartas en su lugar.

—No he hecho trampas y tú lo sabes.

—Escojo la litera de arriba —Olivia decidió que sería más prudente cambiar de conversación.

—Tendrá que ser la de abajo. La de arriba no aguantará.

—No seas ridículo. Esa litera puede soportar mi peso perfectamente.

—Si sólo fuera tu peso, estaría de acuerdo, pero no me quiero arriesgar con el peso combinado de los dos.

Jordán apagó la lámpara. El brillo de la estufa apenas era suficiente para delinear su silueta de Jordán… Varonil, grande, fuerte… Después de todo, ella no estaba preparada para esto. Por fin pudo hablar:

—Jordán…

—No hay suficientes mantas para dormir en literas separadas, Olivia —explicó, cortando su protesta—. Solamente tenemos estas dos. Así que, si deseamos dormir, tenemos que hacerlo juntos…

—Tal vez yo podría quedarme levantada…

—No. Tienes que descansar si quieres bajar mañana la montaña.

Olivia sabía que él tenía razón… Aun así…

—¿Olivia…?

—¡Estoy pensando!

—No pienses, siente… —le dijo. Ahí estaba él, rodeándola con sus brazos, envolviéndola con la manta y acercándola a su cuerpo. Era como sumergirse en las calientes aguas del manantial, pero había una diferencia muy importante. El manantial la había relajado en vez de tensarla—. ¿Ves? Compartir el calor del cuerpo es la mejor defensa contra el frío. Es lo más lógico, Olivia.

—Yo… Estas literas son muy estrechas. Yo… no creo que haya espacio para dos.

—Vamos a ver.

—¿Qué haces?

—Me estoy quitando la camisa y la camiseta. Es la piel la que transfiere calor, Livvy, no la ropa. Podemos colocar los suéteres sobre las mantas. Vamos —pidió y le quitó la manta de sus manos temblorosas.

Así que de todas maneras la iba a ver en ropa interior. La oscuridad le daba a Olivia la ilusión de recato mientras rápidamente se quitaba el resto de la ropa y la extendía sobre las mantas. Se golpeó un pie en una pata de la litera, maldijo en voz baja y se detuvo a frotarse el pie.

—No tardes, Olivia, y métete.

Jordán dejó escapar un gruñido mientras Olivia se metía en la cama, apoyando su espalda contra el pecho de él y enredándose en las mantas. El movimiento hizo que él se apretara más contra ella; Olivia dejó escapar un jadeo cuando él la rodeó por la cintura.

—Relájate. Sólo estoy acomodando las mantas.

Cuando Jordán terminó de envolverla no retiró su brazo; sus piernas, dobladas, pegadas a sus muslos. Su aliento era dulce y tibio en su hombro desnudo… y húmedo… Olivia se puso tensa.

—Relájate —pidió y le besó la base del cuello; su lengua se movía sobre su piel—. Sabes a azufre.

—Entonces deja de lamerme —replicó Olivia ásperamente.

—Es que me gusta el azufre —aclaró y volvió a hacerlo.

—Jordán…

—Buenas noches, Olivia —dijo y se apretó contra ella.

¿Buenas noches? Olivia permaneció ahí, sintiendo el rítmico movimiento del amplio pecho contra su espalda. ¡Él se estaba durmiendo!

¡Relájate! ¿Cómo podría hacerlo? ¿Cómo iba a poder dormir abrazada a él, sintiendo su cuerpo tan cerca del suyo?

Olivia trató de calmar sus dolorosos pensamientos. Sabía que si se movía estaría haciendo una elección. Si Jordán estaba despierto y excitado, aquel movimiento podría ser considerado como una invitación… si no, bueno, aquella podía ser la última forma de rechazo. Prefería permanecer ahí, en la agonía, a correr ese riesgo.

Desafortunadamente era una agonía. Su piel es—.taba hipersensible y absorbía cada vibración de él, cada movimiento, transformándolo en un hormigueante calor que se extendía por todo su cuerpo.

—¿Qué pasa? —dijo una voz que la sumió en la quietud. «Estoy enamorada de ti y deseo desesperadamente que me hagas sentir amada, deseada, satisfecha…»

—Nada.

—Entonces, ¿por qué no te estás quieta?

—estoy incómoda —repuso—. tengo demasiado calor.

Hubo una pausa. Cuando Jordán habló, su voz era grave con un aterciopelado tono divertido.

—No estás acalorada, estás excitada.

¡Se estaba burlando de ella! Olivia soltó un grito ahogado de mortificación y comenzó a luchar, pero las mantas estaban muy bien ajustadas y lo único que provocó fue el contacto que había estado tratando de evitar. Mientras la mano de Jordán envolvía su pecho, Olivia se puso rígida de nuevo.

—Vuélvete.

—No —dijo apenas en un susurro. Los dedos de Jordán se cerraron sobre un pezón. Su caricia era muy suave y gentil, pero la respuesta de ella no lo fue. La dura piel de su pulgar delineó el contorno.

—Pero lo deseas… —afirmó Jordán, al tiempo que cerraba su mano con deliciosa habilidad.

—Lo que quiero es salir de esta montaña —dijo temblorosa—. Pero no siempre tenemos lo que deseamos.

—Tú puedes. Lo único que tienes que hacer es volverte y tomarlo.

La mano de Jordán se movió, bajando por su estómago plano hasta que Olivia exhaló un suave sonido de desvalido placer.

—¿Por qué haces esto? —gimió, arqueando involuntariamente su cuerpo contra su mano.

—Porque deseo lo que tú deseas… —contestó y las yemas de sus dedos siguieron acariciando su cuerpo hasta llegar a sus hombros. Suavemente, se dio la vuelta y Olivia quedó tumbada boca arriba.

—No… no puedes… —protestó, y de repente tuvo miedo de que aquello no fuera real.

—¿Por qué? —preguntó, acariciándola—. ¿Está prohibido? ¿El hecho de que me excites es tan difícil de creer?

—Yo… No soy muy buena para esto —dijo al borde del pánico.

El dedo de Jordán tocó la boca de Olivia, marcando el contorno.

—¿Quién te dijo eso?

—Yo… No sé qué esperas de mí…

La boca de Jordán cubrió la suya, absorbiendo su inseguridad. Era tibia y dura, precisa y experimentada.

—A ti —murmuró él, cuando hubo satisfecho brevemente el hambre de Olivia, sólo para hacerla desear más—. Quiero que seas tú misma…

—¿Y si no es suficiente? —preguntó. Ahí en la oscuridad, en sus brazos, con su sabor como si fuera vino sobre su lengua, era fácil expresar sus temores.

—No lo será —respondió, impresionándola con la afirmación—. Desearé más. Pero tú podrás dármelo si sólo te das a ti misma una oportunidad… Si confías en mí…

Acomodó su cuerpo sobre el de Olivia, ajustando sus caderas a las de ella, animándola con sus eróticos movimientos y susurrando palabras tiernas y cariñosas.

—Vamos, preciosa, está bien, déjate llevar… —murmuró mientras la sentía bajo su cuerpo, arrastrada por el torrente del deseo hasta que Obvia dejó de luchar y se dejó llevar—. Tócame… Siénteme… Déjame sentir toda esa pasión que tienes escondida-Jordán llevó la mano de Olivia a su pecho, haciéndola sentir el latido de su corazón. Luego inclinó la cabeza y probó la cremosa suavidad de sus pechos con su boca.

—Sé lo que quieras ser. Sé salvaje, sé libre, sé furiosa, si esa es la manera en la que quieres que te sienta. No me voy a asustar, cariño. Necesito saberque te estás abriendo más de lo que me indica tu cuerpo…

Olivia estaba perdida. Sus manos se deslizaron hacia la dura cintura de Jordán mientras él se movía encima de ella.

Le dijo cosas muy eróticas que la hicieron sonrojarse en la oscuridad. La llamó «nena» con un tono grave, que era casi un gruñido. Olivia no sabía que un hombre podía excitarse hasta el punto de temblar, implorar, rendirse a una mujer. Descubrió que le gustaba que Jordán estuviera un poco salvaje y fuera de control. Pero aún dentro de su rendición él dominaba; aún dentro de su descontrol, él controlaba, equilibrando su fiera agresión sexual con su sensibilidad. Él le daba forma como si ella fuera una escultura viviente, recompensándola con éxtasis.

Sólo una vez el sueño se interrumpió, cuando Jordán retrocedió arrodillándose entre las piernas abiertas de Olivia y poniéndole una mano sobre su tembloroso pecho cuando la chica trató de atraerlo hacia ella. Olivia jadeó y, sintiéndose totalmente expuesta en la oscuridad, trató de cubrirse, pero Jordán se lo impidió, inclinándose a besarla en la boca.

—Roja como el fuego —expresó, contemplándola con adoración —, e igual de ardiente. Eres una mujer de los elementos, Liwy… tierra, viento y fuego… fría como el agua sólo cuando te lo propones… —dijo y volvió a arrodillarse.

—¿Por qué haces esto? —jadeó ella.

—Qué, ¿hacerte el amor?

—No. ¡Detenerte!

Jordán llevó las cautivas muñecas de Olivia a su boca y las besó.

—Nobleza obliga…

—¡Por Dios! Dijiste que no ibas a ser noble…

La furia de Olivia casi lo hizo reír.

—Tú me has ofrecido el privilegio de tu cuerpo, lo menos que yo puedo hacer es ser responsable.

— No te lo permitiré —exclamó Olivia.

—¿Qué es lo que no me vas a permitir? —preguntó al tiempo que sentía cómo los brazos de Olivia lo envolvían y disfrutaba de la suavidad de sus pechos y la dureza de sus pezones. Los muslos de Olivia dieron la bienvenida a la fuerte erección de Jordán, separándose sólo lo justo para atraparlo en una sedosa prisión.

—No permitiré que te detengas.

—¿Me vas a ordenar que te haga el amor?

Olivia sonrió. Frotó su cara contra el pecho de él y lo mordisqueó, de la misma forma en que él lo había hecho para atormentar sus hinchados pechos. Separó los muslos y Jordán gimió.

De pronto, Jordán puso fin a la deliciosa tortura que lo estaba haciendo perder el control.

—Espera un momento, a no ser que quieras quedarte embarazada…

Jordán la besó en la boca con fuerza, antes de salir de la litera y caminar hacia su mochila. Abrió la estufa para que la luz del fuego los iluminara.

—Deseo verte —dijo.

Olivia se ruborizó al mirarlo. Jordán cogió algo de la mochila y regresó a la cama.

—Tú piensas en todo, ¿no es así? —preguntó Olivia mientras él se arrodillaba a un lado con la intención, obviamente, de continuar en donde se habían quedado.

—¡Claro! —gruñó con ternura, despejando sus dudas—. No sabía dónde o cuándo, pero sabía que seríamos amantes pronto, y que nuestra reunión debería ser tan intensamente agradable para ambos, que nada en el mundo nos impediría consumarla, preparado o no…

Jordán observó la familiar tibieza de su cremosa piel con una mirada de satisfacción, preguntándose si ella se ruborizaría cuando estuvieran totalmente familiarizados con sus cuerpos. Esperaba que sí.

Se inclinó y la besó en la boca, llevándola gradualmente a los ritmos de hacer el amor, mostrando un abierto placer que hizo que Olivia se sintiera completamente liberada. ¿Cómo pudo llegar a pensar que él no la quería? Ahí estaba la prueba, en cada beso, en cada caricia, en cada movimiento que la llevaba una y otra vez al borde de la felicidad.

Olivia estaba aturdida por la fuerza de su abandono. En el breve lapso de una noche, Jordán le había mostrado una asombrosa imagen de ella misma: sensual y sensible, exigente, tan capaz de dar placer como de recibirlo. Parecía no importar que no se hubiera dicho ni una palabra de amor. Las cosas que ella no se había atrevido a pronunciar habían sido perfectamente expresadas de

otras maneras.

El sueño que él había dicho que necesitaban tardó mucho en llegar. A Olivia no le hubiera importado quedarse en esa montaña toda la vida. Acurrucada contra el corazón de Jordán, se sentía profundamente feliz. Mientras se hundía en el sueño, se permitió el lujo prohibido de creer que ése era sólo el principio; que Jordán, también, había dado una parte irrecuperable de sí mismo esa noche…

Fue un sonido el que la despertó. Olivia se sentó bruscamente y casi se golpeó con la litera de arriba. Jordán no estaba a la vista y sintió miedo de que todo hubiera sido sólo un sueño.

La puerta de la cabana se abrió y apareció Jordán.

—Viene un helicóptero —dijo escuetamente al ver la mirada de Olivia—. Parece que vamos a tener un rápido descenso.

Olivia estaba a punto de decir que prefería bajar despacio, pero de pronto le pareció que Jordán estaba un poco inquieto… ¿estaría arrepentido? Un escalofrío de tensión la recorrió.

—Toma. Tu ropa está seca. Voy a asegurarme que el fuego queda completamente apagado…

Jordán había cambiado. No era el exaltado y extravagante hombre de la noche anterior. No le había brindado ni siquiera una sonrisa de buenos días, ¡Por no decir ni un beso! La preocupación de Olivia se hizo mayor. Una mirada por la ventana le dijo que el sol estaba alto. ¿Cuánto tiempo llevaría Jordán despierto? ¿Por qué no la había despertado a ella?

En la puerta, Olivia echó una última mirada: lacabaña estaba como la habían encontrado, como si no se hubiera desarrollado un pequeño drama humano entre sus paredes. Olivia no sabía cómo reaccionar, pero sabía que debía decir algo…

—Jordán…

—Después, Olivia. Podemos aclarar esto más tarde, cuando tengamos tiempo. Ahora debemos marcharnos. Agáchate y corre —dijo y acompañó sus instrucciones con un firme empujón que ella no pudo resistir.

¿Aclarar esto? Jordán lo había dicho como si se tratara de un malentendido.

Fue hacia el helicóptero, que llevaba el logotipo de Pendragon. Se subió y Jordán se reunió con ella. Olivia le sonrió

tentativamente, pero se sintió desfallecer cuando él le respondió con una leve curvatura de boca que no despejó las sombras de su mirada.

Fueron recibidos por William, Beverly, y el grupo de invitados. Para desasosiego de Olivia, la bienvenida de William estuvo llena de insinuaciones que esta vez ella no pudo negar. Jordán, con su silencio, no fue de ninguna ayuda.

Para agravar la situación, William le dijo a Jordán que tenían que salir para Taupo, que debían asistir a una importante reunión.

Lo único que podía hacer, decidió Olivia mientras se bañaba, cambiaba de ropa, y tomaba un tardío desayuno antes de bajar al estudio, era simular que se trataba de un día como cualquier otro.

Pero no contaba con Beverly.

Cuando Olivia entró en el estudio, se encontró con la otra mujer de pie frente a «El Bufón», estudiándolo con un pérfido interés.

Beverly se volvió y dijo con una agradable voz que destilaba mortal simpatía:

—Tienes que hacer otro. Pero procura que esta vez se parezca más al original si quieres que le agrade a Jordán. Tú sabes lo que le molesta la publicidad…

Capítulo 10

OLIVIA saboreó las lisonjeras palabras del dueño de la galería de arte. Después de lo que había pasado la última vez, nunca pensó que Sam Findlay le permitiera poner un pie ahí, y menos aún con sus pinturas. Cierto que no era una exposición individual y había sido invitada como sustituía a última hora, pero eso confirmaba que él no daba tanta importancia a su fracaso anterior. De hecho, Sam Findlay había estado sorpresivamente simpático con ella.

Por supuesto había sido «El Bufón» el que le había proporcionado el verdadero pasaporte a su regreso. Ahora, esa pintura era la reina de la exposición, junto con los paisajes que había pintado a partir de los bosquejos que hizo con Jordán…

Jordán…

Siempre volvía a Jordán. No podía perdonarlo, aunque tampoco podía olvidarlo. Hacía tres semanas que había regresado a Auckland y no había tenido noticias de él en todo ese tiempo…

¡Oh, Dios, cómo deseaba verlo!

Lo que él había hecho era terrible, pero lo que ella hizo fue peor. Sólo otro artista podía entender la verdadera naturaleza de su acto. Olivia había atacado la única— parte de él que era completamente inocente y había destruido algo potencialmente hermoso en el proceso…

La furia que la había cegado en ese momento ya había muerto. Ni siquiera Beverly, que esperaba lo peor, imaginaba tal explosión de ira ante su revelación de que Jordán era «El Bufón», el crítico de arte que había aniquilado públicamente la reputación de Olivia.

Al principio, Olivia se había negado a creerlo. Pero Beverly estaba decidida a destruir todo lazo entre Olivia y Jordán. Le había dicho que ella era la única persona, además del editor, que conocía

su verdadera identidad.

Cuando al fin se convenció dé la verdad, Olivia había tomado uno de los coches del servicio y había ido al estudio de Jordán. Sentía necesidad de tocar y de admirar su trabajo otra vez; de rodearse de la evidente inspiración de su integridad artística, de la calidez de su espíritu.

¡Y vaya si lo había tocado! ¡Olivia se tocó nerviosamente la falda con las manos húmedas al recordar la forma en que se había manifestado su admiración!

Roz le había ayudado a escoger el vestido para la noche de la inauguración; era negro, corto, frivolo y coqueto. En contraste, Roz llevaba uno de terciopelo verde, recatado y largo.

—Vamos Olivia, ¿qué haces aquí? ¡Circula! ¡Circula! ¡Mucha gente quiere conocerte! —le dijo Sam Findlay, colocándole una copa de champán en lamano—. ¿Por qué le pusiste un precio tan bajo a «El Bufón». Podríamos haberlo vendido por mucho más…

Olivia no creyó necesario explicarle que era parte de su terapia personal. Necesitaba reforzar su orgullo después de la forma en que había destruido cualquier esperanza de obtener la asignación de los Pendragon.

Cuando regresó del estudio de Jordán, furiosa, herida, avergonzada, había exigido ver a Alun Pen-dragon. Cuando le dijo que el retrato estaba terminado y no veía ninguna razón para quedarse, él había montado en cólera.

—¿Terminado? ¿Terminado? —exclamó señalándolo con un dedo—. Ni siquiera va por la mitad. ¡Hasta yo puedo verlo!

—Esa no es mi pintura…

—¡Aún no estoy senil, jovencita! Y sé muy bien que usted ha estado… ¡Oiga! ¿Adonde va?

Muy pronto lo descubrió. Alun Pendragon se quedó sin habla cuando Olivia le mostró otro lienzo.

—Ésta es mi pintura.

Alun Pendragon había aullado. No estaba sentado en la sombra con su pose digna, sino que Olivia lo había captado en el momento de imponer la ley con su estilo inimitable. Su índice parecía salir del lienzo; los ojos entrecerrados tenían un brillo acusador. Parecía que iba a salirse del lienzo para tomar al observador por la garganta. Toda la exasperación de Olivia, así como su admiración se

habían volcado en la pintura.

—¡Parezco un maldito rufián! —exclamó él. La ira del viejo Pendragon había dado paso, por fin, a la petulancia.

—Sí. Y también lo es, ¿no es cierto? —dijo Olivia, cuya paciencia se había agotado. Todo lo que deseaba era salir de ahí.

—Hmmm —gruñó el hombre. Una emoción desconocida brillaba en sus ojos—. Al menos no parezco un viejo inútil. ¿Le gustó a Jordán? —preguntó.

¿Por qué suponía que Olivia se lo había mostrado a Jordán?

—No me importa lo que ese maldito cobarde mentiroso hijo suyo piense… ¡Por mí se puede ir al infierno! ¡Y usted también! ¿Por qué no arreglan ustedes dos sus problemas antes de creárselos a otras personas?

Lo había dejado farfullando y, sin duda, mortal-mente ofendido, pero, por lo menos, se había desahogado.

—Olivia, ¿me está escuchando?

—Perdón —dijo. Por la cara ofendida de Sam consideraba que lo que le había estado diciendo era algo de vital importancia.

—Esta vez no tenemos que preocuparnos por la crítica. «El Bufón» no puede poner objeciones esta vez. Se están vendiendo todos los cuadros.

Olivia no quería ni imaginar qué pasaría si Jordán se presentaba, Dios, qué escena podía armarse si él decidía hacerlo. Tomó otra copa de champán de una bandeja que llevaba un camarero. No, él no aparecería, se dijo, a menos que decidiera descubrir su identidad. Jordán podía tener una poderosa armapero ella tenía una formidable protección. Por un momento Olivia había olvidado la nota que ella le había escrito en breves palabras: ¡Ahora estamos empatados, «Bufón»!

Pero no lo estaban. Sin importar lo que Olivia hubiera hecho, su amor era tan fuerte como su talento. Había sido más productiva en las tres últimas semanas que en toda su vida.

Olivia comenzó a circular entre los asistentes. De pronto, oyó una voz conocida:

—Olivia, ¿me permites unas palabras?

—¡William! ¿Qué haces aquí? —preguntó mirando frenéticamente alrededor—. ¿Vienes solo?

—Beverly y yo ya no estamos comprometidos —respondió

William.

—Oh. Yo… lo… —balbuceó, pero la palabra «siento» no salió de sus labios.

—¿Lo sientes? —preguntó William sonriendo ante el intento de Olivia de ser cortés.

—Bueno… —Olivia logró sonreír—. ¿Rompiste tú con ella, o…?

—¿O ella me plantó? A decir verdad no estoy seguro. Fue mitad y mitad. Además hubo un gran alboroto después de que te fueras… Yo nunca había visto a Alun tan furioso con Beverly…

—¿Alun estaba…?

—Fue por ese retrato que pintaste. Beverly hizo algunos cortantes comentarios y Alun tomó partido. Eso desencadenó una serie de verdades que no se habían dicho. Como yo no la apoyé, Beverly me dijo que no tenía agallas y yo le dije que era un parásito… y eso fue todo. Tal vez Beverly pensó que había triunfado cuando Jordán decidió aceptar dirigir la Comisión Pendragon de arte…

—¿Qué? Pero, ¿por qué?

—¿Por qué no me lo preguntas a mí? —dijo una voz conocida.

La copa de champán se deslizó de entre sus dedos y se estrelló en el suelo. Afortunadamente había mucho ruido y sólo unos cuantos se volvieron. William se encogió de hombros y se perdió entre la gente.

—Bueno, ¿no me vas a preguntar?

Olivia comenzó a caminar sin volver la cabeza, pero un fuerte brazo ciñó su cintura, envolviéndola con una fuerza conocida.

—Pregúntame —insistió.

Olivia descubrió que estaba temblando, pero no sabía si era de rabia o de temor.

—Suéltame.

—Nunca.

—Suéltame o grito —amenazó.

—Grita. Ya hemos hecho una escena en esta galería, ¿recuerdas? Tal vez sea bueno para el negocio, aunque parece que lo haces bien sin esos trucos.

—Tú… —comenzó, pero él le tapó la boca. Ahora estaban llamando la atención un poco más. Olivia estuvo a punto de gritar de alivio cuando apareció su hermano Hugh.

—¿Es esto lo que llaman «el temperamento artístico»? —preguntó Hugh con acerada dureza—. Yo no creí que fueras capaz de pintar, Pendragon.

Olivia no debió sorprenderse de que se conocieran. Después de todo, Hugh era abogado y se movía en los mismos círculos que Jordán.

—No lo hago. Yo hago escultura… bajo el nombrede Junáis. También soy crítico de arte… «El Bufón». También soy el amante de tu hermana. Necesito hablar con ella, pero parece que no quiere escuchar. Creo que, por la felicidad de ambos, debería hacerlo.

—Suéltala y tal vez podamos negociar un acuerdo. ¿Negociar? Olivia se estremeció.

—Yo no quiero ningún acuerdo. Si no puedo tener todo… prefiero no tener nada.

—Me parece que debe haber un lugar más reservado en donde podamos discutir esto como adultos —estaba diciendo Hugh—. Podemos ir at despacho de Sam.

Olivia vio su oportunidad en ese momento. Se soltó y fue en busca de Roz.

—¡Tenemos que salir de aquí!

—Pero no podemos… Tú misma dijiste que Sam iba a decir unas palabras —dijo Rosalind, cuyos tacones se hundían en la alfombra —. ¿Qué ha pasado?

—No qué, ¡sino quién! —con unas pocas palabras, Olivia le explicó la situación. Para su desmayo, Roz se negó a cooperar.

—¿No te parece que al menos debes escuchar lo que él…?

—¡No! —explotó Olivia, al borde de la histeria—. Por amor de Dios, Roz, ¿me vas a prestar tu coche o no?

Roz se compadeció de su hermana y se ofreció a llevarla a casa.

Cuando llegaron al estudio de Olivia, a Roz se le había contagiado la histeria de su hermana gemela. Deberían tomar medidas drásticas, dijo, al tiempo que empujaba a Olivia dentro.

Jordán Pendragon llamó a la puerta veinte minutos después. La mujer que le abrió pensó que era muy elegante, frío y controlado, si no se le miraba a la cara. No la dejó hablar.

—¿Me vas a dejar entrar? Podría arrancarte ese vestido y hacerte el amor aquí en la puerta hasta que imploraras piedad…

—Y yo podría llamar a la policía. Esa sería otra posibilidad.

Los ojos de Jordán recorrieron la cara de Olivia. Estaba muy pálida.

—Podría ser. Pero a menos que me encerraran unos cuarenta años, eso no iba a resolver tu problema.

—¿Qué quieres? —preguntó abruptamente, alterada por su mirada.

—¿No lo sabes?

—Yo…

Jordán maldijo, conteniendo una breve erupción de violencia.

—Cometí algunos errores y quiero corregirlos —dijo y luego su voz enronqueció—. Estoy enamorado y quiero saber si hay alguna oportunidad de que mi sentimiento sea correspondido…

Había un fiero brillo en sus ojos y un inexplicable temblor en su voz. ¿Estaría a punto de llorar?

—Jordán…

—¿Me vas a dejar verla ahora, Roz? ¿O quieres hacerme pasar por tu picadora de carne primero? No me importa, siempre y cuando la vea…

—Pero, ¿lo sabes? —preguntó Roz, desplomándose.

—Claro que lo sé —dijo burlón—. Estoy enamorado de ella. No de ti.

La hizo a un lado con facilidad y miró alrededor. Roz le tocó el brazo y señaló con la cabeza en dirección al biombo que ocultaba la cama. Jordán le dio un abrazo y un beso en la mejilla.

—Liwy, ya sabe que soy yo —dijo Roz.

—Vete, Roz —gritó Olivia.

—¿Qué? —preguntó frunciendo el entrecejo, lamentando perderse el último acto de la obra en cuya creación ella había tenido buena parte.

—¡Fuera! —confirmó Jordán, dándole un empujón, y sin quitar los ojos de Olivia—. No te necesitamos. Nunca te hemos necesitado.

—Lo siento, Liv —dijo Roz, dirigiendo a su hermana una mirada de simpatía.

—Supongo que vienes por tu escultura —preguntó Olivia, al ver que Jordán estaba esperando.

—No era una escultura, era sólo un pedazo de piedra.

—Yo… la rompí.

Olivia recordó el pesado martillo con el que había atacado el

símbolo de su seducción: la piedra de la cual estaba formando Jordán una pareja entrelazada.

—No… La convertiste en fina grava. Olivia se ruborizó.

—Lo siento. Me volví loca por un rato.

—¿Sólo por un rato? Yo estoy loco desde que te conocí —afirmó Jordán.

—Me mentiste… —dijo Olivia.

—Tienes derecho a estar disgustada, Olivia. Pero, por favor, escúchame. Si después de oírme aún deseas que me vaya, lo haré. Te lo prometo… Aunque supongo que no hay razón para que creas nada de lo que diga…

—Ella me dijo… —comenzó Olivia, pero se detuvo a tomar aire. No había necesidad de decir quién era «ella».

—Me emborraché.

—¿Perdón?

Jordán se acercó a la escultura que Roz le había regalado a Olivia y la tocó, sonriendo irónicamente.

—La noche que escribí esa crítica. Estuve en tu exposición y no me gustó. Sabía lo que andabas buscando, pero esa no eras tú. Pensé que tenías un gran potencial y odié lo que estabas haciendo con él. Hacía años que quería conocerte, pero ese día no pude hablar contigo. Si lo hubiera hecho, habría descubierto que te encontrabas en el filo de la navaja.

Jordán estaba tocando su escultura como si pudiera obtener de ella la fuerza para continuar.

—Así que hice lo único que podía hacer. Me emborraché. Cuando regresé a la editorial, vertí toda mi amargura en la máquina de escribir. Iba a reescribir el artículo por la mañana, cuando estuviera despejado. Habría sido muy negativo, pero no tan… amargo. Desafortunadamente me quedé dormido en el hotel y alguien pasó el artículo por mí. Cuando llegué a la oficina era demasiado tarde. Pude retractarme, pero pensé que eso sólo provocaría más publicidad negativa…

Olivia se había acercado, hechizada por la casi ceremonial exposición de su alma.

—No fui a la galería por casualidad ese día —admitió Jordán—. Fui a verte. Quería darte una explicación. Pero no pude… Me pareciste tan vulnerable y desvalida… Así que traté de mantenerte

segura y oré para que un día, en el futuro, pudiéramos aclarar las cosas. Cuando vi la pintura que Roz llevó a Taupo, verdaderamente me acobardé. Me sentía feliz por ti, y desgraciado por mí.

Jordán suspiró profundamente y continuó…

—Luego, cuando fuiste a mi casa, temí que averiguaras la verdad. Pensé que la única solución era que te enamoraras de mí antes de saber quién era en realidad. Bueno… Las cosas no salieron como yo quería, aunque, en cierto modo, Beverly me hizo un favor…

—¿Un favor? —preguntó Olivia.

—Tuve una pequeña discusión con ella antes de salir con William para Taupo el día que tú y yo regresamos de la montaña. Cometí el error de decirle que te amaba y que, si no mejoraba su comportamiento, me aseguraría de que fuera ella la que dejara el imperio Pendragon. Yo no tenía idea de que ella sabía que yo era «El Bufón»…

Olivia lo miraba con sorpresa. ¿Él la amaba? ¿La amaba?

—Mi padre me pidió que lo comprara para él. Es decir, «El Bufón», ya sabes —agregó al ver la expresión sorprendida de Olivia —. Es extraño, pero creo que en el fondo está muy orgulloso de mí. Le dije que yo creía que lo habías captado perfectamente en el retrato y él se rió y dijo algo de que necesitaba una estatua para complementarlo…

¿Él la amaba?

Olivia estaba impresionada y abrumada por la responsabilidad. Eso significaba que ella podía herirlo también a él con sus acciones y sus emociones. Probablemente lo había hecho…

—Tú… Yo puse «El Bufón» en la exposición porque… quería mostrarte que no me importabas… —admitió pausadamente.

—Pero en vez de eso me mostraste que sí te importaba —interrumpió con firmeza—. Por lo menos sentías algo por mí. Algo lo bastante fuerte como para querer vengarte. Estoy orgulloso de haber sido la inspiración de esa soberbia pieza de arte. ¡Bastante orgulloso como para admitirlo ante todo el mundo si es necesario!

—¿Quiere eso decir que «El Bufón» me va a hacer una buena crítica mañana? —preguntó Olivia antes de que su salvaje felicidad se desbordara.

—No lo sé. No sé quién escribe las críticas ahora…

—¿Quieres decir que no eres tú?

—Ya no —respondió calmado—. Después de lo que pasó contigo, no quise hacer más críticas. Desafortunadamente el periódico tiene los derechos sobre el nombre y puede utilizarlo otro crítico.

—Pero tú eras un buen crítico —afirmó Olivia. ¿Cuándo se había acercado lo suficiente como para tocarlo? Él resolvió su problema al tomar las manos temblorosas de Olivia y deslizarías dentro de su chaqueta.

—Yo era arrogante, exigente…

—No. Eras sincero. Lo eras —insistió cuando él meneó la cabeza —. ¿Por qué crees que me dolió tanto tu crítica? Fue horrible, pero era la verdad.

—Por Dios, Olivia… —susurró rodeándola con los brazos y enterrando la cara en su cabello— Te juro que no te merezco.

—No, no me mereces.

—¿Pero me vas a aceptar de todos modos? —dijo riendo y Olivia echó la cabeza hacia atrás—. ¿Te das cuenta de lo que te estoy pidiendo, Olivia?

—¿Que viva contigo y que sea tu amor? —respondió Olivia, traviesamente.

—No me atrevería. Tu hermano ya me informó de los requerimientos legales para amarte.

—No tienes que hacerle caso a Hugh —dijo Olivia. Amaba a Jordán como era, no como aparecía en sus fantasías.

—Claro que sí. ¡Es tan fuerte como yo! —exclamó Jordán, dándole una sacudida de advertencia—. ¿Tú crees que voy a dejar que exista la menor oportunidad de que te me escapes? Yo no quiero castillos en el aire, quiero buenos y sólidos fundamentos en los cuales construir nuestra vida juntos. Eso significa anillos y votos y la aprobación familiar y tal vez niños para tener nuestra propia descendencia fuera de la dinastía Pendragon…

Por alguna razón, Olivia no se imaginaba como matriarca de una dinastía… Pero no tuvo problemas para imaginarse al lado de Jordán cuidando a un niño rubio y vigoroso como su padre.

—¿Hay espacio para mí en tu estudio?

—Lo hay ahora que he quitado la grava —le recordó maliciosamente y rió cuando ella se ruborizó, incómoda—. Apenas

había empezado la escultura, Olivia. Debo admitir que yo estaba lo bastante furioso como para querer destrozar unas cuantas cosas, pero porque creí que te había perdido. Sin embargo, si aún piensas que estás en deuda conmigo… puedes compensarme posando para mí.

—Pero dijiste que no me necesitabas.

—Te necesito todo el tiempo.

Olivia sintió que el cierre bajaba por su espalda y que el vestido comenzaba a descender al tiempo que la cama golpeaba sus piernas por detrás.

—¿No crees que soy afortunada por tener un novio tan hábil con las manos? —murmuró, al tiempo que le quitaba la chaqueta.

—Hacemos una buena pareja —respondió él, dejándola caer de espaldas y quitándole el vestido—. En todos los sentidos y para todas las cosas. ¿Recuerdas que la última vez que compartí esta cama contigo tuve un dolor que me duró varios días? Esta vez no será así, porque no me siento capaz de contenerme caballerosamente…

—Yo nunca te he confundido con un caballero, ni siquiera ahora, aunque lleves ese traje tan elegante —bromeó Olivia—. ¿Esperabas impresionarme con tu elegancia?

—Me vestí así porque deseaba que me tomaras en serio —le dijo con la mayor sinceridad, lo que encantó a Olivia. ¡Realmente pensó que vistiéndose así la impresionaría!—.Iba a hacer un trato contigo. Si deseas el trabajo de la compañía Pendragon te lo puedo dar, Olivia. William estará de acuerdo y mi padre también. Por cierto, él está convencido de que tienes un efecto calmante sobre mí…

Jordán dibujó una línea con el dedo sobre el encaje que cubría el pecho de Olivia.

—Lo digo en serio.

Jordán estaba ansioso y Olivia se dio cuenta de que esperaba que aceptara. Él creía en ella.

—Bueno.

—¿Bueno? —preguntó Jordán y la miró, asombrado.

—¡Acepto!

—¿Lo harás? —insistió Jordán.

—Lo haré —replicó Olivia—. Pero necesito una fuente de inspiración.

Y él se la proporcionó en el acto.



SUSAN NAPIER (nacida un 14 de febrero en Auckland, Nueva Zelanda). es una popular escritora de más de 30 novelas románticas para Mills & Boon desde 1984.

Trabajó como reportera en el periódico «Auckland Star», donde conoció a su marido, Tony Potter, reportero jefe. Tuvieron dos hijos, Simon y Ben.

De sus novelas publicadas algunas se han traducido en más de 20 idiomas. *Romantic Times* ha descrito su trabajo como 'multi-capas' con 'bien definidos personajes y conflicto dominante'. Ha sido dos veces nominada para el premio *Romantic Times Reviwer's Choice Award*, en 1996 por *Una rubia muy especial*, y en 1997 por *La amante del novio*.